

*Ernesto Balducci*

# Giorgio La Pira





ERNESTO BALDUCCI, escolapio italiano, nacido en Santa Fiora (Grosseto) el 4 de agosto de 1922 y fallecido el 25 de abril de 1992 en Cesena (Forlì), a consecuencia de un accidente automovilístico.

*“Me pregunto si, al atravesar paso a paso con perplejidad y miedo los umbrales de un tiempo nuevo, no habrá algún acontecimiento capaz de dar un giro a la historia... Tal acontecimiento es la aparición del Otro: la crisis de nuestra civilización como final de un monólogo” (14-11-1991).*

## OBRAS PUBLICADAS

1. *El movimiento obrero. Reflexiones de un jubilado.* Jacinto Martín.
2. *La Misa sobre el Mundo y otros escritos.* Teilhard de Chardin.
4. *El valor de ser maestro.* Carlos Díaz.
5. *El personalismo.* Emmanuel Mounier.
6. *Escuchar a Dios, entender a los hombres y acercarme a los pobres.* Antonio Andrés.
7. *Plenitud del laico y compromiso: Sollicitudo Rei Socialis y Christifideles Laici.* Juan Pablo II.
8. *El Fenerismo (o Contra el interés).* Ideal e ideales. Guillermo Roviroa.
9. *Tierra de hombres.* Antoine de Saint- Exupéry.
10. *Entre la justicia y el mercado.* Romano García.
11. *Sangradoiro.* Fredy Kunz, Ze Vicente y Hna. Margaret.
12. *El mito de la C.E.E. y la alternativa socialista.* José Luis Rubio.
13. *Fuerza y debilidades de la familia.* Jean Lacroix.
14. *La Comisión Trilateral. El Gobierno del Mundo en la sombra.* Luis Capilla.
15. *Los cristianos en el frente obrero.* Jacinto Martín.
16. *Los derechos humanos.* Acción Cultural Cristiana.
17. *Del Papa Celestino VI a los hombres.* G. Papini.
18. *Teología de Antonio Machado.* J. M.ª González Ruiz.
19. *Juicio ético a la revolución tecnológica.* E. A. Azcuy.
20. *Maximiliano Kolbe.* Carlos Díaz.
21. *Carta a un consumidor del Norte.* Centro Nuevo Modelo de Desarrollo.
22. *Dar la palabra a los pobres.* Cartas de Lorenzo Milani.
23. *Neoliberalismo y fe Cristiana.* Pablo Bonavía - Javier Galdona.
24. *Sobre la piel de los niños. Su explotación y nuestras complicidades.* Centro Nuevo Modelo de Desarrollo.
25. *Escritos colectivos de muchachos del pueblo.* Casa Escuela Santiago 1, Salamanca.
26. *España, canto y llanto. (Historia del Movimiento Obrero con la Iglesia al fondo).* Carlos Díaz.
27. *Sur-Norte. (Nuevas alianzas para la dignidad del trabajo).* Centro Nuevo Modelo de Desarrollo.
28. *Las Multinacionales: Voraces pulpos planetarios.* Luis Capilla.
29. *Moral Social. (Guía para la formación en los valores éticos).* P. Gregorio Iriarte O.M.I.
30. *Cuando ganar es perder.* Mariano Moreno Villa.
31. *Antropología del neoliberalismo.* Javier Galdona.
32. *El canto de las fuentes.* Eloi Leclerc.
33. *El mito de la globalización neoliberal: desafíos y respuestas.* Iniciativa autogestionaria.
34. *La fuerza de amar.* Martín Luther King.
35. *Deuda Externa. La dictadura de la usura internacional.*
36. *Aunque es de noche.* José María Vigil.
37. *Grupos Financieros Internacionales.* Luis Capilla.
38. *En vigilante espera.* Acción Cultural Cristiana.
39. *El Otro. Un horizonte profético.* Ernesto Balducci.
40. *Autogestión, democracia y cooperación para el desarrollo.* Antonio Colomer Viadel
41. *La oración, base del diálogo interreligioso*
42. *Voluntariado, sociedad civil y militancia,* Ana M.ª Rivas

**GIORGIO LA PIRA**



ERNESTO BALDUCCI

# GIORGIO LA PIRA

*Traducción*  
TOMÁS SANTIAGO DELGADO

ACCIÓN CULTURAL CRISTIANA  
Salamanca, 2002

# ACCIÓN CULTURAL CRISTIANA

---

Núm. 43

© ACCIÓN CULTURAL CRISTIANA  
c/. Sierra de Oncala, 7, Bajo dcha.  
Teléf. 91 478 12 20  
28018 MADRID  
acc@eurosur.org  
<http://www.eurosur.org.acc>

Depósito Legal: S. 1.345-2002

I.S.B.N.: 84-931516-7-X

Imprenta KADMOS  
Teléf. 923 28 12 39  
Salamanca, 2002

*Dedico estas páginas a la memoria **de Nicola Pistelli, Lorenzo Milani, Gianni Meucci**, que han compartido conmigo, en gozo y libertad, la gran amistad de Giorgio La Pira.*

*Nota del traductor: Me permito incluir en esta dedicatoria española a **Isidro Rodríguez Plaza**, alcalde de Peñaranda de Bracamonte (Salamanca). Creo que a E. Balducci –a quien tuve la suerte de saludar en dos ocasiones en Florencia– le hubiera gustado ver también aquí a un alcalde socialista español con el que, no me cabe la menor duda, La Pira, y el propio Balducci, habrían hecho buenas migas.*



# “No dejes que te líen los curas”

(Itinerario de Ernesto Balducci)<sup>1</sup>

---

Tomás Santiago Delgado

Esta “vida” de La Pira no es un libro de fácil lectura porque requiere un doble esfuerzo intelectual: liberarse, por una parte, de prejuicios anticlericales para entrar en la humanísima profundidad psicológica del biografiado, y por otra, no rendirse ante la en ocasiones complicada y densa sintaxis del biógrafo. Este doble esfuerzo se verá al final recompensado: leer a Balducci, seguir su pensamiento, es siempre una gran satisfacción intelectual; conocer a La Pira eleva nuestra dignidad de sabernos parte de una humanidad que también era la suya.

Resulta paradójico tener que dar un aviso de prevención anticlerical a los lectores de una biografía de La Pira, un laico, escrita por Balducci, un cura. Cuando en 1951 La Pira, por primera vez alcalde de Florencia, buscó la colaboración de Balducci, le dijo: “Es el cura menos clerical de cuantos conozco y por eso he pensado en usted”.

Ernesto Balducci nació en 1922, en Santa Fiora, un pequeño pueblo minero en la falda del monte Amiata, en la Toscana pobre. Y en su pequeño cementerio está enterrado desde 1992, tras su muerte en un grave accidente de carretera.

Fue el mayor de cuatro hermanos hijos de un minero pobre, cuya familia vivía “en los límites entre la miseria y la pobreza”, en un ambiente caracterizado por grandes sacrificios y una intensa dedicación al trabajo. Sentirá siempre como un deber de fidelidad a ese pueblo y a sus orígenes la necesidad de “dar voz” a las luchas y reivindicaciones de justicia de los más pobres, desde aquellos mineros del Amiata hasta los marginados de las ciudades del tercer mundo.

*“Me he preguntado a menudo qué habría sido de mi si hubiera nacido en una luminosa y ruidosa ciudad, en una tranquila familia burguesa. Pero he nacido en el silencio de un pueblo medieval, sobre las faldas de un volcán apagado y en un marco humano donde era difícil discernir los límites entre la realidad y la fábula. He crecido envuelto en un silencio que me espantaba y acercaba al contacto con el misterio. ¿Ha sido una gracia? ¿Ha sido una circunstancia casual que*

1 Realizado con información obtenida de <http://www.fondazionebalducci.it/> y de la revista del MEM (Movimiento de Educadores Milanianos).

*ha condicionado mi libertad para siempre? Estas preguntas se apagan en el silencio...”*

No se apagarán en él los ecos de las palabras de despedida del herrero con el que trabajaba antes de su ingreso en el seminario menor de los escolapios, en 1934: *“No dejes que te lícen los curas, Ernesto”*.

Terminados sus estudios teológicos en Roma, en 1944 es enviado a Florencia –recién liberada de los alemanes-, allí enseña en la escuelas pías, es ordenado sacerdote en 1945 y asiste a la facultad de Filosofía y Letras, laureándose en 1950 con una tesis sobre Fogazzaro. *“En toda mi formación (clerical) no he encontrado entre mis maestros una sola persona que pueda recordar con simpatía y a la que deba algo. Lo digo con máximo autocontrol, mucha objetividad y también mucha tristeza”*.

Se mete de lleno en la intensa vida cultural de la ciudad, en la que funda un círculo humanista cristiano con intereses preferentemente literarios. Se relaciona con Giovanni Papini, quien le responsabiliza de la misa de los artistas, y otros personajes como Nicola Lisi, Benvenuto Matteucci, etc., pero será la presencia sugerente de Giorgio La Pira quien suscite en él una mayor atención hacia temáticas político-sociales. Son los años de la madurez del catolicismo florentino cuajado de grandes figuras: Lorenzo Milani, Gian Paolo Meucci, Mario Gozzini...

Del ambiente vivido junto a los grupos juveniles de S. Vincenzo y a través de la experiencia de su relación directa con los pobres, surge en los primeros años 50 “Il Cenacolo”, para jóvenes universitarios, caracterizado por un empeño caritativo de nuevo signo, que tendía a superar las maneras asistenciales y procuraba una formación religiosa, teológica y espiritual comprometida, con gran atención a la problemática político-social; con gran capacidad educativa y formativa, el joven Balducci les propone modelos espirituales y de vida asociativa extraídos de experiencias francesas que sugerían modalidades más libres respecto a los rígidos modelos difundidos en Italia.

En 1957, el cardenal Montini -futuro Pablo VI- con el que mantendrá siempre una buena relación, le invita a participar en la misión de Milán junto a otros predicadores famosos como David María Turoldo y Primo Mazzolari.

Es de los primeros que introduce en Italia, a través de la radio, el pensamiento de Teilhard de Chardin y de Emmanuel Mounier, fundador de la revista “Sprit” de la que es un atento lector.

Con un grupo de amigos y jóvenes ligados al Cenacolo, funda en 1958 la revista “Testimonianze” que supone un intento de dar voz a un catolicismo ya no caracterizado por un “proselitismo agresivo” y proyectado por entero a la “conquista”, sino fundado en el valor “testimonial”, inspirándose en la espiritualidad de los Hermanitos de Charles de Foucauld. Pero los tiempos nuevos no han llegado

aún al Vaticano, cuya censura de los fermentos innovadores de la iglesia se pone de manifiesto en Florencia a través de su arzobispo, Hermenegildo Florit. Los colaboradores más directos del alcalde La Pira son alejados de la diócesis, y entre ellos Balducci, en 1959, para contrarrestar su influencia y la de su revista.

Permanecerá dos años en Frascati y cuatro más en Roma. El alejamiento de su inspirador es un duro golpe para el Cenacolo y Testimonianze, pero por una imprevisible coincidencia, que Balducci gustaba llamar “ironía de la Providencia”, aquel “exilio” le permitirá vivir de cerca los acontecimientos del pontificado de Juan XXIII y los trabajos conciliares. Vivir el Concilio en Roma le permite establecer una serie de relaciones con teólogos y obispos de todo el mundo convirtiéndose en una ocasión única. Se metió a fondo en el estudio y divulgación de los debates conciliares, compartiendo la esperanza de una reforma de la iglesia centrada sobre el primado de la Palabra de Dios, la gran revalorización del papel del Pueblo de Dios y de las Iglesias locales, y sobre una nueva relación profundamente renovada de la Iglesia con el mundo contemporáneo.

Son años fecundos en intervenciones radiofónicas, periodísticas y televisivas, en los que debe afrontar muchas polémicas y conflictos por sus tomas de posición. Baste recordar su proceso por defender la Objeción de conciencia, acusado y condenado por apología de delito, tras la publicación en 1963 de un artículo-entrevista en “Il giornale del mattino”. “*No han logrado liarte, Ernesto*”, le dijo entonces su antiguo patrón.

En 1965, y gracias a la intervención de Pablo VI, vuelve a Florencia.

Intercedió en el conflicto de la comunidad de base del Isolotto, cuya parroquia rescató el arzobispo Florit, en 1969, con ayuda de los carabinieri. “*Vilipendio de la comunidad eclesial*”, escribió Balducci. “*En aquel momento intentó la Curia que me expulsaran de la Orden. Tenía un general muy mal dispuesto hacia mí, que seguramente habría aceptado, de no ser por un gesto de Pablo VI*”. El mismo Pablo VI le amonestará públicamente, con ocasión del choque con el cardenal Danielou en un debate televisivo sobre el sacerdocio, frecuentemente abandonado –según el cardenal- por no soportar el celibato; por no soportar –según Balducci- la contradicción entre el Evangelio y la Institución.

Progresivamente su actitud respecto a la esperanza de reforma de la Iglesia se va acercando a una desilusión cada vez más consciente y amarga que, unida a un diferente clima cultural a finales de los años 60, le lleva enfocar su reflexión y su acción a la problemática del “hombre planetario”, distanciándose de los debates internos de una Iglesia que encuentra demasiado anclada en una perspectiva eclesiocéntrica. “*Desde la muerte de Pablo VI, mis relaciones con la institución no sufren roces, incluso porque, en coherencia con mis convicciones actuales, ya no me gusta intervenir en las cuestiones intraeclesiales*”

En 1974 interviene en Copenhague en el Tribunal Russell contra los crímenes del Vietnam. Este mismo año apoya la ley del divorcio. Como dos años después apoyará a los católicos independientes en las listas del PC.

En los años ochenta es uno de los protagonistas de los congresos promovidos por la revista Testimonianze inspirados en el tema *Si quieres la paz prepara la paz*, ofreciendo una contribución original y de gran aliento a los movimientos pacifistas italianos y a la elaboración de una verdadera cultura de la paz.

Publica “El tercer milenio”(1981), “La paz, realismo de una utopía”(1983), “El hombre planetario”(1985), “Historia del pensamiento humano”(3 volúmenes) y “El círculo se cierra” en 1986. En este último año funda la editorial Edizioni Cultura della Pace (ECP), que representa su empeño más significativo de los últimos años, y cuya producción se articula en dos colecciones: “El hombre planetario” y “Enciclopedia de la Paz” constituida por varias secciones (“Maestros”, “Problemas”, “Testos/Documentos”). El mismo Balducci, en la sección “Maestros” publica la biografía de Giorgio La Pira (1986) que aquí presentamos, la de Gandhi (1988) y la de Francisco de Asís (1989), a las que habría seguido de inmediato –de no haberlo impedido su muerte repentina- la de Lorenzo Milani.

Su discurso y su reflexión y predicación se centran cada vez más netamente sobre una matriz bíblico-evangélica, como perspectiva profética, en la que se sitúa la lectura del Evangelio como anuncio de paz y de una sociedad no violenta; su compromiso por los marginados de la ciudad, sus relaciones con la cárcel y los detenidos políticos, así como, con total continuidad, su participación en las luchas de liberación de los pueblos del tercer mundo. Son realidades vividas sin solución de continuidad, como “hombre entre los hombres”, como anunciador de la Palabra que asume las razones históricas de todos como raíz y fundamento de la esperanza.

En una de sus últimas intervenciones públicas poco antes de morir, renueva las conclusiones de su reflexión intelectual: la cultura entendida no como “puro modo de pensar” sino como “modo de ser”; la humanidad, en la pluralidad de sus expresiones, como nuevo sujeto de la historia en lugar de la “humanidad occidental”; la esperanza entendida como fe en la razón crítica antes que como actitud psicológica; la dialéctica entre el hombre inédito y el hombre conocido; el diálogo con el otro como disponibilidad a la escucha.

(Entre lo poco traducido hasta la fecha, en nuestro país, hemos de destacar su trabajo “El otro: un horizonte profético”, publicado recientemente en esta misma editorial y cuya tesis central es que “la negación del **otro**, hasta las raíces metafísicas, es una firme característica de Occidente” y que debe desaparecer. *“Me pregunto si, al atravesar paso a paso con perplejidad y miedo los umbrales de un tiempo nuevo, no habrá algún acontecimiento capaz de dar un giro*

a la historia... Tal acontecimiento es la **aparición del otro**; la crisis de nuestra civilización como final de un monólogo”.)

Un grave accidente de carretera al volante de su coche, el 27 de abril de 1992, le devolvió definitivamente al pequeño cementerio de su Santa Fiora natal de la que seguramente, como dice en el bellissimo texto que sigue, nunca se había movido.

*“La habitación en que dormía de pequeño tenía una ventana que daba sobre un precipicio (la casa está aún allí, apoyada sobre muros medievales) más allá del cual se levantaba una pequeña cornisa de colinas. Al lado del precipicio, la larga silueta de un antiguo convento de clarisas. De noche, varias veces, la campana llamaba a las monjas a “mattinar lo sposo”. De tanto en tanto acontecía que me levantaba del lecho, al sonido de la campana, para observar en la oscuridad encenderse una tras otra las minúsculas ventanas de las celdas y después apagarse. Ahora me explico la fascinación ante aquel espectáculo nocturno del que gozaba en soledad, casi furtivamente. Era como si me asomase a la otra vertiente de la vida, donde el tiempo tiene un ritmo diverso del nuestro, es un tiempo inútil, el tiempo del Ser, el tiempo que gira sobre sí mismo, con paso de danza y no se preocupa del nuestro, que es el tiempo del existir. Podría decir que yo, de aquella ventana, no me he movido jamás”*



# Índice

---

<b>Prólogo: Itinerario de Ernesto Balducci</b> .....	9
<b>El nuevo comienzo</b> .....	17
Una leyenda dorada .....	17
Un hombre antimundadno .....	19
La segunda conversión .....	21
La filosofía profética .....	23
<b>Una política de paz</b> .....	27
Florenia ayer y hoy .....	27
«Incipit vita nova» .....	30
Una economía para el hombre .....	32
Más allá de la lucha de clases .....	35
«El anticomunismo de la Cascine» .....	37
<b>En las raíces de la ciudad</b> .....	41
Una casa para todos .....	41
La empresa, propiedad social .....	43
El debate sobre los «grandes sistemas» .....	45
La contradicción no resuelta .....	48
<b>La época de las ciudades</b> .....	51
Un pacto simbólico .....	51
De la edad de los estados a la edad de la ciudad .....	52
La metafísica de la ciudad .....	54
Unir las ciudades para para unir las naciones .....	56
<b>La civilización universal</b> .....	61
El diálogo imposible .....	61
El integrismo a prueba .....	63
Entre ideología y profecía .....	65
La «historiografía de lo hondo» .....	67
La pluralidad de las culturas .....	69

<b>El hombre mediterráneo</b> .....	71
El eslabón perdido .....	71
La familia de Abraham .....	73
La batalla de Argel .....	75
Palestina, vertiente del Mediterráneo .....	77
Una azotea sobre África .....	78
<b>La “germinación florentina”</b> .....	81
Un hombre, una ciudad .....	81
El lustro de la germinación .....	83
1961: el proceso contra La Pira .....	84
1963: el proceso contra Balducci .....	86
1965: el proceso contra Milani .....	88
Gandhi y la elección del ser .....	89
<b>Diplomacia profética</b> .....	91
Las «tesis de Florencia» .....	91
Coincidencia entre historia y profecía .....	93
La cresta y sus dos vertientes .....	95
El milenarismo lapiriano .....	97
Los ejes de la nueva historia .....	99
En los dos “santuarios” .....	100
Una golondrina no hace verano .....	102
La vuelta antihistórica. Europa más allá de los bloques .....	104
En el «triángulo» del Medio Oriente .....	106
<b>Una Iglesia por la paz</b> .....	109
El espacio teológico .....	109
A la búsqueda de Constantino .....	111
«Mundanía» de la iglesia .....	113
La noche y la aurora .....	115
<b>Antología de textos de La Pira</b> .....	117
<b>Cronología histórica</b> .....	135

# Capítulo I

## El nuevo comienzo

---

### Una “leyenda dorada”

En otoño del 44, Florencia era todavía, sobre la línea del Arno, un montón de escombros. Así la dejaron los alemanes cuando, el 11 de agosto, se marcharon, y así me la encontré cuando llegué la tarde del 12 de octubre. La vida se reanudaba a duras penas; los lugares públicos de encuentro eran pocos y casi clandestinos. En una página de mi diario, fechada el domingo 5 de noviembre, leo: “Por la tarde, a las 3, reunión en el Palazzo Pucci, de la juventud católica florentina. Entre otros ha hablado La Pira. Elocuencia pobre, palabras inseguras, períodos despedazados, anacolutos, repeticiones..., pero una riqueza de sentimiento que emergía y transfiguraba la pobreza de elocución. Alma ardiente en pequeño cuerpo, abierta a amplios horizontes. Me ha hecho bien”.

La Pira era ya una leyenda en el mundo al que yo pertenecía. No sabía, entonces, que durante un año había tenido que ocultarse de los fascistas, refugiándose primero sobre las lomas del Chianti y después en Roma, y que había vuelto a Florencia hacía poco, el 2 de septiembre. Ni podía imaginar que aquel pequeño hombre estaba ya en vísperas de un extraordinario destino político y que movilizaría, para una aventura en muchos aspectos única en nuestra historia, a una ciudad entera, marcando para siempre la vida de muchas conciencias. Incluida la mía.

No me será siempre fácil, en estas páginas, desembarazarme de la fascinación de la *leyenda dorada* en que, como muchos otros, he quedado enredado, para reconstruir, objetivamente, el itinerario de pensamiento y de acción que ha realizado La Pira, uno de los hombres nuevos auspiciados por Einstein tras la explosión de Hiroshima. Me ayuda, en esta reconstrucción, un cierto distanciamiento crítico que, ya durante los años de su vida, creo haber alcanzado en relación al hombre y al fue su tiempo por excelencia.

El tiempo de La Pira está comprendido en el paréntesis de años que va del 51 al 65, desde su elección para alcalde de Florencia hasta su desalojo del Palazzo Vecchio: el “antes” y el “después” adquieren pleno sentido si se ponen en relación con aquella quincena de años de extraordinaria creatividad. No por casualidad es la quincena que coincide con el surgimiento, en el panorama humano, de

la cresta apocalíptica: en el 51 apenas había prendido el debate, en el que también Einstein y Oppenheimer tomaron parte, sobre el proyecto, planteado precisamente por Truman, de construir la bomba H; en el 65, en ciertos ambientes estadounidenses, se discutía sobre la conveniencia de aniquilar la resistencia vietnamita con el arma atómica. Una cresta apocalíptica desde la que, sin embargo, por aquellos años, no se desplegaba solamente el panorama del terror, sino también aquel otro kennedyano de los “diez mil años de paz”, sobre el que La Pira enfocaba preferentemente la mirada. Se advertía entonces, como nunca antes ni después, la ambivalencia de la historia. La Pira vio esta ambivalencia modelando sobre ella cada pensamiento y acción.

Visto de lejos, como ahora es posible, su testimonio aparece sin que tenga ya nada que ver con nosotros, cerrado en una isla (en la que habitan Kennedy, Kruschew, Papa Juan) donde la esperanza era una virtud mucho más fácil que hoy día. Pero en realidad, a pesar del acento político ahora dominante -que parece ajeno al dilema einsteniano entre catástrofe universal o cambio del modo de pensar, tan resignado al equilibrio del terror sin tan siquiera la dignidad de la angustia- aquel tiempo es el mismo que el nuestro, aquel testimonio es aún una lúcida llama para nuestra conciencia. He aquí el porqué de estas páginas.

No puedo empezar sin antes haber hecho con él las cuentas, con el personaje La Pira que, en su singularidad, está casi totalmente confiado a la memoria de quienes le han conocido. El de La Pira, en efecto, ha sido uno de los fenómenos humanos que, cuando se cierran, no dejan de sí documentos adecuados para su reconstrucción. Ante la noticia de que la iglesia católica ha decidido poner en marcha el proceso para su canonización, he advertido, casi con sufrimiento, hasta qué punto sea incongruente tal manera de proceder, puede que en todos los casos, ¡seguro, en un caso como éste!

Examinada analíticamente, la personalidad de La Pira se descompone en rasgos contradictorios entre sí, de los cuales, como cuando él estaba en vida, cada testigo ha podido y podrá legítimamente, adoptar aquél que mejor se le acomode. Vistos en su abstracta separación, nos damos cuenta del porqué La Pira haya sido considerado, según los casos, ingenuo y astuto, puritano y sin prejuicios, obediente y anárquico, tradicionalista y progresista, tímido y provocador, dogmático y crítico. En la estructura de su personalidad parecía faltar un punto de cohesión que redujese a la unidad aspectos tan dispares. Pero aquel punto existía. Era la fe, que en él cumplía la función de principio estructurador asumiéndole en sí, casi vaciándole de su especificidad y rellenándolo de la propia, las diversas categorías del espíritu.

Esta función integradora de la fe obraba también en otro sentido, que podríamos llamar diacrónico. Normalmente la personalidad se desarrolla pasando de una etapa a otra (“cuando era niño hablaba como niño”, dice San Pablo, “ahora

que soy adulto, hablo como adulto”) de modo que cada una de ellas determina en sí la precedente. Es así como el yo procura su inestable unidad. En La Pira, cada una de aquellas etapas conseguía vivir en su forma psicológica: la ingenuidad infantil, el fervor adolescente, el gusto escolástico del raciocinio, la obstinación voluntarista. Cada uno de estos modos se convertía en camino de la misma fe. En los años 60 muchos cristianos vivieron el paso de la fe sacra, con su lenguaje devoto codificado desde siglos, a una fe profética, más inclinada al uso del lenguaje laico. La Pira preservó en sí las diferentes fases de su crecimiento y continuó usando el propio de cada una. Al decidir la elección de una u otra forma expresiva, pesaba, más que la calidad de los interlocutores u oyentes, su imprevisible espíritu de discernimiento. Con un prelado era capaz de hacer uso de la provocación profética; a Kruschew le escribía con el mismo lenguaje que usaba con las monjas de clausura.

No sorprende que un hombre como Benedetto Croce, tras haberlo escuchado en el Parlamento, anotase en su diario: “Ha hablado después un democristiano que, me dice un socialista o un comunista convertido, hace vida ascética en un convento y enseña derecho en la Universidad de Florencia. Discurso extravagante, pueril en las explicaciones y en los ejemplos, finalizado con una invocación a la Virgen y con una amplia señal de la cruz”<sup>1</sup>.

De este caprichoso código expresivo deriva la dificultad de hacer resonar su mensaje de paz, no obstante su absoluta actualidad, en un tiempo como el nuestro que ha generalizado el lenguaje de la secularidad.

## **Un hombre antimundano**

El momento en que La Pira se mostraba a sí mismo con mayor inmediatez era el del encuentro con los pobres, que para él no era algo casual o referido a la eventualidad de las buenas obras, era un encuentro institucionalizado, mucho más que con sus estudiantes en las aulas universitarias. La comunidad de pobres, que desde el 34 se reunía en torno a él para la misa dominical, primero en la iglesia de san Procolo y después, desde el 42, en la más espaciosa iglesia de Badia del Proconsolo -a la sombra, podríamos decir, del Palazzo Vecchio- fue durante cuarenta años su lugar de comprobación del valor de sus opciones, su punto de observación del mundo, incluido el mundo de la política.

En esta especie de “corte de los milagros”, el “profesor”, tomando la palabra tras la misa, daba rienda suelta a su inspiración, sintonizando de inmediato con los marginados. Su antimundanía era, antes que ascética, por así decir, con-

<sup>1</sup> Craveri, *Benedetto Croce: pagine di diario*, en “Studi per il ventesimo anniversario dell’Assemblea Costituente”, I Vol., Valecchi ed., Firenze 1969, p. 135.

natural a la que tienen los pobres cuando han renunciado, o nunca lo han intentado, a su lucha por la vida. Miraba con sus ojos el mundo de la riqueza y del poder, añadiendo por su parte un profundo sentido de compasión por la inhumanidad que la riqueza y el poder, casi fatalmente, producen, y también, cuando era el caso, invocando una señal de solidaridad (un avemaría) con los poderosos comprometidos en obras de justicia y de paz. El paso, de esta complicidad antropológica con los pobres, al juicio evangélico, llegaba con naturalidad. No le inquietaban las reservas que en otras sedes, por ejemplo en el parlamento o en el consejo municipal, venían a levantarse contra su “pauperismo”. Pero el pauperismo es un fenómeno aristocrático o burgués, es una forma más de paternalismo. La Pira no miraba a los pobres con ojos de rico, de poderoso o de culto animado por un espíritu de solidaridad, miraba a los pobres de tú a tú, como uno de su tribu, colocada fuera de la historia. Justamente por esto su juicio crítico investía, de un solo golpe, el mundo del poder en todas sus implicaciones económicas, culturales y políticas. No se oponía a aquel mundo en el nombre de una ideología, sino en nombre de una manera de vivir.

El hilo dorado de la continuidad fue éste, en la vida de La Pira, durante cuarenta años (*Antología I*). Él entraba en la política activa viniendo de “otra parte”. Y esta “otra parte” no era la silenciosa atmósfera de un convento o una biblioteca, ni siquiera la clase social de los explotados conscientes de sus propios derechos: era el subsuelo de la ciudad donde se recogen, como en un valle, las sobras de los discapacitados para vivir, sobre el que no se detiene casi nunca el ojo del sociólogo o del periodista. Es precisamente desde aquí donde es posible observar la otra cara de la historia. En clave marxista, este residuo podría llamarse “el proletariado de los harapientos”, aunque, justamente, también ésta es una expresión que tiene sentido en caso que asumamos como válidos los parámetros vigentes dentro de la historia. El pobre, en cambio, para La Pira, era el hombre tal cual es, al margen de determinismos de clase. La impotencia de estos determinismos para asumir en sí al pobre, al hombre no determinado más que por el solo hecho de existir, es la confirmación empírica de que la persona está siempre más allá de la identidad derivada de la integración social. De aquí la imposibilidad, para La Pira, de adoptar el lenguaje clásico, más aún, su incapacidad de hacer suyo hasta el fondo el lenguaje político. Este lenguaje no era, para él, proporcional a las verdaderas esperanzas del hombre, aquellas que están al descubierto en la “povera gente”.

Al ocuparnos de sus iniciativas políticas y diplomáticas no debemos olvidar nunca esa corporatividad suya con aquella porción del mundo que no aparece integrada en la historia, se trate de los desechados o incluso de las monjas de clausura o de los niños. Una vez lo he visto saludar, simplemente levantando por un instante el sombrero, a un niño que pasaba por la acera contraria. Su antimundanía se revelaba, además de por su estar siempre absorto en Dios, en su modo

natural de situarse en la parte a la que no llega el ruido de la historia, ni halla eco, ni siquiera de oposición, su ley, que es ley de violencia. Dios es “otro” que el mundo, así como la “povera gente” sin nombre es otra que el mundo, es la franja sobre la que cae, en el tiempo, la sombra de Dios, que es la sombra del no ser.

En este espacio vivía y gustaba volver cuando le era permitido quitarse su vestidura de hombre público. Su casa era un cuarto de pocos metros cuadrados, demasiado pequeña incluso para un monje, y que quiso, en cierto momento, liberar también de libros. Al verlo así, a menudo me venía a la cabeza un verso de Goethe: “yo he construido mi casa sobre nada porque el mundo entero me pertenece”. Aquello que en los pobres es el resultado de una cruel necesidad, que precisamente por esto, a veces, lo vuelve inhumano, para él había sido libre elección. El fruto inmediato de su modo de vivir, o mejor de ver la vida, era la mansedumbre, o más generalmente, una cierta irradiación de paz. Quienquiera que lo haya tratado cotidianamente -incluso los no creyentes- ha debido reconocer que, tras cada contacto, se llevaba un don de paz.

Bajo la envoltura de los dogmas católicos, que aceptaba sin reserva, su fe se movía libremente, sin ataduras con aquellas expresiones doctrinales o simbólicas que llevaban consigo algún poso de dureza. No intentaba convertir a nadie: para él todos los hombres caminaban en el reino del Padre.

He aquí porqué, a pesar de su lealtad, los hombres del partido o de las instituciones lo sentían extraño. Y con razón. Sólo que su extrañeza radicaba no en las reservas mentales al uso entre políticos y diplomáticos, sino en que anteponía su espíritu en relación a toda lógica partidista, incluso cuando -con mayor o menor desagrado- aceptaba las reglas. Si en el 65 se le puso fuera de juego, fue precisamente por no querer aceptar aquellas reglas a partir de cierto límite.

## **La segunda conversión**

Y no obstante, sin detrimento de esta continuidad lineal en su vida interior, algo ocurre en él entre el 48 y el 51, en el breve período de años en que fue subsecretario de trabajo y después alcalde de Florencia. Algo que podríamos llamar su “segunda conversión”. La primera la conocemos: ocurre en la Pascua del 24, cuando, sobre el libro del Digesto señaló su gozosa y vital recuperación de la fe cristiana. La segunda -el paso de la teoría a la práctica- es solamente una hipótesis mía: acontece, o de cualquier manera alcanza su momento crucial, si queremos intentar una fecha aproximada, entre el verano e invierno del 51.

Gracias a un fidelísimo informe de una de sus intervenciones en el Congreso de juristas católicos, en noviembre del 51, nos es posible saber directamente por él las causas y razones de tal conversión. Giuseppe Dossetti había desarrollado una exposición en la que, con el rigor deductivo que siempre lo ha caracterizado, había

desmantelado críticamente el Estado liberal y había construido la alternativa de otro Estado de inspiración cristiana basado sobre la democracia social. La Pira esperaba su turno con unas notas en su mano. Hubiera tenido que desarrollar el tema “el Cristianismo y el Estado”. Puso a un lado sus notas e improvisó, con su habitual vivacidad. Situándose “desde un punto de vista absolutamente práctico”, tras haber trazado el panorama de los males de su ciudad (cuatrocientos desáhu-cios, nueve mil parados, el 1,8% de la población con certificado de pobreza...) se abandonó, en tono humorístico, pero muy serio, a esta confidencia:

*Una vez, cuando era más joven y no tenía estos contactos, quizá hacía la oración más larga y hermosa, más afectuosa con el Señor; e incluso un examen de conciencia más profundo e incisivo, pero siempre sobre cosas que en cierto modo sólo a mí concernían: si había hecho oración, si había dicho cualquier palabra poco delicada en mis relaciones con algún amigo. Ahora me he vuelto una conciencia dura (risas), porque actualmente me enfado de la mañana a la noche, e incluso me encolerizo. Y por la noche, en mi examen de conciencia, aflora esta población que espera tener vivienda, tener un trabajo del que depende su vida física y espiritual, o tener la estreptomocina. Digo: “Señor, perdóname por encolerizarme”, aunque lo otro se me queda muy grabado en la conciencia. Y comprendo que, efectivamente, si hubiese puesto más amor e inteligencia en la búsqueda de los instrumentos, tal vez hubiera tenido algún empleado más, alguna casa más o alguna medicina más, y algún consuelo más. Por tanto este examen de conciencia se desplaza desde mí a los otros.*

Y de inmediato, siempre con el fin de ilustrar su evolución, remontó a su experiencia en el ministerio de trabajo, comparándola con la, por su propia naturaleza más doctrinal, de miembro en la primera comisión Constituyente.

*Pero si ahora comparo aquella experiencia, más limitada, con la experiencia posterior en el Ministerio de Trabajo y la siguiente como Alcalde de una ciudad, veo que cuando escribía algunos de mis artículos, muy bellos, era todavía un poco ingenuo, consideraba las cosas desde un punto de vista teórico, sin conocer en la realidad los fenómenos de la vida nacional y mundial. Por el contrario, en el Ministerio de Trabajo fui de improviso puesto en contacto con los grupos de trabajadores, ocupados y parados. Tras lo que el problema se amplió. Debí estudiar los problemas a escala mundial para darme cuenta de lo que significaba el paro. Primero creía que se trataba de uno que estaba parado (risas). En cierto punto se descubre, se aferra una idea... Prof. Carnelutti, usted es aquí un maestro (risas)... En cierto punto me dí cuenta -no lo descubrí yo: tenemos los estudios hechos, las observaciones estadísticas- que se trataba de una patología del sistema nacional e internacional, un gran hecho que tiene su lógica, su estructura, su terapia.*

Más tarde, en el 60, en un discurso en la Facultad de Arquitectura de Florencia (Antología IV), volvía a comparar su experiencia de constituyente con

la de secretario del trabajo y alcalde. En la Constituyente, junto al grupo de amigos Dossetti, Moro y otros, dice La Pira, sabía dónde llegar:

*afirmar los valores de la persona, su arquitectura, su mundo interior de libertad, el acto místico que lo caracteriza. Afirmar que esta persona está en el contexto de la comunidad: por tanto la familia, la ciudad, la nación, las otras naciones.*

Todo cambió de sentido cuando llegó a ser subsecretario de trabajo:

*Yo no había comprendido nunca qué significaba el paro... ¡Qué revelación! Si no se hacen descubrimientos no se hace nada: pasas a su lado y ni te das cuenta. Es como un turista que llega a Florencia y pasa junto al Baptisterio. Somos unos turistas: se pasa junto al paro y no se sabe qué cosa es el paro. Pasas junto a uno que no tiene casa y tú no sabes qué es una vivienda, no lo has descubierto. Así yo, había pasado junto a tantas cosas, incluido el trabajo, pero no lo había comprendido. Lo entendí cuando fui allí: entonces comprendí qué cosa es el valor profundo del trabajo y, por tanto, del paro.*

Los pobres son una cosa, el parado y el desahuciado son otra cosa: son los pobres, en cuanto producto de una determinada sociedad, los síntomas tangibles de la patología de una sociedad que aumenta sus niveles de beneficio y, precisamente por esto, crea desocupación, construye casas y, precisamente por esto, sentencia desahucios. Los pobres que La Pira encontraba en la misa dominical entraban de nuevo en su horizonte contemplativo, estaban fuera de la historia; el parado y el desahuciado son pobres, pero dentro de la historia.

## **La filosofía profética**

Antes de este bautismo en lo concreto, La Pira había vivido su relación cognoscitiva con la realidad sociopolítica mediante el esquema teórico deducido de la filosofía de Santo Tomás de Aquino, estudiada de manera prolongada y directa y seguidamente retomada según la lectura que le había procurado el pensador francés Jacques Maritain. Aquel bautismo no puso en crisis esta pertenencia filosófica suya, que daba fundamento racional a dos temas a los que, hasta su muerte, La Pira ha hecho referencia: la supremacía de la contemplación de Dios en el fin de la creación y la supremacía de la persona humana como fin último de la historia. En la doctrina de Santo Tomás, el punto fuerte es precisamente la coincidencia entre la idea de una cosa y su existencia: ni siquiera Dios se puede conocer si no se parte de las cosas que caen bajo los sentidos. Este núcleo realista de la formación filosófica de La Pira se fue, cada vez más, articulando vitalmente con un realismo de otro tipo, el mesiánico de la profecía bíblica, que tiene su lugar de pleno cumplimiento en la resurrección de Cristo. El impulso contemplativo que, como quiere la filosofía tomista, va de abajo a arriba, de lo visible a lo invisible, de

lo temporal a lo eterno, tomó cuerpo en él con el impulso contemplativo de tipo profético, que va del presente al futuro, sin dejar nunca la línea horizontal de los hechos que acontecen en el tiempo. La verdad es que La Pira recurría frecuentemente a uno u otro lenguaje, al metafísico o al profético, sin preocuparse de concordarlos entre sí, pero en el marco histórico que tomaremos a examen, que va desde su “segunda conversión” al pleno desplegamiento de su compromiso en la agitada historia del terror atómico, prevalece en él aquella que llamará la “filosofía profética” de Isaías.

En el 74, y por tanto casi en vísperas de su muerte, en un elaborado discurso, en la abadía de Fossanova para el centenario de Tomás de Aquino, La Pira intenta una reconstrucción de su camino cultural a la luz de la doctrina tomista, juzgada por él como una “visión unitaria, lógicamente construida y articulada, mediante los principios supremos del ser y de la revelación bíblica”. Con el ánimo de quien se siente en el deber de hacer un balance de su existencia, se muestra convencido de que la coincidencia entre el eje vertical de la contemplación y el horizontal de la dinámica mesiánica ha sido el verdadero proyecto de su vida: más aún, con uno de sus bruscos saltos desde la dimensión autobiográfica a la histórica, dice que esto es ya el verdadero proyecto de la humanidad.

Haciendo balance de sus múltiples contactos con las nuevas generaciones de todo el mundo, llega a afirmar repetidamente que ellas, quizá sin saberlo, están en diálogo con Santo Tomás, en el sentido de que se mueven hacia el axioma tomístico del primado de la contemplación, se mueven al menos hacia “la frontera de la civilización contemplativa” que, para él, es ya una misma cosa con la “tierra utópica de Isaías”.

*Las nuevas generaciones italianas, americanas, soviéticas, africanas y de todos los continentes a los cuales hemos podido exponer la sustancia y el contenido de este diálogo -su valor para la construcción del futuro!- están cada vez más preparadas (casi instintu Spiritus Sancti) a acogerloj*

*Hay un “soplo” que pasa por encima de todas las generaciones nuevas y les invita a cruzar el Jordán (la época materialista, consumista) para entrar en la tierra prometida (“contemplativa”): atravesar la frontera de “Utopía” y entrar en la “tierra utópica de Isaías”. ¡Aquí está - en perspectiva- la paz, la unidad y la justicia entre todos los pueblos, y florece con la contemplación, la gracia y la belleza de la civilización del mundo!*

Echando, desde esta azotea, un vistazo sobre el propio itinerario cultural, La Pira reconstruye sus etapas en base a las diversas circunstancias históricas que lo han conducido a buscar, en la doctrina de Santo Tomás de Aquino los instrumentos conceptuales adecuados para echar luz sobre las cuestiones puntualmente emergentes.

Como estudioso del derecho romano, en los años 30, había quedado subyugado por la analogía entre la “ciencia del derecho”, construida, con el uso de la lógica aristotélica, por los juristas romanos desde la época de Augusto, y la “ciencia de la teología” construida, siempre con el método aristotélico, por Tomás de Aquino. Las dos construcciones, unidas a la geometría de Euclides, son para La Pira, una herencia que no ha sufrido ningún desgaste, porque ellas constituyen la estructura universal de la razón, adecuada a todos los tiempos y a todos los pueblos.

A partir del 37, año de la persecución racial, hizo un llamamiento público a la doctrina de santo Tomás, mediante la publicación de la revista “Principi” (1938-1939), “para reivindicar -en directa oposición con la teoría hegeliana del Estado (asumida por el nazismo y el fascismo)- el valor substancial de la persona humana”.

“Terminada la guerra... ¿a qué “filosofía constitucional, política” habríamos hecho referencia, nosotros, los católicos?”. Trabajando en la subcomisión que elaboró los “principios” de la Constitución, La Pira contribuyó a dar una precisa definición de “aquellos pilares esenciales del orden social que son los entes sociales originarios (familia, iglesia, ciudad, región, sindicato, partidos, nación, comunidad de naciones) entre los cuales está orgánicamente insertada y ordinariamente se desarrolla, en su camino ascendente hacia los supremos valores interiores, la persona humana”.

Convertido en alcalde de Florencia, en el 51, el de Aquino le siguió pareciendo “como la brújula capaz de orientar la barca de la historia, en la nueva edad del mundo, hacia el puerto profético de la unidad y de la paz”. Aún más: se convenció de que “entre Florencia - su iglesia, su civilización, su “acción”, su irradiación sobre el mundo entero, en todas las estructuras de la cultura - y el de Aquino, existe un modelo de relación tal, que se puede decir sin mentir que la *Summa* ha sido reflejada en todas las estructuras de la cultura florentina”.

Precisamente aquí, en esta tercera fase, se ubica, a mi juicio, la conjugación creativa del tomismo con la dimensión mesiánica. Esta conjugación está provocada por el brusco contacto con la concreción de las contradicciones sociales y llevada a cumplimiento por el descubrimiento de la total novedad del tiempo que podríamos definir con las mismas palabras de La Pira en el discurso de Fossanova: “ a la negociación global, a la unidad, a la paz y a la justicia en el mundo, en la presente era atómica y espacial, no hay alternativa”.

A comienzos de la segunda guerra mundial, en la revista “Principi”, se había limitado a reevocar la doctrina tomística sobre la iniquidad de la guerra ofensiva y sobre las condiciones que habrían podido volverla legítima. La novedad, en aquella reiteración, aún formalmente escolástica, de la doctrina tradicional, está en las referencias, explícitas o transparentes, a las condiciones históricas, conmocionadas por la teoría y praxis del nazismo y del fascismo. En todo caso, la paz y la guerra conservan, en aquellas páginas, su figura conceptual todavía disponible en el

tratamiento definido, de una vez para siempre, desde el antiguo estoicismo y San Agustín.

Las conciencias serán golpeadas solamente tras los primeros avisos del equilibrio del terror. Después de que también la URSS, en el 49, entró en posesión del terrible artefacto, y después de que Truman, en el 50, decidiera la construcción de la bomba H, nos dimos cuenta de que con Hiroshima se había superado la cresta de la historia más allá de la cual nada era otra vez como antes. El ingreso de La Pira en esta nueva toma de conciencia coincide, y no sólo en sentido meramente cronológico, con el ejercicio concreto de sus responsabilidades de alcalde de Florencia. “Comprendí entonces que el cristianismo es historia y geografía”. Y esto fue para él como un nuevo comienzo.

## Capítulo II

# Una política de paz

---

### Florenxia ayer y hoy

No fue por una opción personal como La Pira se convirtió en alcalde de Florenxia, sino por docilidad a una petición de la autoridad eclesiástica que vio en su candidatura la única posibilidad de sustraer la ciudad a la administración roja. Eran los años de la ruptura vertical (la excomuni3n contra los comunistas era de dos años antes), que hacían de la papeleta electoral un instrumento de elecci3n entre libertad y esclavitud, entre el bien y el mal, entre Dios y el Anticristo. La bandera con la hoz y el martillo, izada sobre Palazzo Vecchio en noviembre del 46 había parecido a muchos un insulto intolerable a la cultura de la que Florenxia era un símbolo universal. A decir verdad, cuando, el 10 de junio del 51, el consejo rojo llegó a su vencimiento, el escándalo no tenía ya raz3n de ser. Mario Fabiani, hombre de sólidas raíces populares y de incuestionable seriedad pública y privada, se había manifestado rico en recursos humanos y de ductilidad política: era difícil ver en él !un emisario de las fuerzas del mal; Pero la pasi3n ideológica del momento era tan radical que los eventuales valores humanos del adversario lo hacían más temible, porque enmascaraban sus verdaderas intenciones. Tras Fabiani estaba el partido de Stalin, era, a escala nacional e internacional, la estrategia de la lucha de clases, a la que era preciso responder con una movilizaci3n general en nombre de los grandes valores: *pro aris e focis*, resonaba el grito de guerra de los Comités cívicos, las organizaciones celulares anticomunistas iniciadas en las parroquias por Luigi Gedda. Era necesario derrotar a Fabiani, acabar con él en su propio terreno: sobre esto estaban de acuerdo los cat3licos, todavía en un clima de cruzada, y las clases conservadoras ante el incierto futuro. Ningún partido estaba en condiciones de ofrecer un candidato adecuado al objetivo. Pero el hombre existía, y era La Pira.

El no podía ser considerado, en sentido estricto, hombre de partido y, además, era ya una leyenda en los estratos populares, incluidos los de filiación comunista. Desde la “corte de los milagros” de Badia -su verdadera circunscripci3n electoral- su nombre, por obra del tam-tam con que los pobres difunden las noticias, había penetrado no solo en aquella franja de la poblaci3n en que el único título de crédito era el certificado de pobreza, sino incluso en algunos sectores de la clase

obrero ideológicamente menos cercanos al partido. Llevar al Palazzo Vecchio un alcalde no comunista, sobre las espaldas de los pobres: he aquí la obra maestra estratégica de la coalición que se improvisó en torno a la candidatura de La Pira. Quien aceptó más como hombre de iglesia que como hombre de la DC, de la que no quiso nunca credencial (“mi único carnet es el bautismo”, decía, y entró en la contienda electoral sin tolerar el lenguaje de la rivalidad, con la intención de hacerse portavoz de aquellos que en la ciudad no tenían ningún peso. Esta distinción suya -¡pronto se entenderá!- no era táctica, reflejaba su visión de las cosas, sobre la que nada podían los condicionamientos de la secretaría del partido, ni las presiones de los grupos acostumbrados a imponer las razones partidistas sobre las razones del bien común de los ciudadanos. Una vez alcalde, no podía ciertamente modificar las reglas de juego, ni tampoco las de un consejo municipal, pero rechazó, en la medida de lo posible, dejarse aprisionar. El fin, si lo queremos de verdad, requiere también sus medios, crea un método afín a él. Si el objetivo de un alcalde es edificar la ciudad según una arquitectura de paz, el método no podrá ser otro que el de una colaboración lo más generalizada posible.

Pero la ciudad -he aquí el problema que atraviesa por entero la vicisitud de La Pira como administrador de Florencia-, ¿puede ser el espacio adecuado para mantener una política cualitativamente distinta de la vigente a nivel nacional? Es bueno subrayar enseguida las dos razones objetivas que, como los hechos demostrarán, abrían un abismo entre las intenciones de La Pira administrador y la ciudad en su realidad efectiva.

La primera, la más inmediata, percibida enseguida y continuamente evocada, a efectos polémicos, por los opositores de La Pira: el tejido productivo de Florencia, como de cualquier otra ciudad italiana, era un todo con el de la sociedad nacional y ésta, a su vez, no era más que una parte de la sociedad occidental regulada por las leyes del mercado. Un proyecto administrativo no puede ignorar las interdependencias estructurales que hacen de la ciudad una unidad subordinada al sistema

A esta razón, que podríamos llamar fisiológica, de la resistencia de la ciudad real a toda veleidad de autonomía de sus administradores, se le iba añadiendo, precisamente en aquellos primeros años 50, una segunda, de carácter patológico, cuyos efectos, a lo largo, están ya ante nuestros ojos. Cualquiera que sea su color político, los administradores reconocen, hoy, que las ciudades son ingobernables. Los centros urbanos han perdido su función de núcleos orgánicos en torno a los cuales gravitaba la periferia. Venido a menos el tradicional equilibrio entre el interior del campo y la ciudad, las periferias se han extendido, primero más allá de todo control, y después, han invadido el centro que ha dejado de ser el lugar de los intercambios, de la síntesis cultural, de la elaboración natural de la identidad

común, de la mediación entre lo viejo y lo nuevo. La ciudad es, ahora ya, totalmente una periferia.

El fenómeno se inicia, precisamente, cuando La Pira comienza su experiencia de administrador. Del 51 al 61, los ocupados en la agricultura descienden, en la provincia de Florencia, de 115.220 (29,3%) a 69.271 (16,5%). En diez años, el campo florentino pierde el 40% de su fuerza de trabajo en beneficio de la industria y, por consiguiente, con incremento de la población municipal que, en aquel decenio, creció con una tasa cuatro veces mayor que la media regional: en el 61 rozó la línea de los 400.000 ciudadanos. A quienes se añadían los turistas, que comenzaron a ser “turismo de masas”. En torno al 60 se registraron en Florencia, dos millones de visitantes anuales, destinados a convertirse en los ocho millones de hoy. A esta conmoción demográfica contribuía la diseminación salvaje de las instalaciones industriales, que abrían nuevos espacios para la especulación urbanística.

La empresa de La Pira fue la construcción de una ciudad de la paz, precisamente mientras el estallido de las contradicciones cortaba toda decisión concreta en el sentido de sus deseos. El no se limitó a soñar y a sugerir, con la obstinada divulgación de su sueño, la recuperación y salvaguarda de una identidad cívica en decadencia. Puso manos a la obra, aferrando uno tras otro los nudos de la crisis ciudadana y se comprometió a desatarlos con tal pasión que tenía y daba la impresión de haberlo conseguido. Pero, ¿de veras lo consiguió? Quien lo considera un perdedor, debe admitir que con él quedó derrotada la ciudad de Florencia como tal, convertida, tras él, en un caso más de la política general del país, un fragmento carente de un principio específico de individualización.

Según uno de los protagonistas de la política cultural florentina del período más reciente, Franco Camarlinghi, “Florencia que, a comienzos de su recuperación postbélica, tenía todas las posibilidades de emprender un camino positivo de conservación de sí misma y de desarrollo en las transformaciones del tiempo presente, ha encontrado, por culpa de los hombres que la han conducido, sólo el camino de la decadencia, en una mixtificación retórica, siempre, de esperanza, de ambiciones y de sometimiento a los intereses más inmediatos”<sup>1</sup>.

La limitación de este juicio está en el escaso peso concedido al fenómeno generalizado -del que antes hemos hablado- de la crisis de la ciudad como forma sociopolítica de la convivencia humana. Estamos hoy en un punto límite. Pero precisamente porque entra en contacto directo con el contexto de sus causas, la crisis de la ciudad parece ya revelar, entre sus pliegues, por contraposición dialéctica, los síntomas de una recuperación no vanal. Uno de los efectos de esta recuperación parece ser el de una respuesta concreta -¡la única posible!- de la

1 En *Storia d'Italia* “Le regioni dall'Unita ad oggi”. *La Toscana*, Einaudi, 1986, p. 896.

sociedad civil al deterioro del Estado, en sus reglas de democracia representativa, no suficientemente idóneas para traducir la responsabilidad del ciudadano frente a los nuevos problemas, de dimensiones históricas, que le colocan ante las consecuencias del cataclismo atómico y el desajuste ecológico. Los administradores florentinos se han visto obligados a recurrir a la herencia de La Pira como único punto de referencia elevado sobre estos problemas. Los cuales, por su naturaleza (de aquí el crecimiento, en estos años, de la instancia referendaria), son un llamamiento, de manera permanente y directa, a la soberanía popular en sus decisiones de base, cuales son, precisamente, las de la ciudad. Es precisamente esta intuición “lapiriana” -de la que hablaremos ampliamente en el capítulo IV- la que renace con mayor fuerza, hoy, en Florencia como en otras partes.

### **“Incipit vita nova”**

Al leer los discursos y escritos de La Pira, se advierte que, tras una cierta fecha, y precisamente tras su elección para alcalde, desbordan por la exuberancia de imágenes, a menudo cándidas, como ocurre a los enamorados, y a veces profundas, como ocurre a quien, llevado del amor, intuye las cuestiones de fondo de la realidad. Su asentamiento en el Palazzo Vecchio fue para él como una ceremonia nupcial auspiciada desde las alturas, hasta tal punto que, perdido el cargo, él seguirá considerándose alcalde. ¿Es que, acaso, no es el matrimonio indisoluble? También él, como Dante tras el encuentro con Beatriz, comenzó, entonces, una “vita nova”, que necesitaba sacudirse de encima el peso del léxico escolástico o jurídico para intentar un “dolce stil novo”.

Para terminar su jornada en el Palazzo Vecchio, cuando era posible, se hacía llevar por el fiel chófer al Piazzale Michelangelo, donde permanecía (hay de ello testimonios) en emocionada contemplación: “¡Mi dulce, equilibrada y armoniosa Florencia!” . Hacía falta un hombre como él, llegado de un rincón remoto de Italia, para captar el alma de Florencia con una disposición abierta al asombro. Si bien recuerdo, fue Simone Weil quien escribió que, al visitar Florencia por primera vez, había tenido la impresión de haberla conocido desde siempre. En la pensadora francesa, tan atraída por la geometría de lo esencial, la fascinación de Florencia está en su parentesco original con el alma humana, en la armonía de los valores traducida para siempre en sus piedra.

El asombro de La Pira era también metafísico, pero se alimentaba en otras inspiraciones. Aquella tomista, por ejemplo, de la sociedad como organismo concentrado sobre la persona humana (“la *Summa* ha sido reflejada en todas las estructuras de la cultura florentina”) o aquella bíblica, que hace de Jerusalén - modelo de cada ciudad, pero sobre todo de Florencia- la “transcripción arquitectónica de la ciudad celeste”. Su ojo se posaba -como ocurre a quien mira Florencia

desde la plazuela Michelangelo o desde S. Miniato (o del Forte Belvedere que precisamente La Pira ha devuelto a la libre circulación)- sobre el estrecho círculo del que sobresale la cúpula de Brunelleschi y sus “tejadados que, como bajo las alas, a ella confluyen y se unen. Y se dejaba invadir por el “misterio de aquellos tejados”.

*Probad a mirarlos, meditando, desde Piazzale Michelangelo y desde S. Miniato: ¿es, o no, verdad, que ellos forman, en torno al doble centro de la Cúpula de Sta. Maria del Fiore y de la Torre del Palazzo Vecchio, un “todo” armónicamente unido, casi un sistema de proporciones geométricas y arquitectónicas que encarnan, como el “sistema estelar”, orden, belleza, oración, reposo y paz?*

*Todos los que se paran a contemplar, aunque sea por un momento, este espectáculo de orden y belleza, no pueden sustraerse a esta impresión “encantadora”; quedan como “paralizados” por este auténtico “misterio arquitectónico” - grandioso y sencillo al mismo tiempo- que aparece ante sus ojos y, a través del cual, en cierto modo, se refleja y trasluce la ciudad del cielo.<sup>2</sup>*

Por cualquier parte del mundo que anduviera, miraba las demás ciudades con los ojos del alcalde de Florencia, las medía también con la “caña de oro” con que Florencia está construida.

*Dije una vez al príncipe heredero, allá en Marrakech, en Marruecos (había estado aquí, en Florencia, con su padre): ¿Sabe porqué Florencia es tan bella? Porque todas nuestras ciudades proceden de una matriz única: esta matriz única es la ciudad de Jerusalén. Tiene que verla. Yo la vi en el 53, junto a las otras pequeñas ciudades de Palestina. Aquélla es el molde de todas las ciudades medievales, cristianas y árabes. Debemos buscar una cosa: el misterio que hay detrás de las ciudades auténticas (no son, en realidad, muchas las ciudades auténticas en Europa, incluida Rusia). ¡Qué impresión me ha causado Kiev, por ejemplo, en la parte en que todavía conserva su estructura medieval! Y no es, en modo alguno, porque yo aspire al pasado, sino porque en el pasado arraiga el porvenir: como el fruto está siempre ligado a la raíz<sup>3</sup>.*

La inspiración de La Pira no le viene dictada únicamente por modelos metafísicos o bíblicos, tiene también razones concretas en un hecho: su vocación política había hallado finalmente el único espacio a la medida de sus posibilidades. En efecto, “dentro del círculo limitado por las murallas de la ciudad, los problemas del tiempo presente asumen una dimensión humana perfectamente comprensible”. Los problemas políticos que, a nivel estatal, tienen una insuperable dimensión abstracta, dentro de los muros ciudadanos están al alcance de la mano y ponen a prueba la validez de los modelos de interpretación y soluciones en los que los hombres del poder central quedan fatalmente prisioneros. Incluso una idea universal,

2 En “La Badia”, n. 3, p. 54.

3 Discurso a la Facultad de Arquitectura de Florencia, en “La Badia”, n. 3, febrero 1979, p. 42.

como la de la paz, si no se contrapone con los conflictos a nivel cotidiano, se malogra en los juegos diplomáticos y se convierte no raramente en una legitimación del inmovilismo social. En la concepción de La Pira (he aquí su “municipalismo”) la administración presidida por él era el órgano competente para “satisfacer las necesidades más urgentes de los humildes, poniendo en marcha soluciones para los problemas de los más pobres de la ciudad, para potenciar la actividad industrial, agrícola, comercial y financiera, para convertir a Florencia en un centro de valores universales”.

“En este punto -escribía Nicola Pistelli en el 55, y por tanto en contacto directo con lo que narraba- comienza la historia de La Pira. Una historia imposible de contar por entero, por cuanto la crónica resultaría árida en confrontación con la realidad”. Para hacer menos árida la crónica, Pistelli evoca al parado y al mendigo en busca de trabajo y de vestido que “te dicen confiadamente “voy a decírselo a La Pira”; “el vaso de leche y chocolate ofrecido a los niños de las escuelas elementares, ricos y pobres”; la invitación del alcalde a todos los muchachos para que la mañana de Epifanía vayan a visitarlo a Palazzo Vecchio, donde encontrarán juguetes y dulces. Se equivoca, observa Pistelli, quien dice que, de esa manera, La Pira “ha reducido su administración a una obra asistencial”, porque la finalidad que él pretendía era restituir al ciudadano “el sabor perdido de la comunidad” y hacerle descubrir “el patrimonio de energías que todavía le quedan”<sup>4</sup>.

## **Una economía para el hombre**

A decir verdad, el vivaz cuadro trazado por Pistelli, si muestra bien el nuevo clima introducido por La Pira en las relaciones entre los ciudadanos necesitados y su Palacio municipal, no basta, por si mismo, para refutar la objeción de fondo que siempre se ha levantado contra su manera de administrar: el amor por los pobres y pequeños es sin duda una admirable virtud evangélica y puede ser el criterio justo para dirigir un organismo asistencial, pero no para afrontar los problemas locales de la vida económica de una ciudad. No se puede hacer el mismo uso del erario público que de la cartera privada. El estereotipo de hombre santo, que está muy bien en su lugar -es decir, en un convento, o en sus alrededores-, pero no allí donde cuentan, más que las razones del corazón, las leyes de la economía, daba a la objeción una fácil comprobación intuitiva.

La verdad es muy distinta. La Pira no sólo era consciente de la especificidad de las leyes económicas, que no pueden cambiarse a capricho, sino que tenía al respecto, una gran competencia también teórica. Sin preverlo, él se había preparado para sus responsabilidades de administrador público con una profunda refle-

4 Nicola Pistelli, *Scritti politici*, a cargo de Enrico De Mita, Editrice Politica, 1967, pp. 750-751.

xi3n sobre los problemas econ3micos, publicada el a3o anterior a su candidatura, en la revista "Cronache Sociali" (n3mero 1, 1950) con el t3tulo *L'attesa della povera gente* (La espera de la pobre gente). El ensayo hab3a provocado un vivo debate, al que sigui3 una extensa y diligente r3plica de La Pira, *Difesa della povera gente* (Defensa de la pobre gente) (ibi, 1950, 5-6). Los dos escritos<sup>5</sup>, en su conjunto, pueden ser considerados como el verdadero soporte doctrinal de la actividad administrativa del "alcalde de la pobre gente". Rele3das hoy, aquellas p3ginas despiertan una impresi3n contradictoria: por una parte, de insostenible mezcla de diferentes niveles de conciencia y valoraci3n; por otra, de una l3cida percepci3n de la crisis de la econom3a capitalista y de la necesidad de superarla.

Exacerbando un concepto que estar3 en la base de la teolog3a de la liberaci3n veinte a3os despu3s, La Pira consideraba al Evangelio no s3lo "un libro de piedad, sino un "manual de ingenier3a" pol3tica, en el sentido de que le revela las leyes constitucionales de la vida personal, social e hist3rica del hombre". El intento del autor de *L'attesa de la povera gente* es delimitar la esfera de las leyes econ3micas, coloc3ndolas en un contexto antropol3gico, manifestando su valor de puro instrumento. Tambi3n, para 3l, la absolutizaci3n de la econom3a es una falsedad ideol3gica, que oculta el hecho real de que es el hombre quien hace la ley, y la hace en base al fin que se propone. El hace coincidir la estructura preideol3gica de la persona humana con cuanto el Evangelio nos revela del hombre, sin una adecuada consideraci3n de las competencias de la raz3n para fundar, con sus propias fuerzas - como hab3a hecho, por ejemplo, el Marx joven-, una antropolog3a cr3tica. Para los creyentes que han recorrido sin reservas el camino de la cultura moderna, la verdad evang3lica es - al contrario que para La Pira- solamente una verdad prof3tica, es decir, referible al acontecimiento 3ltimo del reino de Dios, y no una verdad racional utilizable como premisa de los silogismos de la raz3n deductiva. Sin embargo, pocos cristianos de nuestro tiempo han sabido acoger, como La Pira, la tensi3n prof3tica del Evangelio.

En las p3ginas de su ensayo, como en muchas otras, precisamente a causa de este uso heterog3neo de la palabra evang3lica, La Pira oscila entre un acatamiento de la profec3a a nivel de las visiones ideol3gicas y su uso adecuado, que hace de ello un punto de apoyo para la superaci3n cr3tica de toda ideolog3a. En el primer caso, las palabras evang3licas dejan de ser aquello que son por s3 mismas: met3foras prof3ticas del sentido profundo de la existencia, y se transforman en premisas de deducciones de orden econ3mico. La par3bola de los talentos, por ejemplo, que exalta al siervo que hace fructificar su dep3sito y condena al que lo ha escondido bajo tierra, apoya sus argumentaciones contra la l3nea anti inflacionista representada por Luigi Einauidi. No sin iron3a, el democristiano Piero

5 *L'attesa della povera gente*, L.E.F., 1978.

Malvestiti señaló a La Pira que, entonces, era lícito a los monetaristas recurrir a la parábola de las vírgenes imprudentes, condenadas por el Evangelio porque no habían ahorrado el aceite de sus linternas.

En el segundo caso -es decir, en la lectura profética- la enseñanza evangélica sobrepasa toda concreta objetivización doctrinal y coloca la identidad del creyente en la “tendencia eficaz hacia las criaturas necesitadas”. Se trata de una tendencia no meramente afectiva o voluntariosa, porque se inscribe en el corazón mismo de la opción fundamental de la fe, de la que nace todo proyecto de vida pública o privada. Es una especie de intencionalidad preideológica, más bien prefilosófica, no traducible adecuadamente en ninguna doctrina tenida como normativa para todo creyente.

Pero si no siempre era claro en el guardar distintos y diversos órdenes del conocer, La Pira daba en el blanco cuando tomaba de diana, directa o indirectamente, las mitologías latentes en la economía clásica entonces imperante (eran los tiempos de Einaudi y de Pella), que se adornaban de científicas y que, precisamente en nombre de la ciencia, aseguraban la posibilidad de reabsorber el fenómeno de la desocupación simplemente con la defensa del poder adquisitivo de la moneda. Como había ya demostrado Marx un siglo antes, en las raíces de la economía liberal estaba el desprecio por el hombre y, más todavía -como en nuestro siglo ha demostrado el economista inglés John Keynes, en quien se ha inspirado Henry Beveridge al elaborar su “plan”, en gran auge en los primeros años de postguerra-, hay una contradicción interna, cuyo síntoma más elocuente es precisamente la desocupación. “La desocupación -escribe La Pira, en la línea de Keynes- es un consumo sin una correspondiente producción: es, por tanto, un derroche de bienes y fuerzas productivas”. Los desocupados, en efecto, existen, y si existen consumen. El camino para salir de las contradicciones del sistema es simple: “partir de la ocupación, no del dinero: partir del hombre, es decir del fin, no del dinero, es decir del medio”. Le toca al Estado, mediante una política de base, orientar las inversiones para reabsorber la mano de obra desocupada. Quien trabaja tiene un salario, quien tiene un salario puede comprar, quien compra incentiva la producción, y así el círculo se cierra con beneficio para todos.

Como justamente ha observado Piero Roggi, el hecho de que La Pira haya traducido su instancia humanística en una reelaboración de la doctrina de Keynes y de Beveridge, representa “una recuperación de laicidad también en el interior de un contexto cultural católico”, un florecimiento de la “doctrina social católica”. La doctrina que conduce las finanzas del Estado a la plena ocupación (“tantos hombres por colocar, tanto dinero por gastar”) no ha sido producida por el movimiento cultural y social de los católicos, aunque es elegida por La Pira porque responde mejor que otras al principio ético del primado de la persona, que en

el lenguaje de La Pira es el principio cristiano por excelencia<sup>6</sup>. He aquí porqué el keynesianismo le parece a La Pira el instrumento doctrinal más idóneo para realizar la finalidad intrínseca al cuerpo social.

*Construir una sociedad cristianamente, significa precisamente construirla de tal modo que garantice a todos el trabajo, fundamento de la vida, y, con el trabajo, aquel mínimo de renta necesario para el “pan de cada día” (es decir alimento, vestido, vivienda, combustible, medicinas, para sí y para la propia familia)*<sup>7</sup>.

La política del pleno empleo, dice La Pira, supera la controversia entre capitalismo y socialismo. La plena ocupación tiene, de hecho, el efecto de multiplicar los bienes de consumo. Como explica Beveridge, “es mejor tener a la gente abriendo y cerrando agujeros que dejarla desocupada: la persona ocupada innecesariamente dará trabajo a otras con aquello que gana y gasta. Es mejor ocupar gente, aunque haya que sacar el dinero de dónde sea para pagarle, que tenerla parada: el ocio forzado es una pérdida de recursos naturales y vidas humanas que no podrá jamás ser remediado y que no puede justificarse con razones de tipo financiero”.

La cuestión de si es verdad que el keynesianismo supera las dos doctrinas económicas es, como poco, discutible. Es fundada la opinión de quien la considera un genial subterfugio del capitalismo para subvenir a sus propias consecuencias deshumanizadoras sin atacar los férreos fundamentos de su impostación económico-política, en los cuales está grabado el principio de la propiedad privada de los medios de producción. Precisamente con este principio, el alcalde de Florencia deberá hacer las cuentas, como veremos de inmediato, desvelando su inhumanidad, sin renegarle como tal en absoluto, acercándose a las posiciones de la alternativa socialista. Y será precisamente en primera línea de la lucha por el primado del hombre sobre las leyes económicas donde, finalmente, se encontrará solo. Los partidos de la mayoría gobernante, incluido el suyo, verán en él un peligroso subvertidor del orden; las fuerzas de izquierda, aunque apoyándolo, pondrán el acento sobre el carácter veleidoso en su función de administrador, que pretendía hacer la revolución en el fragmento de una ciudad sin quererla extender a todo el contexto nacional.

## **Más allá de la lucha de clases**

Cuando La Pira toma asiento en el sillón de alcalde, no era, por tanto, un desprevisto, tenía una muy clara concepción económica y ahora encontraba

6 Piero Roggi, *L’attesa della povera gente*, en *La Pira oggi*, actas del I Congreso de estudios sobre el mensaje de Giorgio La Pira en la época histórica actual, Cultura Editrice 1983, p. 216.

7 *L’attesa della povera gente*, cit., p. 29.

ante sí la materia prima para ponerla a prueba. Y tampoco era, como hacía pensar su lenguaje, un “medievalista”, dispuesto a dejarse capturar por aquel empuje nostálgico que Florencia no puede dejar de ejercer sobre los espíritus que no han sabido aceptar hasta el fondo la novedad de la revolución industrial. El medioevo de Tomás de Aquino y de Dante era, para La Pira, como antes para Saint-Simon, un modelo de sociedad orgánica perteneciente más a la profecía que a la memoria, un repertorio de símbolos adecuados al juego de perspectiva para quien se dirige al futuro sin otros instrumentos capaces de describirlo. Inspirándose en una obra de Alphonse Gratry, uno de sus maestros, La Pira se reconoce como uno más de aquellos cristianos que se ponen frente al mundo nacido de la revolución industrial, con la convicción de que ello señala el inicio de una “tercera fase” en su misión evangélica. “En la primera fase -había escrito Gratry, hacia mediados del siglo pasado- han construido el edificio sagrado de la teología y han puesto las bases de toda construcción futura; en la segunda fase, han “descubierto” el mundo físico captando en él las leyes y fuerzas para ponerlas al servicio del hombre; en la tercera fase (en la cual hemos entrado), deben “descubrir” el mundo social, deben captar las leyes y fuerzas para construirlo, de modo que en él haya lugar verdaderamente para una real fraternidad humana”.<sup>8</sup>

Esta actitud libre y esperanzada frente al mundo moderno era ciertamente algo singular en un hombre que prefería a las ceremonias oficiales la visita a los monasterios de clausura y que, en cuanto a filosofía, se atenía a la tradición del pensamiento tomista, casi poniendo entre paréntesis la edad del pensamiento postmedieval -la edad de los “tres reformadores”, Lutero, Descartes y Rousseau- considerada por su maestro Maritain nada menos que una perniciosa apostasía de la filosofía perenne. El programa de La Pira era afrontar la “tercera fase”, aquella de la construcción de un mundo justo y fraterno, dejando atrás la herencia del pensamiento individualista (tal era, para él, el pensamiento moderno), cuya proyección económica era el capitalismo.

Entre los pensadores del mundo contemporáneo, el único capaz de suscitar su interés era Karl Marx, pero sólo porque tras su filosofía, irremediamente cerrada en el s. XIX, había una tensión profética centrada en el hombre y en su emancipación. En base a esta cualidad, La Pira incluía a Marx en el propio árbol genealógico, cuyo progenitor es Isaías. Nacido en una familia que había tenido muchos rabinos, Marx, según La Pira, había sacado lo mejor de sí mismo de la lectura de los profetas: no se comprende *El Manifiesto* sin *El Exodo*. Su ateísmo -opina, en resumen, La Pira- no era más que una superestructura doctrinal transmitida por el iluminismo burgués del s.XVIII. Lo que contaba, en Marx, era el núcleo profético, cuyo fuego había sido capaz de alumbrar a las grandes masas

8 Nicola Pistelli, op. Cit., p. 761.

que se habían puesto en camino, en Rusia y en China, hacia la tierra prometida de la liberación de la explotación de los faraones.

En suma, el marxismo, como había escrito Maritain, no era más que una herejía cristiana. Los argumentos del anticomunismo liberalburgués no lo convencían - y de hecho, poco a poco, los abandonó todos- incluso porque no estaba para nada convencido del valor de la democracia formal. “Quién fuera el verdadero patrón en Italia lo comprendió de golpe un día -así me lo contó- cuando era subsecretario de trabajo. Saliendo de una reunión, en la que también estaban De Gasperi y el ing. Valletta de la FIAT, De Gasperi, jefe del gobierno, tomó el abrigo de Valletta y se lo puso ¡con deferencia!” También él, a su modo, se fijaba en las relaciones reales, más allá de las relaciones formales. Un escepticismo profundo que le venía, tal vez, de su raíz siciliana, y seguramente de su marginación del momento cultural del liberalismo, lo mantenía distanciado y huidizo frente a las instituciones y a los procedimientos del Estado de derecho, cuyo fundamento secreto era la defensa de la propiedad privada, un valor que él no ha sentido personalmente jamás ni lo ha defendido teóricamente. El verdadero materialismo, para él, era el capitalista y lo combatía no apoyándose en el análisis de clases, sino sobre el principio ético del primado de la persona humana, utilizado, a diferencia de tantos colegas suyos democristianos, en función de la defensa de los desheredados.

Por todas estas razones, si hubiese podido actuar, en el cuadro de las fuerzas políticas presentes en el consejo municipal, según la exigencia de su proyecto - aquél de la construcción de una ciudad de paz, con el centro en la defensa de los derechos de los oprimidos -sus aliados naturales hubieran sido los comunistas, como de algún modo lo habían sido durante los trabajos de la Constituyente. Pero él no podía pasar por encima del hecho de haber sido entronizado en Palazzo Vecchio por una coalición de fuerzas cuyo único objetivo era la marginación de los comunistas de la política ciudadana y nacional. No olvidemos que estábamos todavía en la época estalinista, durante la que los comunistas se movían dentro de prejuicios ideológicos y políticos no del todo conciliables con sus objetivos de defensa y redención de la clase obrera.

Dentro del pequeño espacio dejado libre por tales condicionamientos, La Pira inauguró un nuevo estilo, en las relaciones con la oposición. Su proyecto de hacer de Florencia el punto arquimédico(de apoyo de la palanca) para derribar el sistema internacional de guerra fría, no podía dejar de medirse con la que era, por la fuerza de las cosas, la primera piedra de toque, dentro de la sala del consejo municipal.

### **“El anticomunismo de la Cascine”**

El deshielo no había comenzado todavía: la novela de Ilija Eremburg (justamente, *El deshielo*) saldrá en 1954, un año después de la muerte de Stalin. La

maniobra de las clases reaccionarias para rechazar a los comunistas fuera de la vida política, estaba en marcha, poniendo en juego ya sea a los grupos más cerrados de la Curia romana (el Santo Oficio, más que un baluarte de la ortodoxia, era una avanzadilla del anticomunismo internacional), sea a los grupos de presión que dirigían la estrategia de los partidos gubernamentales. La así llamada “ley truffa”, que premiaba a la mayoría y hubiera debido reducir la consistencia parlamentaria del partido comunista, quedó de lado en las elecciones del 53. En el 54, precisamente cuando los resentimientos contra los responsables, reales o presuntos, del fallo de la maniobra electoral, habían llegado al máximo (en aquel año llegó a Florencia mons. Ermenegildo Florit para controlar, y en parte sustituir, al cardenal Elia Dalla Costa, demasiado complaciente en las relaciones con el alcalde), se dio un intento de llevar el diálogo político a un nivel más conforme a la nueva situación del mundo, dominada por un recrudecimiento salvaje de la carrera nuclear. El 54 es el año en que Togliatti, desde la tribuna central del partido, lanza un llamamiento para un acuerdo entre católicos y comunistas para salvar a la civilización del exterminio atómico. Era el 12 de abril. El mismo día del mismo año -la coincidencia merecería una lectura providencialista de tipo lapiriano- en Ginebra, La Pira enuncia su teoría sobre el papel de las ciudades, y de Florencia en particular, ante la perspectiva de la catástrofe. Pero éstos eran discursos demasiado elevados para los protagonistas de la pelea ideológica italiana, eran como los discursos de Federico Borromeo a las oídos de don Abbondio, oprimido por la mordaza del miedo.

Precisamente corresponde al 54 un clamoroso acontecimiento de crónica ciudadana que, recordado hoy, tiene el mérito de devolvernos al clima político del momento.

“Cuando -cuenta Nicola Pistelli- un comunicado de la Junta Municipal dio cuenta pública de que había sido renovada, para el año 1954, la concesión del parque público de la Cascine al Festival nacional de L’Unita, como se acostumbraba desde el 47, entró en acción el dispositivo de los diarios independiente, a quienes se unen las revistas semanales; “La Nazione”, el diario florentino recientemente adquirido por los industriales del azúcar y del cemento, abrió fuego contra La Pira, despertando una inmediata cadena de ecos sobre todo el arco peninsular. Que el festival insistiese sobre Florencia y no sobre la vecina y comunista Bolonia, con el evidente propósito de hacer la maniobra ante la roca fuerte más inexpugnable de toda Italia; que la concesión solicitada para ocho días hubiese sido rebajada sólo a tres; que, en fin, el mismo diario florentino hubiese siempre considerado pacífica la cuestión, y adecuada a la normalidad de un sistema liberal; todo esto no frenó a “La Nazione”, como no le creó escrúpulo alguno el acuerdo de un asesor liberal con la decisión colegiada de la Junta. El *casus belli* era especialmente adecuado para golpear sobre la opinión católica: ahora se trataba de sacar el máximo partido.

El gobernador civil de Florencia, bajo las órdenes del gobierno, negó la autorización para el festival por motivos de orden público, aceptando así las tesis de “La Nazione”. Para clarificar el hecho de las verdaderas intenciones de los celosos guardianes del orden público se había dado el incidente de las dimisiones, en la junta, de dos asesores liberales por desacuerdo con el presupuesto. La Pira afrontó la situación declarando que sustituiría a los dimisionarios, dado que el programa no estaba en cuestión: “Miremos el bien de la ciudad, les dijo, a la efectiva y eficaz tutela de los humildes y de los obreros, a una política creciente de urbanismo popular, a la elevación de la renta, a la defensa de las industrias y al desarrollo de las inversiones”. Pero era precisamente este estilo el que no podían tolerar, era el modo en que, como diremos, La Pira defendía las industrias y no a los industriales lo que constituía una amenaza para el orden público. Fue La Pira quien acuñó el eslogan afortunado de “anticomunismo de Cascine” para definir tan desmedido furor ideológico.

Por su parte, ellos, los comunistas -que en Florencia, en las elecciones del 53 (aquellas de la ley truffa) habían sufrido un descenso en contraste con la media nacional- se apresuraron a abandonar el estilo de oposición llena de prejuicios hasta alcanzar, a pesar de estar fuera de la mayoría, posiciones de sustancial acuerdo con las iniciativas de La Pira, desde la defensa de la clase obrera a la del diálogo entre bloques. “Il Nuovo Corriere”, portavoz de la izquierda comunista (concluirá las publicaciones el 7 de agosto del 56, tras los acontecimientos de Hungría) dirigido por Romano Bilenchi, advirtió bien pronto que, tras el lenguaje integrista de La Pira, se encontraba una visión del mundo capaz de acoger en ella los objetivos que parecían, a los ojos de muchos, propiedad exclusiva del partido comunista. El 27 de abril del 54, Bilenchi dedica al alcalde un artículo de fondo donde se lee: “La Pira es un alcalde católico que, permaneciendo firme sobre un pedestal de ortodoxia, de coherencia doctrinal, de personal moralidad cristiana, se bate sinceramente por los derechos del trabajo, por los derechos de libertad y justicia de la persona humana. Es un hecho que la ruptura determinada en el país ha sido provocada precisamente por el desconocimiento de aquella realidad que La Pira ha descubierto a los católicos y que ha denunciado con apasionada elocuencia”. Con ocasión del congreso de alcaldes de las ciudades, del 55, el aplauso será incluso más explícito y puntual: “En un estado que ha mostrado siempre una ceguera culpable respecto a su propia situación en el contexto internacional, que ha estado siempre carente de autonomía real, sobre todo en sus relaciones con los países socialistas, he aquí una ciudad y su primer ciudadano que se sitúa históricamente como puente entre oriente y occidente, con la vista puesta en alcanzar la finalidad más elevada, la paz y la colaboración entre los pueblos, en favor de los países en vías de desarrollo necesitados de ayudas económicas y técnicas”.

Una similar convergencia de perspectiva era tanto menos tolerable, por parte de la cultura “atlántica” que dominaba en aquellos años, ya sea en el partido del

gobierno como en la iglesia católica, cuanto que el protagonista de la experiencia florentina no ofrecía resquicio alguno a la sospecha y a la acusación de desviación ideológica. La anomalía estaba en el estilo de su política administrativa, inspirada en los ideales de paz, en total respeto a las diversas identidades culturales.

Merece la pena recordar que La Pira salió voluntaria y definitivamente de escena, en febrero del 65, precisamente porque rechazó aceptar las condiciones puestas a su reelección como alcalde. Los partidos del gobierno habían permitido, el 26 de febrero, repetir la experiencia lapiriana, con tal de que el alcalde hubiese previamente rechazado cualquier aportación, incluso no determinante, de los votos comunistas. Memorable el comunicado que la mañana del 28 de febrero, él difundió desde Palazzo Vecchio.

*Dado el carácter cómico -como se pone de manifiesto en los diarios- del acuerdo alcanzado por las secretarías nacionales de los partidos del centro izquierda, acuerdo del que he sabido por los periódicos, y que prevé mi designación para Alcalde, hago notar que, como he deseado y declarado hace tiempo a los órganos responsables, dejo a otros más desinteresados el cargo de alcalde.*

La calificación de cómico (recuerdo todavía cómo La Pira se complacía de su invención) desató toda la furia no sólo de la prensa gubernamental, sino incluso de aquella, tan prudente, de la Santa Sede. “L’Osservatore romano” del 3 de marzo deploró las “actitudes personales que ven comicidad donde no hay más que motivo de pesar”. También el mundo católico abandonó, entonces, al “alcalde santo”.

## Capítulo III

### En las raíces de la ciudad

---

#### Una casa para todos

Pero, ¿es posible, en una economía de mercado, construir una ciudad en la que verdaderamente todo esté encaninado al hombre? A pesar de las solemnes declaraciones de la Constitución, a la que también La Pira había dado su aportación -y precisamente para acentuar su distanciamiento de la tradición del individualismo liberal-, también la vivienda y la fuerza de trabajo, en Italia como en todos los demás países de economía de mercado, no son más que mercancías sujetas a las reglas de la oferta y la demanda. ¿En qué medida el Estado puede intervenir, para poner remedio a los inconvenientes de este supremo principio del sistema? ¿Cómo es posible construir una sociedad pacífica si, en sus cimientos se deja intacta la ley de la libre concurrencia, es decir, de la preponderancia del fuerte sobre el débil, del propietario sobre el empleado? En su práctica de la caridad, La Pira había encontrado miles de veces el desahucio y la desocupación, y había respondido a sus requerimientos con los recursos personales o del grupo vicenziano. Pero un alcalde, ¿puede limitarse a hacer caridad?

“El techo es algo sagrado, un derecho primario inalienable”, había declarado, enunciado, de modo perentorio, un punto esencial de su programa de administrador. Comenzó a funcionar, en el Ayuntamiento, la “Oficina de Alojamiento” para hacer frente a los cerca de 3000 casos urgentes. Una solución de emergencia, imaginada por La Pira, que levantó ruido en toda Italia, fue aquella de la confiscación de los chalets deshabitados, en base a una ley de 1865 que ampliaba las competencias del alcalde hasta la confiscación de los alojamientos, en caso de calamidad pública. “Fue por esto -cuenta Nicola Pistelli- que los agentes judiciales de Palazzo Vecchio tomaron el camino de las colinas y requisaron -con el decreto del alcalde en la mano- más de una villa aristocrática, cerrada tras el reciente veraneo patronal... La Pira pensó que las muchas décadas transcurridas desde la promulgación de la ley permitirían enriquecer el significado de la expresión con las últimas novedades en materia de desastres, aunque la existencia de millones de hombres hacinados en barracas formaba ya parte del ritmo normal de los hechos cotidianos y carecía de aquella inmediatez emotiva que el legislador de un siglo más romántico pareció exigir para la aplicación de su remedio. No es que falta-

ran decretos del mismo genero para levantar las indignadas protestas de los oprimidos, pero en el ambiente oficial se sabía todavía sonreír indulgentemente ante un hombre que, incluso violando a pequeña escala el sagrado principio de la propiedad, constituía la mejor garantía a un nivel general: en el fondo los comunistas florentinos, desde el día de la elección de La Pira, se habían encontrado como paralizados en el insólito clima instaurado por el alcalde de Florencia”<sup>1</sup>.

Pero no era cierto que, por este camino, Florencia pudiera convertirse, como era el sueño de La Pira, en una “ciudad para el hombre”. Incluso la construcción de barracas y “casas sencillas” con que el Ayuntamiento trató de hacer frente a la calamidad pública, se ponía a cuenta de los procedimientos de emergencia, destinados a ser sustituidos por un ensanchamiento del cuerpo urbanístico, concebido de modo orgánico, sin ceder al repunte especulativo que era entonces especialmente salvaje. “No casa, más ciudad”: la casa es la dimensión habitable del individuo, la ciudad la de la persona.

Según el ideal de La Pira, la ciudad habría debido dilatarse “hasta las estrellas”, de modo que, en torno a la catedral y al palacio municipal gravitasen no el informe amontonamiento de las viviendas de la periferia, sino verdaderas y propias ciudades satélites. Sólo así los desposeídos y los inmigrantes (que en 1955 ascendían a 11.000) habrían encontrado las condiciones estructurales de una verdadera y propia integración en la ciudad. Su proyecto no se realizó más que en parte y a través de increíbles dificultades. Pero cada paso adelante en la realización del plano regulador era, para La Pira, un acontecimiento que celebrar con exultación bíblica: era la Jerusalén celeste que tomaba forma en la ciudad de los hombres. Al entregar a los nuevos destinatarios la ciudad satélite del Isolotto, les recuerda, citando a Péguy, que la ciudad del hombre “es la imagen, principado y cuerpo de la ciudad de Dios”.

*Amadla, por tanto, como se ama la casa destinada a nosotros y a nuestros hijos.*

*Cuidad en ella las plazas, jardines, calles, escuela; cuidar en ella, con amor, adornando con flores y luces, los tabernáculos de la Virgen, que en ella serán construidos; haced que la cara de esta ciudad vuestra esté siempre serena y limpia.*

*Haced, sobre todo, de ella el instrumento eficaz de vuestra vida en comunidad: sentiros, a través de ella, miembros de una misma familia; que no haya entre vosotros divisiones esenciales que turben la paz y la amistad; sino que la paz, la amistad, la cristiana fraternidad, florezcan en esta ciudad vuestra ¡como florece la aceituna en primavera!*

1 Op. Cit., pp. 751-752.

*Cread también vosotros, en esta ciudad satélite, un foco de civilización: poned al servicio de los más altos ideales del hombre -ideales de santidad, de trabajo, de arte y de poesía- los talentos de los que vosotros sois ricos: haced que en esta ciudad satélite sea cultivada, para las generaciones futuras, una fecunda semilla de bien y cultura.<sup>2</sup>*

La del Isolotto era solamente una punta de la “estrella”; la otra hubiera debido ser la ciudad satélite de Sorgane, al este de la ciudad, en el reducto de las colinas que son parte viva e intangible de la unidad arquitectónica de Florencia. Se abrió un áspero debate sobre dos hipótesis: aquella, apenas expuesta y típicamente lapiriana, que veía la dilatación de la ciudad como proceso orgánico en torno al núcleo antiguo, y aquella que, teniendo en cuenta las exigencias de la nueva fase histórica, apuntaba sobre la expansión al oeste, en la llanura que va hacia Prato, donde se habían instalado las industrias. La primera hipótesis se la confió La Pira al arquitecto Michelucci, un prestigioso maestro con quien se sentía congeniar (el proyecto Michelucci, aprobado en el 58 por el sustituto del alcalde, quedará inoperante); la otra será confiada, en la última administración La Pira, al arquitecto Edoardo Detti, que presentó su proyecto en el 62. El plan Detti, que chocaba contra los intereses de la clase social formada con los beneficios de la incontrolada especulación inmobiliaria, abrió una grieta en la coalición de los partidos de la mayoría y fue una de las causas de la crisis de aquella junta de centro izquierda, que continúa siendo uno de los puntos fuertes en la historia administrativa de Florencia. Evidentemente la escisión entre la “ciudad sobre el monte” y la farragosa anarquía de la nueva periferia estaba escrita en el destino de la economía de mercado que, por su misma naturaleza, no tiene en cuenta ni las esperanzas de la gente pobre ni a quien sueña la ciudad a la medida del hombre.

## **La empresa, propiedad social**

La aversión de La Pira por la ética capitalista era total y, a su juicio, más auténtica que la de los marxistas, porque rechazaba la prioridad de la economía, que esta en los fundamentos de las diferencias de clase. Intachable en su análisis de la alienación producida por el capitalismo, el marxismo no acepta los límites, en cuanto desconoce -error máximo, para La Pira- la cualidad propia de la persona que es la comprensividad de una pluralidad de fines, al vértice de los cuales está la contemplación. Una pluralidad orgánica, porque tras el hombre económico y el hombre contemplativo, hay una articulada serie de exigencias primarias, cuya proyección social había sido traducida en piedra desde la Florencia del medioevo al renacimiento.

2 En “La Badia”, n. 1, 5 noviembre 1978, pp. 62-64.

La novedad del “personalismo” de La Pira estaba en su función operativa. En vez de servirse de él, como por lo demás sucedía en el mundo católico, para minusvalorar o disimular los conflictos que sacuden al hombre social a nivel de la estructura material, La Pira hacía de ello la premisa teórica para exigir, con toda la fuerza de los imperativos morales y religiosos, las soluciones de aquellos conflictos en el orden que les era propio. “No hay contradicción -decía, en la inauguración del Congreso de la Paz y de la Civilización Cristiana del 54-, sino armonía y recíproco enriquecimiento entre este crecimiento saludable de los valores elementales del hombre y la altura luminosa de los valores supremos de Dios, porque los unos son hechos por los otros, porque el Palacio de la Artesanía de la Lana está en esencial conexión, si quiere estar firmemente cimentado, con los muros maestros y la majestuosa bóveda de Santa María del Fiore”. La Pira no era un “clasista”; era, como quería la tradición de la doctrina social católica, un “interclasista”, es decir, miraba, no a la contraposición entre las clases, sino a su colaboración. No caía, sin embargo, en el error de quien ve el odio de clases sólo en el proletariado que lucha para reivindicar sus derechos. El odio de clases, él lo veía, más profundo y casi insuperable, a causa de su enmascaramiento ideológico, en los patronos que miraban únicamente su beneficio.

No es sorprendente que, año tras año, se unieran contra él todos los grupos de poder, desde la burguesía industrial a la comercial, desde la prensa a los tribunales, desde las secretarías políticas a *los maîtres à penser*. La coalición, finalmente, se salió con la suya.

El mérito histórico de La Pira ha sido el haber puesto al descubierto la incompatibilidad, entre ellos, de los intereses en lucha en la sociedad capitalista, siempre que no se quiera poner en discusión los fundamentos básicos de la misma. Las consecuencias de su lección iban más allá de sus mismas intenciones, porque se basaban en la fuerza probatoria de los hechos. Y los hechos que él impulsó, rasgado el velo de las legitimaciones ideológicas y jurídicas que garantizaban el orden establecido, se revelaron internamente con una dinámica capaz de situarse por encima de las resistencias de una administración municipal, porque sus dimensiones son nacionales, incluso internacionales. El desenmascaramiento de la intrínseca inhumanidad de esta dinámica capitalista, lo realizó La Pira -es bueno recordarlo- aplicando, a la situación florentina, no la teoría marxista de la lucha a ultranza contra el capital, sino simplemente la teoría keynesiana, según la cual la economía saludable es la que produce el pleno empleo.

La ocasión le vino dada en otoño del 53, con la decisión de una empresa florentina - Pignone, propiedad de la sociedad milanese Snia Viscosa- de poner en la calle a 1.750 empleados. Se trataba de un hecho del todo normal en una sociedad de economía de mercado. Pero, ¿qué podía hacer un alcalde que, en la Constituyente, había trabajado por crear un Estado cuya principal misión no era

la tutela de la propiedad sino la promoción de la igualdad económica; que había corroborado, en varias ocasiones, el valor primario del derecho a la vivienda y al trabajo; y que contaba en su ciudad con más de 11.000 parados?

En el gobierno está, como ministro del interior, el amigo Fanfani. Solicitado por La Pira, Fanfani, a través del gobernador civil, advierte a los directivos de Pignone que dejen sin efecto los despidos, a la espera de los contactos con los enviados del gobierno. Desatendiendo la petición, los directivos siguen adelante con su decisión. Fanfani retira el pasaporte al Consejero Delegado de Snia Viscosa, Marinotti. Las negociaciones no avanzan por la obstinación de la empresa. Los obreros ocupan la fábrica. El 22 de noviembre, La Pira cruza la valla y asiste a la misa, celebrada ante los obreros por don Bruno Borghi. El escándalo es enorme porque, además, los liquidadores de La Pignone habían cursado ya denuncia contra los ocupantes.

La magistratura florentina declara que no ha lugar el procedimiento porque -es la tesis de La Pira- los obreros no son, en la fábrica en que trabajan, ocupantes abusivos. Es la vigilia de Navidad del 53. Cuatro días después, el anuncio de la victoria definitiva: Pignone será adquirida por el ENI que, mediante una reestructuración, podrá asegurar el trabajo a casi todos los obreros que habían sido despedidos. Esta es la secuencia de los hechos.

Con oportunas intervenciones, La Pira llega a transformar los hechos en otras ocasiones para un debate sobre los “grandes sistemas”; igual que tres siglos antes, Florencia -y con Florencia, Italia (aunque el debate tuvo resonancia internacional)- se encontró dividida entre los ptolemaicos, que sostenían la intangibilidad de las leyes económicas, y los copernicanos, que ponían en el centro al hombre, el derecho del hombre al trabajo. Y el debate no se quedó en la esfera de las ideas: en los meses sucesivos a la polémica Pignone, casi poniendo en práctica una estrategia de represalia, los industriales florentinos amenazaron con cierres y efectuaron despidos, como en la Manetti y Roberts, como en la Richard Ginori, provocando, caso tras caso, puntuales y clamorosas intervenciones de La Pira.

## **El debate sobre los “grandes sistemas”**

Durante los meses calientes de la polémica Pignone, La Pira había invadido de telegramas y cartas a todos los responsables de la vida pública, incluido el papa y los obispos, usando, según los casos, argumentos de diverso orden, desde los “celestes” del Evangelio a los “terrestres” de Maquiavelo, como él mismo reconocería en una de sus cartas a Marinotti, consejero delegado de la Pignone, el 11 de septiembre del 53. El punto fuerte, en el orden “celeste” del discurso, era el capítulo 25 de Mateo, donde Jesús considera como hecho a sí mismo lo hecho por el hambriento, sediento, desnudo, o encarcelado. “Únalo todo y en silencio, en la

intimidad de su corazón”, había aconsejado ingenuamente al dirigente patronal. Y puesto que Marinotti había recusado la validez de la demanda, La Pira, sustituyendo a Mateo por Maquiavelo, le apremia: “Pero ¿por quién quiere que voten ya los trabajadores? ¿Por un Estado cobarde como el nuestro que permite cierres de esta naturaleza y dimensiones y de este valor?” Y declara al consejero delegado ¡merecedor del premio de la “Estrella roja!”

Los hombres del gobierno, es decir, en primer lugar, de su propio partido, se encuentran a disgusto. El cabeza de grupo democristiano en el Senado hizo saber a La Pira que la cuestión era de tal naturaleza que requería la intervención de quienes, para los católicos, “pueden decir una palabra de compromiso ideológico”, es decir de la iglesia. Y de hecho, La Pira había enviado a todos los obispos italianos una copia de su correspondencia con Marinotti y había pedido una intervención del papa. Si quiere salvar su posición en Italia -este es el argumento de La Pira- la iglesia debe usar su influencia para cambiar a los hombres del gobierno.

*Queremos diferentes gobernantes, renovaciones estructurales, inmediatas y extensas: el trabajo y la vivienda deben, de inmediato y de la manera que sea, ser garantizados a todos.*

*¿Sueños? No: posibilidades reales, aunque llenas de serias dificultades. Pero de cualquier manera, sueños o no, la marea comunista no se detiene con otros instrumentos.*

El papa, a través del subsecretario de estado, monseñor Montini, responde asegurando su “paternal interés” y reclamando a los responsables el “deber de proteger y defender el pan y el trabajo para tantos hogares”. Pero los obispos, al menos públicamente, callaron. Se hará notar, en cambio, el presidente de la Patronal, el genovés Angelo Costa, también hombre de fe notoriamente ligado a su obispo -el cardenal Giuseppe Siri, figura preeminente del episcopado italiano-. La intervención de Costa es del 23 de abril del 54, cuando el debate sobre los máximos sistemas, iniciado por el caso Pignone, se reinicia tras los despidos en Manetti y Roberts, que habían provocado un telegrama de La Pira al gobierno. En el telegrama, La Pira había denunciado el asunto como la puesta en práctica de un plan estratégico sancionador por parte de la Patronal, al que el diario “24 horas” había reaccionado de inmediato, calificando al alcalde de Florencia como “comunista blanco” y “comunista de convento”.

*Se trata de una cortina de humo -observó La Pira- tras la cual alguien quiere esconder su responsabilidad. Los derechos al trabajo para la gente pobre, que yo defiendo, son derechos sagrados y necesarios: no se les puede ocultar tras la máscara del anticomunismo.*

La intervención de Angelo Costa (el telegrama de La Pira, fechado en el viernes santo de 1954, había turbado, así lo confiesa él cándidamente, su “serenidad

pascual”) tiene el mérito de devolver el enfrentamiento a los principios -a las “leyes divinas” de la economía-, desembarazando el terreno de toda indebida referencia al Evangelio: “Todos nosotros admiramos, querido alcalde, su espíritu de caridad, su consagración a quienes tienen necesidades: todos nosotros querríamos ayudarle en su obra, pero desgraciadamente tenemos la impresión de que usted, desde hace un poco de tiempo, está perdiendo el sentido de las proporciones. Con la caridad, con el amor al prójimo, se puede hacer, se debe hacer mucho, y todos podríamos hacer mucho más, pero en nombre de la caridad no se puede pretender superar las leyes humanas y divinas. Las leyes humanas, y con éstas los contratos libremente establecidos entre los hombres y las organizaciones, serán respetados en virtud del cuarto mandamiento y no pueden ser violadas ni siquiera en nombre del más grande amor hacia el pobre. El octavo mandamiento nos manda respetar la fama del prójimo e interpretar en lo posible positivamente sus acciones. Las leyes que regulan la economía, que son también leyes divinas, no pueden saltarse; el bien al prójimo no se le procura considerando el empleo personal improductivo, sino aumentando la producción, y para hacer esto se requiere orden y disciplina en las empresas. La dignidad humana del trabajador está a salvo si éste sabe que su remuneración se la ha ganado con el propio y libre trabajo y no por la intervención de un alcalde que sustancialmente querría transformar al trabajador en un mantenido “.

La malicia del argumento final está clara, si se recuerda que para salvar la Pignone se había recurrido al ENI, una empresa del estado. La Pira no era por tanto nada más que un “estatalista de la gente pobre”. La calificación fustigadora no es de Costa, es nada menos que de don Luigi Sturzo, la divinidad tutelar de la Democracia Cristiana. La coalición antilapirista no podía encontrar una pluma más adecuada para aislar en el mundo católico el peligroso fermento lapiriano. El 13 de mayo del 54, sobre las columnas de “Il Giornale d’Italia”, Sturzo ataca a La Pira con insospechada violencia, reprochándole no sólo el “fraseo socialista”, sino también la denigración de la “categoría de los productores libres”. El punto fuerte del ataque está en la llamada a la sana doctrina. “Ciertos católicos deberían terminar con el galanteo con una especie de marxismo espúreo, desprendiéndose, como de ropa sucia, de la enseñanza católico-social de la coexistencia y cooperación entre las clases e invocando un socialismo en el cual los católicos perderían su personalidad y eficiencia. Desgraciadamente hoy hay falta de claridad en las ideas y de univocidad en el uso de los vocablos. No alcanzo a comprender a aquellos católicos que, para completar su imagen, llegan a la eliminación de las clases sociales y para una socialidad antieconómica transforman la justa y limitada intervención del estado en un verdadero y propio estatismo no sólo económico, sino, consecuentemente, también político”.

La respuesta de La Pira es meditada (salió 10 días después del ataque sturziano) y compleja. Como de costumbre, enumera los datos de hecho, comienzan-

do por los estadísticos, de una ciudad asolada por la desocupación; recuerda a Sturzo que la crítica al capitalismo se encuentra ya en la encíclica de Pío XI *Quadragesimo anno* y, por tanto, comparte las nuevas corrientes de pensamiento de los Estados Unidos reconducibles al “neovoluntarismo económico” del que había escrito Fanfani; pregunta si de hecho el estado italiano, con la banca, con la Cassa del Mezzogiorno y con las empresas estatales y paraestatales, no influirá sobre el entero sistema productivo. “ Y, entonces, ¿a qué se espera para crear los instrumentos adecuados para una economía capaz de afrontar la coyuntura y de operar el pleno empleo?” . Después, en cuanto a las acusaciones de desviación ideológica, La Pira no se muestra impresionado, le obliga a contar con los datos de hecho, de los que nacen cuestionamientos que van más allá de los términos de la disputa:

*¿Interclasismo? Está bien, pero disculpe, interclasismo no significa, ciertamente, defensa de los miembros de una clase (la de los fuertes) y no defensa de la otra clase (la de los débiles): y, entonces, ¿por qué está protegida la propiedad de unos (propiedad inmobiliaria e industrial) y no está protegida la propiedad de los otros (protección del trabajo, protección de la “propiedad del oficio”, para usar un término característico de la economía cristiana medieval)? ¿ Le parece interclasismo cristiano aquel que permite que el trabajo -y, por tanto, el pan físico e incluso, en cierto modo, el espiritual, del trabajador y de la familia del trabajador- sea confiado a la inestabilidad de la “coyuntura” (¿cuántas cosas y cuántas arbitrariedades se esconden bajo esta etiqueta!)? ¿Cómo pueden los trabajadores confiar en un orden social en el que su vida está confiada a los vientos tan desleales de la así llamada “libre iniciativa”?*

## **La contradicción no resuelta**

Como apuntó, pocos meses después, Nicola Pistelli, en la confrontación con don Sturzo, que prefería “la muerte completa del pasado a los vivos fermentos de una sociedad nueva que esta madurando bajo la costra de los acontecimientos”, “La Pira enseña una desnuda exigencia moral que, por sentirse traicionada por la presente estructura política, busca formas nuevas de relación económica y de convivencia humana”. Las “formas nuevas” de que habla Pistelli eran aquellas que habrían debido garantizar a cada ciudadano la vivienda y el trabajo.

La heterogénea coalición que cuatro meses antes había enviado a La Pira a Palazzo Vecchio con la única finalidad de mantener al margen a los comunistas, se rompió en pedazos. Tras el nuevo turno electoral él no estaba en disposición de construir una estable mayoría y debió abandonar el encargo. Como había previsto, por otra parte.

*Hasta que me dejen en este puesto -había declarado en el 55 al secretario de la DC- me pondré con la máxima energía a todos los abusos de los ricos y poderosos.*

*No dejaré sin defensa a la parte débil de la ciudad: cierre de fábricas, despidos y deshaucios, encontrarán en mí un dique no fácilmente abatible... El pan (y por tanto el trabajo) es sagrado, la vivienda es sagrada: ¡no se toca impunemente ni el uno ni la otra! ¡Esto no es marxismo: es evangelio! Cuando los italianos “pobres” estén persuadidos de ser finalmente defendidos en estos dos puntos, la libertad estará asegurada para siempre en nuestro país: y la vida de la iglesia reflorcerá en las almas, en las casas, en las ciudades, en el campo y en todo el país.<sup>3</sup>*

En esta declaración, La Pira ha ofrecido de sí mismo, como hombre político, la más nítida carta de identidad. La nitidez es tal que deja ver, a simple vista, la contradicción entre los fines y los medios que ha marcado toda su actividad política. El mundo político, al que él de hecho pertenecía, aquel del que don Sturzo era un maestro reconocido, no podía no proclamarse de acuerdo con sus propósitos de defensa del derecho de los pobres a la vivienda y al trabajo, pero en el interior de la cultura económica dominante se suponía que no podía, sin negarse a sí mismo, atribuir un valor “sagrado” (es decir, si las palabras tienen un sentido, intangible) a unos bienes que debían quedar sometidos a leyes, éstas sí, fuera de discusión. La “desnuda exigencia moral”, por usar las palabras de Pistelli, llega, en La Pira, a sentirse y declararse “traicionada por la presente estructura política”, sin llegar jamás a proponer, en conformidad consigo misma, “formas nuevas de relación económica y de convivencia humana”. Ella alimentaba la pasión por los fines, pero en el interior de un sistema rígidamente mecanicista que, por principio, no tiene otro fin que la protección de sí mismo.

El máximo artífice de la economía italiana de postguerra, Luigi Einaudi, en una “carta” a don Lorenzo Milani del 5 de marzo del 59, ironiza sobre los pecados en que, a su parecer, había incurrido el cura de Barbiana en su libro *Experiencias Pastorales*, allí donde, tras haber confesado la propia ignorancia en materia económica, expone un proyecto para frenar el éxodo del campo. A Milani, el gran economista le concede un atenuante, aquel de la ignorancia confesada: sus pecados son, por tanto, veniales. “Mortalísimos” son en cambio los pecados de La Pira. “Cómo haya ocurrido que un romanista, estimado por todos, como La Pira, diga y haga las estupideces que la opinión pública desde hace años le atribuye, es verdaderamente incomprensible. A diferencia de sus pecados, que derivan de la inocente premisa de las buenas intenciones de las que notoriamente está empedrado el infierno y son por ello pecados ordinarios, los de La Pira son

3 En *La Pira oggi*, cit., pp. 23-24.

mortalísimos: porque competen a un hombre habituado al razonamiento riguroso; y la absolución debería exigir dispensas y penitencias bastante reservadas”.<sup>4</sup>

En total coherencia consigo mismo, Einaudi enuncia en palabras claras cuáles son las verdaderas cosas “sagradas” a defender: son las leyes divinas de la economía recordadas a La Pira por Angelo Costa. Einaudi y Costa no llegan a comprender ni la nobleza ni la potencial fecundidad histórica de la “contradicción” de La Pira. El cual, de cualquier modo, a pesar de todas sus reticencias históricas, se guardó bien de corregirla por la vía holladísima del compromiso paternalista. Su responsabilidad -no subjetiva, ciertamente, sino inscrita en los procesos de la “estructura política” a la que pertenecía y a la que no quiso nunca sustraerse del todo- ha sido bien expresada por Gianni Meucci, un amigo que como pocos permaneció a su lado en los momentos difíciles, desde los años de la Resistencia. Según Meucci, la denuncia lapiriana contra la inhumanidad del sistema capitalista se la apropia la dirección política del tiempo como argumento para la construcción de un “Estado asistencial”, que no podía ser la respuesta adecuada a las nuevas exigencias que La Pira había reconocido y proclamado. “Y así La Pira terminaba por ser coautor de tal tipo de estado, por el que tantas veces se encontraba trabajando con esquemas y estructuras totalmente inadecuadas y no estaba en grado de proponer en concreto los términos de una revolución siempre auspiciada, pero jamás identificada en sus metas estructurales”.<sup>5</sup>

4 Neera Fallaci, *Dalla parte dell'ultimo*, Milano, Libri edizioni, 1977, pp. 512-513.

5 En *Giorgio La Pira*, “Testimonianze”, 203-206, 1978, p. 203.

# Capítulo IV

## La época de las ciudades

---

### Un pacto simbólico

“Hemos entrado, por así decir, en la época histórica de la ciudad; en la época histórica que toma ideas, apariencias y nombre de la cultura de la ciudad”: esta intuición, que elevaba el mito de Florencia, imagen terrena de la ciudad celeste, a criterio de lectura de la historia universal, en el nuevo rumbo abierto por el acontecimiento atómico, se enciende en La Pira cuando debe decidir si aceptar o no la invitación de Paul Ruegger, presidente del Comité de la Cruz Roja, que había promovido un encuentro extraordinario de su organismo para el 12 de abril del 54, en Ginebra. La Pira aceptó y tuvo un discurso (*Antología II*) que es la primera elaboración completa de su “ideología” sobre el papel de la ciudad en la era atómica y, en su conjunto, de la ciudad de Florencia, la ciudad elegida. Desde aquél momento fue esta ideología la que dio orden y dinamismo a su estrategia de la paz. Un año y medio después, ésta había ya dado a luz su obra maestra, el Congreso de los Alcaldes de las Capitales de todo el mundo, desarrollado en Palazzo Vecchio del 2 al 5 de octubre del 55. En la inauguración, La Pira se refirió al encuentro de Ginebra: “fue entonces cuando tomó forma en mi ánimo la idea de convocar en Florencia a las mayores ciudades de la tierra”.<sup>1</sup> Sus palabras rebosaban legítima complacencia, ante una asamblea insólita como aquella. “Nadie podrá ignorar nunca, en efecto, que la tarde del 2 de octubre estaban presentes en Florencia, en el Salón del Cinquecento, por primera vez, una al lado de otra, en fraternal comunión y concordia, las ciudades capitales del mundo”, Roma junto a Moscú, Washington junto a Pekín, Bonn junto a Jerusalén, París junto a Budapest: en suma un codo con codo que, en el código simbólico de La Pira, era ya la prefiguración del planeta pacificado. Formaba parte de su estrategia la resolución de los conflictos reales con gestos de conciliación simbólica. ¿Qué mayor triunfo que el apretón de manos entre el Cardenal Elia Dalla Costa y el alcalde de Moscú, Jasnov, encuadrado en la ceremonia religiosa, celebrada en Santa Croce el 4 de octubre, fiesta de San Francisco de Asís? Ratificado por las fotografías aquél apretón de manos provocó estupor e indignación desmedidas. En el marco

1 El discurso inaugural está en “La Badia”, loc. Cit., pp.11-26.

franciscano, aquel signo de diplomacia amistosa, equivalía para La Pira, al milagro del lobo de Gubbio, era un primerísimo, tenue inicio de aquella “conversión de Rusia” que la Virgen había profetizado en Fátima (ninguna duda, en él, al respecto) y que estaba en el cenit de sus deseos.

Pero la trama simbólica debía tener su punto crucial en un verdadero y propio pacto entre las capitales del mundo:

*Para dar visibilidad y cuerpo a nuestros ideales, nosotros, Señores Alcaldes, concluiremos este Congreso mediante la redacción de un pacto simbólico de amistad y de paz: el pergamino que subscribiremos lleva precisamente, en las dos lenguas fundamentales de la antigüedad, griego y latín, la siguiente expresión: las ciudades capitales de todo el mundo, reunidas en florencia, se prometen recíprocamente amistad y paz (pax et bonum). Señores, intuyo ya las críticas de los escépticos, de los pequeños Maquiavelos de la política: - ¿Para qué sirve una acción semejante? ¿Tal vez tenemos nosotros, los alcaldes (aunque sea de las capitales) el derecho de guerra y de paz? ¿Y entonces?- Objeciones similares revelan una dimensión moral, incluso política e histórica, de escaso alcance.*

Esta reacción hostil contra los descendientes de Maquiavelo era, en La Pira, una cantinela que volvía puntualmente cada vez que sus propuestas parecían sobrepasar los límites de lo razonable. Era como si dentro de los muros de Palazzo Vecchio, donde habían vivido los momentos decisivos de su destino, tanto Savonarola como “el secretario de la segunda cancillería”, Nicolás Maquiavelo, el alcalde se sintiera en la obligación de no dejarse coger por la clásica contraposición entre verdad ideal y verdad efectiva: con la explosión atómica, las razones de la utopía ¿acaso no se habían convertido, imprevistamente tal vez, en las razones del único realismo posible? Había afirmado en Ginebra:

*Cuando digo que todas las ciudades de la tierra, ante el peligro real de una condena a muerte, proclaman unánimes su inviolable derecho a la existencia, yo no hago retórica ni hago nominalismo: es decir, no uso palabras e imágenes a las que no corresponda una sólida realidad.*

¿Cuál era esta verdad que incluso Maquiavelo, precisamente porque acostumbraba a ver las cosas como son y no como se quería que fueran, habría hecho suya?

## **De la edad de los estados a la edad de la ciudad**

El encuentro de Ginebra coincidía con los primeros pasos del equilibrio del terror. Desde hacía cinco años, también la URSS tenía la bomba atómica y ahora andaba construyendo su bloque militar que sería formalizado, en el 55, con el Pacto de Varsovia. A pesar de los consejos de Einstein y la oposición de Oppenheimer, el 31 de enero, Truman había hecho público el anuncio de su deci-

sión de proceder a la producción de la bomba H, que, de hecho, fue explosionada el 1 de noviembre del 52. El 3 de octubre que aquel mismo año también Inglaterra había experimentado su bomba. La proliferación de los experimentos estaba provocando daños irreversibles: un mes antes del encuentro ginebrino, el 3 de marzo del 54, la más potente explosión termonuclear americana había provocado la muerte de algunos pescadores japoneses. En el 53 habían llegado a Europa las primeras dotaciones de misiles. La escalada estaba en marcha: en el 56, la URSS habría dejado operativos los primeros bombarderos estratégicos Tu-20 y Mya-4. El monopolio USA había terminado.

La posibilidad de la “erradicación total de las ciudades humanas de la faz de la tierra -dijo La Pira en Ginebra- está ya inequívocamente demostrada: pocas bombas de hidrógeno, lanzadas sobre pocos puntos del globo, pueden reducir la tierra a desierto... *transivit et ecce non erat!*”. Se impone por lo tanto una cuestión que antes no era posible plantearse, una cuestión que “tiene también una precisa fundamentación jurídica. Es la siguiente: ¿tienen los Estados el derecho a destruir la ciudad?”.

Estamos ante una de las intuiciones sustentadoras de la ideología lapiriana. Y, también en este caso, nace como reflejo de la singular relación de amor por su ciudad. Florencia era, a sus ojos, como la ciudad platónica, el modelo ideal que podía encontrarse en cualquier otra ciudad digna de este nombre, es decir, que no fuese, como Nueva York, un agregado de edificios, sino la traducción material de las exigencias vitales comunitarias, desde las más elementales a las contemplativas. Cuando estaba en la Constituyente, cuenta él mismo, “aunque hablase de ciudades y de pueblos, hablaba de ellos en abstracto, pero no sabía qué era realmente la ciudad y qué eran verdaderamente los pueblos”. Fue al escuchar en Ginebra la descripción, hecha por expertos, de los efectos que habrían tenido sobre la ciudad los bombardeos atómicos, cuando tomo forma en él la convicción de que el destino del hombre se identificaba ya con el de la ciudad y que, frente a la amenaza atómica, disminuía el derecho de los Estados y entraba en acción, en su desnudez primordial, el derecho de la ciudad a la supervivencia. La Pira ha planteado este tema, destinado a grandes desarrollos, con un año de anticipación sobre el Mensaje de Einstein a la humanidad, del 9 de julio de 1955, cuya tesis de fondo es, precisamente, que ante la amenaza atómica, los hombres, cualquiera que sea su afiliación ideológica o política, deben acordarse de su común humanidad y olvidar el resto. Esta reducción de la historia a sus condiciones biológicas es, obviamente, un método expeditivo para poner en evidencia la relatividad funcional de toda construcción jurídica, incluida la del Estado. El Estado es para el género humano, y no al revés, y si el bien de la especie humana no se concilia ya con la lógica del Estado, es justo que el ciudadano se retracte del pacto que da origen al Estado o, cuando menos, por usar la expresión de Locke, de aquella forma específica que es el *pactum subiectionis*, de tono distinto al vínculo de solidaridad, del

*pactum unionis*. La novedad del discurso de La Pira consiste en interponer entre la pura condición biológica de la especie y su condición histórica, estructurada en la pluralidad de los Estados, una tercera dimensión vital, que no es una etapa de paso de la primera a la segunda, de la “prehistoria” a la historia, es por el contrario una creación del hombre comunitario, es el verdadero punto de llegada y de condensación de la historia. Se trata, justamente, de la ciudad, más bien de las ciudades.

Quizás La Pira no tuvo ocasión de leer lo que, en 1973, Arnold Toynbee, escribirá para concluir *La historia del hombre*. A juicio del gran historiador inglés, el Estado está destinado a terminar dejando el lugar a las dos únicas comunidades funcionales a las exigencias de la vida: aquélla local (que Toynbee, para decir la verdad, reduce a la dimensión del poblado neolítico) y aquélla mundial. “El actual conjunto de los Estados soberanos locales no está en condiciones de conservar la paz, ni está en grado de salvar la biosfera del aniquilamiento provocado por el hombre, o de conservar las reservas naturales. La anarquía universal, en el plano político, no puede durar mucho más en una Tierra que, por otra parte, se ha transformado ya en unidad desde el punto de vista tecnológico y económico”.<sup>2</sup> En todo caso, está ya agudamente presente en La Pira, la distinción entre la unidad de la ciudad, cuyo principio de cohesión es la creatividad de la persona en su dimensión social, y la unidad del Estado, cuyo principio de cohesión es la fuerza coercitiva interna y la capacidad de agresión exterior, la *force de frappe*, según la expresión de De Gaulle, que de hecho quiere que Francia tuviera su bomba atómica.

## **La metafísica de la ciudad**

Cuando La Pira habla de la ciudad, no lo hace como un antropólogo o un sociólogo vinculado al método positivo; lo hace conjugando, de modo inmediato, la constatación meramente descriptiva a un esquema finalista de orden metafísico. Al recibir la invitación al Congreso de Ginebra, antes de tomar una decisión - así cuenta él- hizo una “composición de lugar”:

*Volví a ver, al menos, con la imaginación, mi dulce, comedida y armoniosa Florencia; volví a ver, casi con una sola ojeada, todas las bellas e históricas ciudades y ciudadanos toscanos e italianos; volví la mirada a todas las incomparables ciudades de Europa, tejidas de catedrales y monumentos de valor inestimable, verdaderos reflejos de eternidad en el tiempo, de lo divino en lo humano- ; pasé con la imaginación de las ciudades de Europa a las ciudades asimismo preciosas de todos los otros continentes (América, Asia, Australia, Africa), y me pregunté*

<sup>2</sup> Arnold Toynbee, *Il racconto dell'uomo*, Garzanti, 1977.

*horrorizado: ¿es acaso concebible que esta verdadera “riqueza de las naciones”, que estas estructuras fundamentales de la civilización humana -estructuras en las que encuentran expresión los valores históricos y creativos del hombre y, en cierto sentido, los mismos valores históricos y creativos de Dios- puedan ser radicalmente eliminadas de la faz de la tierra?*

En el discurso a la Facultad de Arquitectura de Florencia, a primeros del 60, traduce él esta visión metafísica de la ciudad en una vivaz analogía, de orden biológico, que le he oído repetir innumerables veces. Le fue sugerida por un espectáculo que pudo disfrutar desde la casa de Amintore Fanfani (llamado por él “el comandante”) abierta sobre el gran cielo de Roma.

*Estábamos en Roma, junto a Monte Mario, en una terraza, un atardecer. En Roma, los pájaros, en primavera, van en bandadas innumerables, hacen dibujos geométricos en el aire, de una perfección matemática. ¡ Ni siquiera Leibniz sería capaz de alcanzar esta perfección! Yo observé: estos pájaros descienden sobre sus árboles y se ponen a cantar, o bien descansan. Poblaciones de pájaros, y sus movimientos geométricos invencibles.*

*... Hay una fuerza que los empuja abajo, misteriosa pero real, creativa, porque hacen aquello que sienten que deben hacer: construyen los nidos con sabiduría indescriptible. Existe pues una teleología de los pueblos. Sus movimientos están dirigidos instintivamente. Los pueblos, como tales, que se encuentran en ciertas disposiciones geográficas, climáticas, culturales y así por el estilo, ¿han terminado?<sup>3</sup>*

La forma de la ciudad-nido no es fortuita ni mecánica, sino la producción arquitectónica de un instinto universal, dentro de los límites del espacio y del tiempo. He aquí porqué Jerusalén, Atenas, Roma y Florencia no son nidos como los otros, casi no serían enumerables entre el interminable conglomerado de las ciudades, son, por utilizar la referencia a Leibniz, mónadas dotadas de una más rica “percepción”, centros nodales de unificación y de autoconciencia de las otras ciudades. Es dentro del círculo de la ciudad, y en especial de las ciudades representativas, que “los problemas del tiempo asumen una dimensión humana perfectamente comprensible”.

Esta es la verdadera razón por la que -había dicho La Pira en su discurso de Ginebra-

*la cultura de las ciudades, la metafísica de las ciudades, se ha convertido, de algún modo, en nuevo centro de orientación de toda reflexión humana. Es la nueva “medida” de los valores: la historia presente, y más aún la futura, harán un uso cada vez mayor de este patrón, destinado a devolver la medida humana a toda la escala, ya tan conmocionada, de los valores.*

3 Discurso a la Facultad de Arquitectura de Florencia, cit., pp. 46-47.

Dentro de los muros de la ciudad, nosotros somos responsables de un patrimonio que nos ha sido confiado de cara a las futuras generaciones y del que no somos los dueños, sino sólo los “herederos fiduciarios”. Fieles a este deber de mediación histórica, debemos exigir que el “derecho de las ciudades a la existencia, sea formalmente y solidariamente reconocido por los estados que tienen el poder de violarlo”.

No me extrañaría que La Pira hubiera dado otros significativos desarrollos a ésta que él llamó la “*magna questio* del tiempo presente”. Hemos visto ya que el antiestatalismo era, en él, el reflejo natural del primado de la persona humana, según la valoración tomístico-maritainiana, en la que se había apoyado en sus batallas de constituyente y a la que había dado proyecciones prácticas en sus iniciativas de administrador. Pero aquí, ante la perspectiva atómica, el enfrentamiento a la política de los Estados asume, más allá de cualquier derivación filosófica, una inspiración social, es ni más ni menos que la denuncia del fin histórico del Estado y el reconocimiento de que la edad del átomo esconde en sí misma un postulado destinado a afirmarse: el paso del pluralismo de los Estados a la comunidad mundial.

La reticencia de La Pira a dar un completo desarrollo a sus intuiciones se debe, más que a falta de aptitudes, a una precisa opción de vida y de acción, que lo ligaba al respeto al orden existente hasta los límites extremos de lo tolerable. Pero su verdadero *habitat* natural no era el Estado, era la “tribu” en la forma histórica de la ciudad, no era la historia de la que el Estado es el sujeto, era la “antihistoria” de la que son sujetos los pueblos en sus conformaciones primordiales, que es, por naturaleza, más adecuada a los ritmos de la vida. Y de hecho, el problema de la paz cambia cualitativamente según se le analice desde la altura del estado o desde dentro de la ciudad, desde lo alto o desde abajo, y tiene soluciones diferentes según se le confíe al desarrollo de las negociaciones o al largo camino del cambio de la conciencia y la cultura.

## **Unir las ciudades para unir las naciones**

Estando así las cosas -y para La Pira estaban precisamente así-, tiene poco sentido preguntarse en base a qué título se presentaba por todas partes como portavoz de un sujeto colectivo, dotado de autoridad y credibilidad. En Ginebra, él se había investido de una representatividad que nadie había homologado, aparte de la libre voluntad de su ciudad. En nombre de la responsabilidad que pertenece a todo hombre en la era atómica, en cuanto ciudadano del mundo, leyó, en la voluntad de Florencia, la voluntad de todas las ciudades del mundo. Lo dijo con palabras emocionadas:

*Mi dulce, moderada y armoniosa Florencia, creada conjuntamente por el hombre y Dios, para ser como ciudad sobre el monte, luz y consolación sobre el camino de los hombres, ¿no quiere ser aniquilada!*

*Esta misma voluntad de vida, afirman con Florencia, en virtud de una tácita “misión” conferida al Alcalde de Florencia, todas las ciudades de la tierra: ciudades, repito, capitales o no capitales; grandes y pequeñas; históricas y no históricas; artísticas y no artísticas; ¡todas! Ellas proclaman unánimes su derecho inviolable a la existencia: nadie tiene derecho, cualquiera que sea la razón, de aniquilarlas.*

Aquella “tácita misión”, en su misma formalidad jurídica, no era irrevocable, dado que su duración estaba inscrita en los mudables juegos de partido, que regulan el nacer y morir del poder. Pero aquella misión tiene también su aspecto moral que puede volverlo independiente de la mutabilidad de las investiduras de lo alto, sin ninguna ofensa a la democracia, dado que su verdadera sustancia no está en la *potestas jurídica*, está en la responsabilidad inherente al hombre, y vale y dura tanto, cuanto la credibilidad de quien lo asume.

El mismo La Pira, recapacitando más tarde sobre la autoridad de representante de todas las ciudades del mundo que se había atribuido en el encuentro de Ginebra, precisaba al respecto, como jurista que era, que ella se derivaba de la misma *negotiorum gestio* del que se había hecho autor. De cualquier modo, esta autoridad, radicada en la misma naturaleza del problema afrontado, la supervivencia de las ciudades, fue homologada a nivel internacional cuando, no siendo ya alcalde, fue elegido presidente de la Federación de las Ciudades hermanadas, en septiembre del 67 en París. En el discurso pronunciado en aquella ocasión, retoma, enriqueciéndola con referencias concretas a las circunstancias del momento, la tesis ginebrina, y hace de ella punto esencial del programa de la Federación:

*las ciudades intentan colaborar a la unidad del mundo, a la unidad de las naciones: quieren unirse para unir a las naciones; para unir al mundo. Quieren crear un sistema de puentes -científicos, técnicos, económicos, comerciales, urbanísticos, políticos, sociales, espirituales- que unan la una con la otra, de modo orgánico, las ciudades grandes y pequeñas del mundo entero.*

*Si la unidad de las naciones no es aún posible -si se piensa en los grandes vacíos existentes en las Naciones Unidas (China)- nosotros pensamos que es posible la unidad de las ciudades, su enlazamiento orgánico a través de todo el planeta.*

*Esta simple idea puede convertirse un tejido unitivo destinado a envolver de paz y de progreso las ciudades, las naciones y los pueblos del mundo entero.*<sup>4</sup>

4 *Il sentiero di Isaia*, ed. Cultura, p. 353. A cargo de Gianni y Giorgio Giovannoni, se recogen cronológicamente todos los discursos y escritos de La Pira, a partir de 1961. Mis citas, de ahora en adelante no repetirán la fuente, sólo la fecha.

En los sucesivos congresos de la Federación, en Leningrado en el 70 y en Dakar en el 73, desarrollará el tema en clave, equipándolo de informes sobre las iniciativas tomadas para transformar las ceremonias de hermanamiento (había propuesto, entre otras, la de Alejandría de Egipto con Haifa) en otras ocasiones para hacer oír, por encima del fragor de las guerras entre los Estados, la voluntad de paz de las ciudades.

En esta estrategia de largo aliento, Florencia queda siempre, desde Ginebra (1954) y Dakar(1973), como la ciudad de las ciudades, el centro emblemático de una cultura de la paz opuesta a aquella cultura de la guerra que, con el comienzo de la edad atómica, había llegado a su extremo. Era éste el papel que, como alcalde, La Pira se había esforzado en asignar a su ciudad, procurando hacer coincidir su imagen interior -aquella de vivienda y trabajo para todos- con su imagen exterior.

Era difícil levantar objeciones cuando, en las elecciones administrativas del 60, trazaba el balance de su administración del 54 en adelante:

*La pregunta que hacemos es concreta: ¿es o no cierto que Florencia, en este período que va de 1951 hasta hoy, se ha inscrito en la trama más viva de los problemas más debatidos por los pueblos (los problemas de la paz y de la civilización cristiana: los problemas de las ciudades y de sus relaciones, en vista a la elaboración de un sistema de algún modo nuevo de solidaridad orgánica entre todas las ciudades del mundo; los problemas tan dramáticos que dividen a los pueblos del Mediterráneo; los problemas de Israel y de los árabes; de los franceses y de los argelinos, etc.)?*<sup>5</sup>

Este universalismo también postulaba, es cierto, una política nacional correspondiente. Y en cambio, de año en año, Italia, como consecuencia de su elección de vertiente, entraba cada vez más en la lógica del particularismo atlántico, que la llevaría a convertirse en zona fronteriza de un bloque atómico. Incluso la Universidad Europea que La Pira había querido en Florencia pero abierta a los pueblos del Mediterráneo, Africa Negra y Asia, ha terminado por tomar la forma de una institución al servicio de la formación de los jóvenes de la CEE.

Sin embargo, este impulso lapiriano, a pesar de los cambios en la administración, ha terminado por convertirse verdaderamente en una vocación de la ciudad.

En la deliberación aprobada, casi por unanimidad, por el consejo municipal del 7 de julio del 86, en la cual Florencia viene a ser declarada “ciudad trabajadora por la paz”, hay una mención formal a las iniciativas de Giorgio La Pira y concretamente al Congreso de alcaldes de capitales, del 55, aquellos momentos creativos del patrimonio “de apertura a nivel internacional sobre temas de la paz”,

5 En “La Badia”, 3, 5 noviembre 1979, p. 38.

que ha quedado ya como el lugar de identidad ideal y política de Florencia. El texto de la deliberación refleja, punto por punto, “las tesis de Florencia” de las que La Pira se había hecho embajador en todo el mundo: el papel de las autonomías locales en la puesta en práctica de las indicaciones de la ONU sobre el desarme; la superación de la lógica de los bloques en nombre de los derechos humanos, el primero de todos el de la vida; la misión de Europa, sacada a la luz en la crisis del Mediterráneo, respecto a la paz mundial, no adjudicada en exclusiva a los bloques enfrentados. Y, casi para institucionalizar esta vocación ciudadana, la deliberación prevee la constitución de una “comisión asesora” con la tarea de estudiar y proponer toda iniciativa adecuada para hacer de la ciudad un centro internacional de promoción de la paz. Una prueba más de que los sueños de los profetas quedan como el único fermento capaz de elevar la cordura de los políticos a la altura de la nueva edad histórica.



# Capítulo V

## La civilización Universal

---

### El diálogo imposible

El día de Epifanía del 51, La Pira había participado en Roma, en una “mesa de las naciones” celebrada en la Iglesia Nueva, lugar de encuentro religioso del grupo de “Cronache Sociali”. El año había comenzado mal: se recrudecía la guerra de Corea; sobre el paralelo 38º las tropas chinas habían hecho retroceder a las tropas de la ONU, dirigidas por el extremista general Mac Arthur, que maduraba el proyecto de golpear a China directamente en su mismo territorio. La perspectiva de un tercer conflicto mundial, ajuste de cuentas apocalíptico de la carrera armamentista atómica, apenas iniciada por los dos bloques (el occidental se había organizado ya en el Pacto Atlántico), tenía a los gobiernos y a las conciencias en estado de alerta. Durante la misa, La Pira había tenido una idea y se puso de inmediato a trabajar para realizarla. Palmiro Togliatti se encontraba en Moscú. A través de un amigo común La Pira le hizo saber que sería útil para la paz del mundo un gesto de distensión de Stalin. Dada la situación de guerra fría, el jefe del Kremlin podría elegir como destinatario al papa Pío XII. Togliatti realizó, con cautela diplomática, el encargo. Días después, La Pira tuvo noticias de la desconcertante (“chocante”, la llamó) reacción de Stalin: ¡no debían dirigirse a él los ardorosos católicos, sino a los “Partisanos de la paz”! “Convertido en alcalde de Florencia –La Pira concluye así la anécdota– pensé interpretar las ansias de todos los cristianos y no cristianos poniendo la ciudad al servicio de la paz. He aquí por tanto el Congreso de la paz y la civilización cristiana”<sup>1</sup>

1 Los Congresos por la paz y la civilización cristiana, con el intermedio del Congreso de alcaldes, se desarrollaron con el siguiente orden:

I	23-28/6/1952	“Civilización y paz”
II	21-27/6/1953	“Oración y poesía”
III	20-26/6/1954	“Cultura y revelación”
IV	19-25/6/1955	“Esperanza teológica y esperanza humana”
	2-5/10/1955	“Congreso de alcaldes de capitales del mundo”
V	21-27/6/1956	“Historia y profecía”

Es bueno recordar que el grupo de “Cronache sociali” se había opuesto al ingreso de Italia en el Pacto atlántico. Su líder, Giuseppe Dossetti, en el 49, había votado contra el orden del día de su partido, favorable a la adhesión. Su tesis era que “se debiera llegar a consensuar con los otros países europeos una fórmula capaz de dar inicio a la unidad pacífica y constructiva de Europa: y más concretamente según una fórmula gradual de acercamiento al margen de reagrupamientos particulares de inmediato carácter militar”<sup>2</sup>. Vinculado a aquel pacto, el estado italiano ya no estaba disponible para una política de diálogo. Quedaba una tribuna, la de la ciudad, y de una ciudad como Florencia, a la que nadie habría podido negar las credenciales para hacerse promotora de una confrontación de ideas sobre un tema carente de inmediatas implicaciones políticas, y por tanto tranquilizador, como el de la “civilización”, e incluso de la “civilización cristiana”. Por la fuerza de los acontecimientos, La Pira, tan comprometido durante la Constituyente en la afirmación de las autonomías locales, una vez alcalde, se encontró ante una ocasión ideal para pasar a los hechos: su ciudad habría asumido el deber que el estado no estaba en condiciones de desarrollar.

Pero, ¿podía ser de verdad aquello de los Congresos una iniciativa de diálogo? Y, en concreto, la idea de civilización, en la determinación confesional que tenía en la propuesta de La Pira, ¿era adecuada para favorecer un encuentro inmune a los prejuicios ideológicos? No pocos, entre los amigos y colaboradores de La Pira, estaban perplejos –incluso sobre los fundamentos de las lecciones de Maritain– ante la fórmula, trazada sobre el supuesto, típico de la cristiandad, de que no podían darse valores humanos al margen de una perspectiva de fe. La civilización a perseguir era la profano-cristiana, es decir, fuera de siglas, laica, aunque alentada cristianamente. La civilización, como la paz, no puede tener adjetivos. Si La Pira prefirió atenerse al lenguaje sacro, no fue sólo porque respondía mejor a las motivaciones naturales de su sentimiento religioso. Su olfato político lo llevaba a seguir fiel a los caracteres formales de la cristiandad, porque, así, le era más fácil cortar las reservas y la oposición que le habrían hecho imposible una empresa como ésta. En el sospechoso clima de guerra fría, era necesario tutelar, incluso en los términos, la claridad de las alineaciones. Y de hecho, al inaugurar el primer Congreso, ante la presencia de representantes de 34 naciones, La Pira llamó “separatistas” y “cismáticos” a aquéllos del este, naturalmente ausentes. Aún más: para responder a las preguntas que él mismo se planteó en el discurso –“qué títulos tiene Florencia para ser la promotora y sede”– desempolvó los archivos de la historia, para mostrar a los ojos de todos el acta de unidad y de paz entre la iglesia de Occidente y la iglesia de Oriente, firmado el 6 de julio de 1439 en Santa Maria del Fiore, donde el Congreso había iniciado su andadura el 23 de junio del

2 Giuseppe Dossetti, *Con Dio e con la storia*, Marietti 1986, p. 65.

52 con una celebración religiosa. Así que no se trataba de un verdadero y propio Congreso, sino de un “concilio de las Naciones cristianas o que viven en la órbita universal del cristianismo”, que tenía por objetivo sanar, si no propiamente un cisma religioso, un cisma ideológico-político. Stalin había eludido la invitación de abrir un diálogo, y he aquí que desde una sede cualificada y no comprometedora, el diálogo se había abierto. Otra vez, tras cinco siglos, Florencia abría la puerta de la reconciliación.

## **El integrismo a prueba**

No se trataba exactamente, por tanto, de un verdadero diálogo. Para que hubiera diálogo, habría sido necesario rechazar de entrada las insidiosas barreras ideológicas, como ocurrirá en el feliz paréntesis del Congreso de alcaldes de capitales, en el 55, del que ya hemos hablado. Cerrados en los prejuicios del antagonismo ideológico, los Congresos por la paz y la civilización cristiana, fueron preferentemente un largo monólogo a muchas voces, que fue agotándose poco a poco según se hacía evidente el equívoco del planteamiento, voluntariamente dejado sin resolver.

En la segunda edición, del 53, La Pira llamó a los Congresos “un nuevo órgano” en el “cuerpo de la civilización humana y cristiana”, cuya función era verificar la intrínseca solidez del edificio civil transmitido desde siglos. Un paso adelante, en relación al primer congreso, equiparado, como se ha visto, a un “concilio de las naciones cristianas”, dolorosamente mutilado por la ausencia de las naciones cismáticas del este. Los objetivos de los congresos serán ahora menos eclesiales, tienen como horizonte al conjunto de las naciones cristianas a quienes corresponde la obligación de someter a control el patrimonio de la civilización heredado de siglos, de pasar, en suma, de la condena a la autocrítica. Qué sentido pudiera tener esta obligación en una asamblea en que se encontraban juntas, con igual título de dignidad, la España franquista, Francia, Estados Unidos y las dictaduras de América del Sur, es difícil decirlo. El único vínculo real que pudiera mantener unidas realidades políticas tan heterogéneas, era, una vez más, el anti-comunismo. A pesar de su sincera voluntad de diálogo, La Pira seguía colocándose ante el Este de obediencia soviética, con la óptica dominante, agravada, si cabe aún más, por los reflejos psicológicos y verbales que en él tenía el recuerdo del antiguo cisma religioso entre Oriente y Occidente, asumido desde el principio, cual título histórico de la iniciativa florentina. Civilización cristiana y Occidente, Occidente y mundo libre son todavía, para La Pira, una sola cosa. Esta indebida confluencia de niveles diferentes, lo arrastra fácilmente al uso de un lenguaje asimilable al usado tradicionalmente por los pontífices de la iglesia católica al apuntar a los “hermanos separados”:

*Aceptad la piedra angular de toda construcción civilizada del mundo, volved con nosotros al vasto y articulado y variado sistema de la única civilización humana y cristiana, ayudémonos todos en la solución de aquellos problemas del trabajo y de la dignidad social del hombre, que son problemas tan sagrados y para cuya solución es tan esencial la solidaridad inteligente y activa de cada uno y de todos.*

*Venid: el mundo libre os espera fraternalmente: juntos podemos construir de verdad, con la ayuda de Dios, un mundo fraterno y más feliz.*<sup>3</sup>

Más allá del contenido, del todo convencional en aquellos años, hay en el llamamiento de La Pira —y justo es reconocerlo— un nuevo aliento, el de una fraternidad que no se concilia con el uso de la excomunión y con la incitación a la cruzada. No es pequeña novedad, si se recuerda el clima del momento histórico (el 53 es el año de la muerte de Stalin) y el mismo contexto de los trabajos del congreso. Incluso los congresistas menos inclinados al primado de la razón de estado, como el filósofo Gabriel Marcel y el teólogo Charles Journet, habían manifestado, en sus intervenciones, un claro pronunciamiento antisoviético. Y habían sacudido a la asamblea, las palabras del teólogo estadounidense (amigo personal de Truman) Charles Lowry, autor de una obra extremista, *El comunismo y Cristo*, que asignaba a Estados Unidos el deber de “ser al mismo tiempo el principal adversario del imperialismo político-religioso de Rusia y la nación que lidera y refuerza a todas las naciones libres y cristianas”. En su larga intervención entraba, un poco torpemente, a todas luces, desde la filosofía (“Carlos Marx... consiguió únicamente componer error con error y convertirse en padre de la tiranía más inhumana, pero también más completamente racionalizada, de la historia: el comunismo soviético”) hasta la teología, instrumentalizada dialécticamente, a la manera de Pedro el Eremita: “Creemos que la civilización cristiana está sobre la balanza; y no creemos que el Dios de las naciones y de cada ser humano individual desee que perezca. Estamos decididos a hacer todo lo posible, en su nombre y en el de su Hijo divino y humano que murió por todos los hombres, para rechazar al tirano y dictatorial semidios humano, y para conservar a todos nuestros hermanos su herencia de hijo de Dios y hermano de Jesucristo”.<sup>4</sup>

La Pira solía tomar la palabra, tras cada intervención, para recapitular, pero, si se daba el caso, incluso para, a costa de cualquier esfuerzo, canalizarla en los diques de su perspectiva de paz. No siempre debía resultarle sencillo este desplazamiento del pensamiento ajeno a los propios registros conceptuales. Incitaciones a la guerra santa, como las de Lowry, le sirvieron seguramente para hacerle com-

3 *Atti del primo convegno per la pace e civiltà cristiana*, Tipografia L'Impronta, 1952, p.168.

4 *Atti*, cit., pp. 105-106.

prender los riesgos potenciales de la ambigüedad inscrita en el mismo lenguaje de sus convocatorias. Un lenguaje que en sus labios (e incluso en su sonrisa, en sus ojos y en sus gestos, que integraban la palabra en una unidad expresiva inimitable) perdía rigidez y se abría gozosamente a todas las afinidades electivas, pero en el medio vulgar dominante era absorbido y hecho valer como una versión sacra de la ideología anticomunista.

Tal vez también por esto, se preocupó de asignar a los congresos sucesivos, temáticas que, por su naturaleza, seguían eludiendo la confrontación política que más le interesaba, pero en compensación daban escasas ocasiones para el estéril ejercicio del antagonismo ideológico.

### **Entre ideología y profecía**

Año tras año, también el discurso de La Pira se hará más articulado, menos prisionero del esquema maniqueo y más fiel a la intuición de partida: aquélla de la unidad estructural del mundo, “luminosamente manifestada por el mensaje evangélico y colocada en el Mediterráneo sobre la base del único sólido edificio político del mundo”. Más tarde, en el 61, hará suya la denominación que el poeta y político negro Léopold Senghor le sugirió para definir, de modo menos integrista, un ideal similar: “la civilización de lo universal”. La sutil distinción, que ya en el segundo congreso había sido desarrollada por Gabriel Marcel y, sobre el esquema maritainiano, por Charles Journet, acerca de las relaciones entre el cristianismo, realidad espiritual que trasciende la propia encarnación histórica, y la cristiandad, más bien las cristiandades, que de aquella encarnación son -¡incluida la medieval!- modalidades provisionales, ayudaron ciertamente a La Pira a moverse con mayor ductilidad frente a las diferentes culturas e ideologías. “Al irse sucediendo los congresos -observa Mario Gozzini- La Pira oscila entre acentuaciones, al menos aparentemente, integristas y horizontes más específicamente bíblicos, de los cuales extrae una llamada no equívoca y más aceptable por los interlocutores cristianos y no cristianos, a la unidad universal de las naciones”<sup>5</sup>. Más que de oscilaciones, yo hablaría de “progresión”, en el sentido que el lenguaje sacro de La Pira, sin venir a menos, se deja penetrar y vivificar progresivamente por un lenguaje diverso, profético, que es por su propia naturaleza más afín al lenguaje laico. Cautelosamente, bajo las apariencias de rememoración de la civilización orgánica medieval, comenzó a palpitar la pasión por el mundo nuevo. La cresta apocalíptica abría horizontes inéditos, a los que tan sólo por tenues analogías podía referirse la visión del mundo forjada por los grandes maestros del pasado.

5 Mario Gozzini, *La ferita non chiusa*, in *Giorgio La Pira*, “Testimonianze”, 1978, 203-206, p. 212.

A finales de los años 50, crece en La Pira el interés por la revolución científica, y en el panteón florentino ocupa un lugar, junto a Dante y Savonarola, también Galileo. Se habituó a expansionarse, sin los estremecimientos de Pascal, en el infinito copernicano y, sobre la estela de Teilhard de Chardin, a observar con entusiasmo las consecuencias de la revolución científica que, siglo tras siglo, había creado las condiciones estructurales de unificación del mundo y había adelantado el esqueleto de la nueva edad orgánica, esta vez verdaderamente planetaria, hacia la que caminan todos los pueblos, lo sepan o no. La modernidad que, en cuanto patrimonio filosófico, La Pira no había sabido ni sabrá nunca aceptar, penetró en su espíritu con la fascinación por la perspectiva que la técnica abría ante el futuro. La sacralidad de su lenguaje terminó con no volver a reflexionar más de manera cerrada y autosuficiente, convirtiéndose en la simple supervivencia de un código prestado por la tradición, pero dirigido a expresar cosas del todo nuevas. Algo parecido a lo que le ocurrió a Hegel, que continuó haciendo uso de categorías teológicas para expresar una visión del mundo ya del todo alejada a la habida en su alumbramiento. Solo que en La Pira, las palabras antiguas mantenían plenamente su significado original; su transfiguración semántica llegaba no por detracción o por dislocación, sino por una más profunda inmersión en la misma realidad que ellas, por su propia constitución, expresan. De tal modo aquellas palabras entraban a formar parte de otro juego lingüístico en el que tenían un peso determinante nuevas palabras, extraídas del repertorio profético, un juego que desplazaba a un significado diverso de aquél al que las palabras antiguas nos tenían acostumbrados. La visión de La Pira no estaba ya dominada por el criterio de la filosofía del ser, en que la verdad está en la coincidencia entre el concepto y el objeto presente, sino en la tensión profética, en que la verdad está en la coincidencia entre el concepto y lo que está por venir. La inmersión en lo profundo es, precisamente, la condición epistemológica del mirar al futuro.

Esta inmersión puede definirse, en cuanto a La Pira, según tres líneas diferenciadas que, en su entrelazado y unidad de raíz, tejen la trama en que se hace inteligible la vicisitud humana: la línea histórica, la racional y la profética. Una trama que en La Pira no llegó nunca a ser coherente, porque le faltó el tiempo o la capacidad de reducirla a la unidad. La unidad queda como una exigencia de fondo, que se traduce en una tendencia progresiva, sin llegar nunca a ser el hallazgo de una nueva síntesis. Sólo una hermenéutica connatural, cual presumo sea la mía, está en condiciones de tratar de apropiársela y expresarla, alterando críticamente las formas expresivas que han quedado anticuadas para el nuevo juego en que de hecho habían entrado. Haciendo uso de la misma hermenéutica connatural (“poética”, la llama él, en cuanto parte de la asunción precisa del mismo mensaje sometido a interpretación) Lodovico Grassi llega a concluir que “aquella que nosotros gustamos llamar la política de la fe, encuentra en La Pira su propio espacio, en la tensión entre la instancia profética (el evangelio radical y comprometido

do) y la acción política concreta”. Y prosigue: “Si se puede hablar de un núcleo de “ruptura epistemológica”, ésta precisamente queda remarcada, en el decisivo desplazamiento entre *premisas* y *arquitectura*, en la libre dialéctica entre la fe vivida públicamente y la intervención valiente y sin prejuicios en lo político”.<sup>6</sup> “Libre” significa, para Grassi, desembarazada de toda rígida mediación ideológica de cualquier clase. El asunto es tan importante, para la comprensión de La Pira, que desearía presentar mi propia formulación personal.

### **La “historiografía de lo hondo”**

En una conciencia, críticamente madura, de los diversos “grados del conocer”, la reconstrucción de los hechos históricos en su realidad positiva, el discurso racional guiado por una íntima exigencia lógica, la perspectiva profética que se abre ante el futuro basándose sobre la única garantía de la palabra de Dios, representan otros tantos niveles de aproximación a la realidad, dotados cada uno de sus propios criterios.

En La Pira, la línea histórica y la racional tienden a coincidir, cruzándose en libre juego una a otra, en virtud del acontecimiento profético de la Resurrección. Los acontecimientos históricos –pongamos el acuerdo entre Oriente y Occidente de 1439- pierden su carácter de contingencia y se convierten en la abigarrada manifestación de un dibujo eterno en el que se anulan las distancias cronológicas y el reino de la contingencia sobreentendido en ellas.

En concreto, Jerusalén, Atenas, Roma, son las ciudades emblemáticas en que se ha determinado, de una vez para siempre, el camino del hombre hacia su plenitud: Florencia no está entre ellas, pero es casi la proyección unitaria, no exclusiva, ciertamente, y sin embargo dotada de una ejemplaridad propia inmejorable. Lo que ha sido debía ser, lo real es racional, según la fórmula hegeliana que, naturalmente, queda liberada, en este caso, de todo presupuesto imanentista. La necesidad, en efecto, no está en el orden de las cosas ni en el orden de las ideas, ni en el nexo entre lo uno y lo otro, está en la eterna conciliación que las preside y de la que sólo la fe da la clave. La civilización, como manifestación histórica de la verdad metafísica, está intrínsecamente ordenada a la revelación cristiana, así que las tres ciudades ejemplares, además de ser las etapas del camino humano hacia Dios, se convierten, para La Pira, también en los centros nodales del discurso de Dios al hombre. “¿Qué hay entre Atenas y Jerusalén?”, se preguntaba Tertuliano, dando por sentado que nada en común podía existir entre la filosofía y la fe. Pero el pesimismo de Tertuliano no estaba entre los gustos de La Pira. Que

<sup>6</sup> Lodovico Grassi, *La Pira e la politicità della fede*, en *Giorgio La Pira*, “Testimonianze”, 1978, 203-206, p. 194.

se encontraba mejor en aquella línea fuerte de la tradición según la cual, tras Justino mártir, todos los gérmenes de la sabiduría, y en especial los de la sabiduría griega, no eran más que diseminaciones del Verbo y debían, a su vez, ofrecer al Verbo el instrumento definitivo de mediación con el hombre de cada lugar y cada tiempo. ¿Qué habría sido de la revelación si no hubiese habido, divinamente predispuesto, el patrimonio del pensamiento metafísico elaborado por los griegos, sobre todo por Aristóteles, y si no hubiese habido el patrimonio jurídico elaborado por Roma? La metafísica griega y el derecho romano, al par de la geometría euclídea, no eran, para La Pira, productos peculiares de una particular civilización, eran, aún reducidos a su fórmula esencial, patrones perennes de toda civilización digna del hombre, capaces de asumir las aportaciones de todas las culturas, sin excluir ninguna. Esta tensión universalista era en él tan preponderante que nunca le golpeó la sospecha de haberse quedado encerrado en los límites del eurocentrismo. Mientras Journet y Marcel advertían, como se ha dicho, de la distancia entre el concepto de civilización y la calificación de “cristiana”, La Pira sobrentendía su identidad sustancial y no por una constricción integradora de lo humano en lo cristiano, sino, al contrario, por una inscripción de lo cristiano dentro de lo humano.

Si esta coincidencia, punto inamovible de todo integrismo, no llegó a mutilar la intención universalista de La Pira, fue porque ésta se articulaba en la línea profética. La verdad última de los hechos no puede venir de la razón, cuyo verdadero ámbito no es la contingencia sino la necesidad. No se da una filosofía de la historia, había afirmado con fuerza Jean Daniélou en el segundo congreso: sólo la profecía coge la verdad de los acontecimientos, enlazándolos, con total respeto por las novedades que ellos hacen emerger, a la plenitud representada por la Resurrección de Cristo. Daniélou se convierte muy pronto en el “brazo teológico” de La Pira y, sin duda, lo ayudó a desplazarse, sin rupturas, desde los umbrales del discurso metafísico a los del discurso profético, cuyo lugar geométrico es la incidencia de la palabra revelada sobre el presente. Incidencia que, mientras afirma el hecho en su empírica determinación, lo abre de inmediato, es decir, sin filtros racionales, hacia la totalidad real escondida en el futuro. De congreso en congreso, el lenguaje de La Pira, liberándose de todo residuo ideológico, se hace más adherente a la marcha de las cosas y, finalmente, bajo el empuje de la lección de Hiroshima, casi exclusivamente dominado por la percepción de la “cresta apocalíptica”. La suya se vuelve, como él gustaba decir, una “historiografía de lo hondo”, que observa y juzga las cosas a partir del “piso inferior” del plan de Dios, que es la salvación para todas las gentes. El sentido de todas las cosas reconduce a la “tercera dimensión”, que asume en su profundidad la verdad, empírica y racional, de los hechos. Una profundidad que es también una “alteza”, es como una “azotea” desde la cual es posible observar “toda la vicisitud del universo”.

## La pluralidad de las culturas

Fue así que los Congresos, ideados para un objetivo político bien determinado –el diálogo con el Este-, se convirtieron, como confesó La Pira inaugurando el último, en el 56, en una verificación de la crisis del tiempo, que “tenía otras dimensiones y no sólo las económicas, sociales o políticas”. También la composición de la Asamblea de representantes, entre tanto, había cambiado, no sólo cuantitativamente (eran 61, frente a los 34 del principio), sino también cualitativamente: estaban, por ejemplo, los estados árabes al completo. Como prueba de que las líneas directrices de la organización del Congreso, a pesar del lenguaje, no eran rígidamente integristas, en este último pudo saludar complaciente “a los representantes cualificados de todas las grandes civilizaciones metafísicas y religiosas del mundo”.

El tema del Congreso es, significativamente, “historia y profecía”, un tema que por su propia naturaleza es adecuado para recordar que las causas motoras de la historia están más allá de la esfera de lo verificable y que sus fines trascienden las determinaciones dogmáticas de las ideologías y credos concretos. La Pira tiene también ante él a La India y al Islam, con sus ciudades santas y sus tradiciones contemplativas. Advierte la necesidad de desplazar prudentemente la identidad del Congreso, sustituyendo a veces el término “civilización cristiana” por el de “civilización teológica”. Sí, Florencia queda como “la ciudadela más avanzada de la civilización teológica”, así como el primado de la contemplación queda como elemento diferenciador con relación a la civilización materialista y atea. Pero él recuerda que años antes, en la misma sala, se habían encontrado los alcaldes de las capitales del mundo, también de las capitales en las que el nombre de Dios está prohibido y en las que, sin embargo, el deseo de paz no es menos vivo que en las capitales de Occidente.

La ambigüedad implícita en la tesis lapiriana de la “civilización de lo universal”, puesta de año en año a prueba en la confrontación directa con los representantes de culturas ajenas al eje Jerusalén-Roma-Florencia, no podía evitar permanentemente un replanteamiento crítico. Y de hecho, derogando la tradición de los Congresos (cuyo tema venía dictado, cada vez, por el mismo La Pira, en la proclamación, fechada puntualmente en la vigilia de Epifanía) el quinto, en su moción final, fijó el tema del siguiente, que no tuvo lugar únicamente porque la administración La Pira entró en crisis. Y el tema era, precisamente, *Unidad en la diversidad*. Para preparar mejor el congreso, y sobre todo para cualificarlo finalmente con una más directa implicación de la cultura ciudadana (dejada hasta entonces bastante apartada), un grupo de amigos de La Pira, de los cuales yo mismo formaba parte (los otros eran Divo Barsotti, David Turollo, Maurilio Adriani, Benvenuto Matteucci, Mario Gozzini, Lodovico Grassi, Gian Paolo Meucci, Adolfo Oxilia), tuvo la idea de afrontar por su propia cuenta una profun-

dización del tema. El congreso no se realizó, pero las contribuciones del grupo, con una introducción del propio La Pira, aparecieron en un volumen monográfico a cargo de la revista "L'Ultima" (nn. 85-86-87, año 1957). Al final del volumen viene publicado el *Mensaje* de un cura chino, Francesco Hu-Ang, traducido de "Informations catholiques internationales", que dirigiéndose a los "hermanos occidentales", escribía entre otras cosas: "es necesario que renunciéis a vuestro complejo de superioridad occidental y adquiráis un auténtico sentido de la igualdad de las razas".

Una estudiosa de la iglesia florentina de aquellos años, Bruna Camaiani, plantea la hipótesis de que la lectura de este texto, editado pocos meses antes de *Experiencias Pastorales*, había sugerido a don Milani la inclusión de aquella *Carta de ultratumba* que, como es notorio, fue añadida en el último momento<sup>7</sup>.

Una hipótesis que, si es verdad, enriquecería con una prueba más cuanto el volumen de "L'Ultima" ya de por sí documenta: los acontecimientos culturales de Palazzo Vecchio habían terminado por despertar, al menos en la parte católica de la ciudad, la exigencia de una nueva confrontación entre la fidelidad a la tradición occidental y las otras culturas, ya, especialmente a partir de la Conferencia de Bandung del 55, en fase de emancipación también política. Viene bien recordar aquí que, a finales de aquél mismo 57, un grupo de amigos de La Pira, entre ellos cuatro de los nueve colaboradores del volumen *Unidad en la diversidad*, decidieron la fundación de la revista "Testimonianze", que de la dependencia entre unidad y diversidad hizo su propia fuente de inspiración, y en la que el mismo La Pira colaboró con sus buenos trece artículos (1960-1967): no casualmente pasó como una revista lapiriana.

7 En AA.VV., *Don Lorenzo Milani*, Vita e Pensiero, Milán, 1983.

# Capítulo VI

## El hombre mediterráneo

---

### El eslabón perdido

La ideología, en su conjunto eurocentrista, que había inspirado y guiado los Congresos, se había por tanto desenmascarado de sí misma, en virtud del mismo debate de las asambleas, de año en año cada vez más representativas de la pluralidad cultural. Los países árabes -y no sólo por la voz de su más prestigioso representante, Taha Hussein- se encontraban incómodos en el esquema que reducía la historia a un conflicto entre naciones cristianas y naciones sometidas al materialismo comunista. En el Congreso del 56, tras el delegado de Vietnam, Bui-Xuan-Bao, tomó la palabra el de La India, John A. Thivy. Con gran finura, pero también con gran franqueza, dio voz al malestar de los países afro-asiáticos que, apenas un año antes, en Bandung, habían acordado, por inspiración de Chu En Lai, Nehru y Nasser, una línea de distanciamiento y de autonomía en las confrontaciones del conflicto este-oeste: “Viniendo a este congreso, nos ha chocado el hecho de que, mientras nosotros orientales pensamos que la civilización cristiana está encarando una fuerte oposición por parte del comunismo, los países cristianos se asombran, a veces, cuando son criticados por su colonialismo. Este es el punto importante que intento explicar. Para nosotros, orientales, el problema inmediato ha sido el colonialismo y no el comunismo, pero para la civilización occidental, el problema inmediato es el comunismo. Y es por esto por lo que cuando, por ejemplo, el representante de Vietnam ha hablado, todos lo han comprendido. Pero cuando otros países asiáticos o africanos hablan en términos de colonialismo, se genera algún malentendido. ¿Por qué esta diferencia de comprensión?”<sup>1</sup>

El consenso obtenido por el delegado indio fue vivísimo: Taha Hussein se levantó para abrazarlo. El Tercer Mundo se había introducido en Palazzo Vecchio para hacer comprender, a los representantes de las culturas hegemónicas, que eran muy otros ya los caminos de la paz y, más en particular, que el comunismo no se derrota con refutaciones teóricas, se derrota resolviendo, de otra manera,

1 En L. Grassi, *Il quinto Convegno per la pace e civiltà cristiana*, “Ragguaglio 1957”, ILP, Milán.

los problemas concretos que él, a su modo, llega a resolver, y que, en todo caso, exigen la definitiva superación del colonialismo. Así se golpeaba en el corazón de la visión bipolar de la dinámica histórica. La Pira estaba listo para recoger el desafío. Los contactos que, a la vuelta de los años, había tenido con los exponentes políticos del mundo árabe, le habían entreabierto un espacio nuevo en el que, no de modo genérico, sino con el máximo de concreción, tomaba forma la contradicción denunciada por el delegado indio. Precisamente en julio de aquel año, el 56, junto a Amintore Fanfani, se había empleado a fondo para impedir que Italia se dejase implicar en la ofensiva militar anglo-franco-israelita contra la decisión de Nasser de nacionalizar el canal de Suez. El Mediterráneo se había revelado como el lugar de concentración de los contrastes fundamentales de la política mundial. En occidente estaba en marcha la revolución argelina, en oriente se recrudecía el conflicto entre árabes e israelíes. El Mediterráneo no era apenas una zona geográfica, era el eje potencial de un diferente sistema de relaciones entre el Norte y el Sur. De aquí la idea de los Coloquios mediterráneos.<sup>2</sup>

Lo cuenta el mismo La Pira:

*Los problemas mediterráneos son solidarios y necesitan una solución única, solidaria: llame a todos los pueblos mediterráneos a Florencia y hágalos unirse y pacificarse en Florencia, me dijo, en 1957, Mohamed V en la plaza Miguel Angel, mirando con ojos contemplativos y casi proféticos la belleza liberadora, pacificadora y unitiva de Florencia.*

Hay una constante en la vida de La Pira: las opciones aparentemente circunstanciales estaban ya, en realidad, predispuestas en los trazos secretos de su personalidad. Por esto, aunque sugeridas por circunstancias extrínsecas, él las abrazaba y vivía como aventuras del alma. Nacido sobre la orilla siciliana vuelta hacia Africa, crecido espiritualmente dentro de la arcaica geografía de los profetas bíblicos, permaneció siempre sustancialmente ajeno a los rasgos típicos de la cultura europea post-iluminista, era un verdadero hombre mediterráneo, que se encontraba en Jerusalén, El Cairo o Fez, como en su propia casa, siempre dispuesto, naturalmente, a descubrir su afinidad con Florencia, punto de recalada de

2 Los Coloquios mediterráneos se desarrollaron con el siguiente orden:

I	3-6/10/1958	Coloquio mediterráneo
II	1-5/10/1960	El Mediterráneo y su futuro
III	19-24/5/1961	La idea del Mediterráneo y el África negra
IV	19-24/6/1964	Unidad e igualdad de la familia humana.

las metamorfosis culturales -Jerusalén, Atenas, Roma, Florencia- y lugar de origen de Europa, hija también ella del Mediterráneo.

Quien acogió, con toda firmeza, esta fisonomía mediterránea de La Pira, fue, durante el segundo coloquio, un joven negro de La Martinica, Edouard Glissant, de lengua y cultura francesas, pero vivamente comprometido en la causa de la emancipación africana. En el salón de Dugento, refiriéndose a La Pira, dijo: “Permítame una definición alegórica: usted es, a mi parecer, un hombre mediterráneo en grado máximo porque ha asimilado perfectamente el “concepto”, es decir, una de las conquistas de la civilización mediterránea que vale para todos, y de la que Africa sobre todo tiene necesidad. Una de las aportaciones fundamentales del Mediterráneo es, en efecto, el “concepto”, que generaliza los datos a partir de la experiencia. Ahora bien, la civilización mediterránea debería tener el coraje de poner en cuestión sus “conceptos”, confrontarlos con el desorden existente, reanimarlos y encontrar un nuevo acuerdo y nuevas soluciones válidas para todos. Y bien, profesor La Pira, además de hombre del “concepto” profundamente asimilado, es el hombre mediterráneo que posee la inocencia y espontaneidad por las que le definiría simbólicamente como “primitivo”. Quiero decir que La Pira recobra, a través del concepto, una existencia primigenia que lo reanima. El Mediterráneo y Africa han encontrado, tal vez, el eslabón perdido de la cadena”.<sup>3</sup>

## **La familia de Abraham**

Los cronistas del primer Coloquio dejaron constancia de la perplejidad de los intelectuales europeos al escuchar un elogio como éste. La perplejidad se entiende mejor si se piensa que, en aquellos años, con el establecimiento del Mercado Común, Europa estaba construyendo su nueva identidad volviéndose al Norte y colocándose, con carácter subordinado, en la vertiente atlántica, donde poco a poco, con sus opciones, habría homologado la hegemonía militar de una de las dos partes del sistema bipolar. El Mediterráneo, en vez de un puente tendido hacia el Tercer Mundo, se preparaba a ser un foso, destinado a recibir (lo hemos comprobado en estos últimos años) todas las repercusiones de los desequilibrios internacionales.

La localización del espacio mediterráneo como punto neurálgico de la paz mundial es una de las intuiciones más ricas de La Pira, que no sin motivos ha sido evocada, en estos últimos tiempos, como un punto de referencia de la política exterior italiana en la búsqueda de su propia autonomía. Pero La Pira había intuido algo más. En los pueblos emergentes, más allá del foso, el impulso revolucionario tenía una matriz religiosa. He aquí porqué, las ideologías occidentales, gene-

3 “Testimonianze”, 1960, 28, p. 662.

radas por el iluminismo, se iban revelando como del todo inadecuadas para conducir e interpretar las luchas de liberación. La Palestina israelita y la Francia argelina, eran las avanzadillas de una “cultura de la dominación”, puesta finalmente entre las cuerdas por los movimientos populares difícilmente reducibles al esquema occidental de la lucha de clases. ¿Acaso no es verdad que los comunistas franceses se mostraban solidarios con la política colonialista de su país? Para escarnio de gran parte de nuestros maestros de pensamiento político, La Pira se hizo progonero de esta nueva perspectiva histórico-política, apoyándola también con propuestas concretas de colaboración económica, de las que sacó no poco beneficio la emprendedora iniciativa económica de Enrico Mattei. En aquella perspectiva, él no entró desde fuera, sino desde dentro, entrecruzando los caminos de los pueblos mediterráneos al recorrer el propio camino que, como ya sabemos, partía de Jerusalén, la ciudad santa de todas y cada una de las tres familias descendientes de Abraham. Y esto fue verdad incluso físicamente. Al introducir el tercer Coloquio, en el 61, recordó que la idea de los Coloquios se le concretó en la Navidad del 57, mientras estaba de peregrinación en Palestina, a Hebrón, junto a la tumba del patriarca Abraham, padre de la triple familia de creyentes: Israel, Cristiandad e Islam.

La Pira se daba perfecta cuenta de que para transformarse, del foso que era, en una “gran lago de Tiberíades”, el Mediterráneo debería abolir todas las raíces conflictivas, desde las económicas a las políticas. Pero, en su visión, el punto de apoyo sobre el que hacer palanca era la fe en un mismo Dios, con el rico tejido de implicaciones étnicas y sociales que aquélla había desplegado a lo largo de la historia. Invertiendo el esquema de Marx, la estructura capaz de anular todas las causas de división era, para La Pira, “la componente religiosa de la revelación divina que encuentra en Abraham, patriarca de los creyentes, la común raíz sobrenatural”.

*El pacto de Alianza con el Dios viviente -con el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob- constituye el origen, punto de orientación y eje, de la estructura y desarrollo del pueblo, nación y civilización de Israel, y de los pueblos, naciones y civilizaciones cristianas. El templo, la catedral y la mezquita, constituyen precisamente el eje en torno al cual se edifican los pueblos, las naciones y las civilizaciones que cubren la totalidad del “espacio de Abraham”.*

A esta componente teologal, añadía otras dos: la metafísica, “elaborada por los griegos y los árabes”, y la jurídica “elaborada por los romanos”. Pero en su obstinado alegato de un entendimiento entre las naciones reflejadas en el Mediterráneo, la más importante era la primera, en frontal contraposición al ateísmo práctico del capitalismo y al ideológico del marxismo. No se debe olvidar, de todos modos, que esta lectura profética de la historia era, en La Pira, tan apremiante que incluso Marx, de algún modo, era para él un vástago del gran roble

plantado junto a la tumba de Abraham: “Marx es hebreo, el *Manifiesto* no es comprensible sin el Exodo”.

Esta inmersión en la profundidad ancestral de la cultura mediterránea no era una fuga mística del presente, ni podía bastar como una propuesta anacrónica de quién sabe qué federación política: era la condición misma de la paz en el mundo, dado que la unidad de los pueblos de la tierra no es concebible sin la universalidad de las tres grandes familias monoteístas. La circunstancia apocalíptica, inaugurada por la era atómica, había vuelto improrrogable esta alternativa. Lo dirá más tarde, de modo claro y aún más convencido por los acontecimientos, en un encuentro en Cagliari en el 73:

*La paz mediterránea llegará a ser verdaderamente como una misteriosa, divina, “piedra filosofal” que transforma en oro todo lo que toca. Y una gran civilización -la nueva civilización del mundo- tendrá aquí, en Tierra Santa y en el Mediterráneo, su fundamento y su gran punto de génesis. ¿Es un sueño? Es verdad: pero esta era apocalíptica en que vivimos, y en la que cada vez más nos adentramos, es precisamente la edad de los sueños (la imaginación al poder), la edad de la utopía, la edad en que la utopía se convierte en historia y el sueño se transforma en realidad.*

## **La batalla de Argel**

La utopía desciende de los cielos de la imaginación para entrar en el horizonte de la historia posible sólo cuando las condiciones de la realidad concreta, reconocidas por lo que son, contienen entre sus pliegues procesos reales idóneos para darle carne y sangre. La unidad de las tres familias religiosas en el mismo espacio geográfico, de cara a la unidad del mundo, era seguramente una formulación utópica: quedaba por verificar si la tensión unitaria, inscrita en la fe común, tuviera puntos de apoyo en la geometría económico-política del Mediterráneo.

Los puntos críticos de aquella geometría, en aquel último retazo de los años 50, eran dos: Argelia y Palestina. El lago de Tiberíades se hallaba en tempestad y el Dios de Abraham dormía en la barca.

Y en efecto, la realidad de los hechos jugó una mala pasada al profeta desarmado, precisamente en la ceremonia inaugural del primer Coloquio. La Pira había querido iniciar los trabajos en la fiesta de San Francisco, el santo cristiano que, en Damietta, cruzó desarmado la línea de batalla entre cruzados y musulmanes y se detuvo amigablemente durante muchos días con el Sultán. Entre los participantes en el coloquio estaba también Louis Massignon, testimonio vivo del entendimiento entre las dos familias religiosas, que, el 6 de octubre, se trasladará a Verna para recordar la ligazón entre los Estigmas de Francisco y el destino del Islam, una ligazón que está en el centro de su ardorosa teología ecuménica. En las vísperas del

Coloquio, los participantes estaban en misa en la basílica franciscana de la Santa Cruz. Durante el rito, La Pira se desplomó sobre el banco, presa de un desmayo. Al día siguiente, el Coloquio comenzó sin él y sin una dirección incomparable como mediador de discrepancias, quizás con alguna inocente manipulación de las posiciones ajenas, y en la armonización de las razones de la fe y la política. Y comenzó mal. A los salones del Cinquecento llegaba el rumor de los acontecimientos de Argelia, donde, contra la política conciliadora de De Gaulle (con quien La Pira había establecido un contacto directo), se daba de hecho el amotinamiento de los *ultras*. Ni siquiera llegaba al mes de haberse formado el gobierno provisional de la República de Argelia. El Corán y el Evangelio (como si dijéramos) estaban en armas uno contra el otro. ¿Había sido el malestar de La Pira una maniobra diplomática? Algunos lo sospechaban. Pero no es el momento de argumentar la astucia: La Pira vivía los hechos con tal implicación que podía incluso somatizarlos. Con sutileza francesa, Jean Daniélou, un protagonista del dramático inicio del Coloquio, me escribió, en respuesta a una crítica evaluación mía de su comportamiento: “C’est son bon ange qui l’a retiré d’une entreprise où il n’avait que faire, parce qu’elle n’était pas la sienne et où il ne pouvait que compromettre son crédit”<sup>4</sup>. ¿Qué es lo que había ocurrido?

Cuando, al inicio del Coloquio, entraron en la sala dos representantes del gobierno provisional argelino, los diplomáticos franceses se retiraron y Jean Daniélou les siguió. El Coloquio continuó de todos modos, y tocó de manera dispersa, más allá de toda lógica dialéctica, los nudos calientes de la situación mediterránea: Bastouni habló de Israel y de su misión de paz en Medio Oriente; George Henein habló de Egipto, con espíritu de apertura hacia un entendimiento con las naciones occidentales; la delegación marroquí subrayó la experiencia de convivencia, en el Magreb, entre hebreos, cristianos e islámicos. Pero la confrontación tuvo el valor de un registro de lo que había: “Hemos visto que las razones espirituales nos unen y los problemas materiales nos separan”, dijo Massignon, antes de retirarse a Verna. Con más optimismo, el príncipe heredero de Marruecos, Mulay El Hassan, concluyó el Coloquio diciendo: “... pero a fin de cuentas hemos hablado”. Y fue ésta, también en las valoraciones subsiguientes de La Pira, la importancia del Coloquio. A su juicio, los acuerdos franco-argelinos de Melun, en el 60, y los finales de Evian, del 61, habían tenido su inicio primero en Palazzo Vecchio: “El árbol de Evian –dijo La Pira en la víspera del encuentro entre De Gaulle y Ferhat Abbas- tiene sus raíces en Florencia, en las ardientes iniciativas de paz y esperanza de Florencia”.

4 “Testimonianze”, 1959, 11, p. 71.

## **Palestina, vertiente del Mediterráneo**

En el segundo Coloquio (1-5 de octubre del 60) tuvo relieve preponderante la cuestión árabe-palestina, de la que el filósofo Martin Buber, activo y fascinante protagonista, representaba la solución más homogénea a los propósitos de La Pira. “Creo como usted, profesor La Pira, que somos de territorios que son una realidad, que son un deber. Para usted, el Mediterráneo entero, para mí puede que ya sea demasiado grande, pienso en un territorio más pequeño, donde estar presente no es una casualidad, sino una llamada hacia algo de fraterno, de universal, que se debe construir”. El pequeño territorio sobre el que centrarse para la paz mundial es, en la mente y el corazón de Buber, Palestina, en la que se ha formado el estado de Israel, que debería convertirse en miembro de una federación entre los estados de Medio Oriente. Buber, un viejecito minúsculo, iluminado por una fluida barba blanca y unos ojos clarividentes, se movía feliz en las salas de Palazzo Vecchio: “En Florencia me rejuvenezco. El aire de Florencia es como el de Jerusalén”, decía, echando fuego a la pasión analógica de La Pira. Pero la sintonía entre los dos no era sólo en el ritmo sagrado de la imaginación. El ideal buberiano de la participación hebraica en una federación de estados árabes, partía de una visión orgánica de la construcción social. “La Pira tiene razón, las ciudades son el cuerpo político real que puede tener una función decisiva para la representación de la vida del pueblo, ahora absorbida y distorsionada por la ficción estatista y burocrática”. “Autonomía de ciudades y, después, federación de ciudades: he aquí la nueva política”<sup>5</sup>. Todo esto comporta una descentralización de la política a nivel de la persona, a quien toca la responsabilidad, no delegable, de iniciar una particular y verdadera revolución cultural.

En línea con la de Buber, e inspiradas en el mismo desapego crítico de las instituciones occidentales trasplantadas más allá del “foso” del Mediterráneo, fueron las aportaciones del egipcio George Henein, que diferencia el “estado sedimentario”, formado por exigencias orgánicas de larga duración, y el “estado voluntarista”, creado por iniciativa de una minoría en nombre de la política de la fuerza; del libanés René Habachi, que hizo una vigorosa crítica de la patología del pensamiento occidental, aplastado por la presión de los intereses científicos; de Edouard Glissant (el autor del retrato de La Pira “hombre mediterráneo”, antes referido), según el cual, el papel del Mediterráneo queda encuadrado en la más vasta realidad de los pueblos del Tercer Mundo.

En su conjunto, estas voces contribuyeron a enriquecer la temática de partida del Coloquio, abriéndola a horizontes menos anclados a las dimensiones “lacustres” del Mediterráneo. “Los mediterráneos –dijo, por ejemplo, Glissant- deben

5 “Testimonianze”, 1960, 28, pp. 247-648; 652-655.

romper con la pretensión de ser ellos solos los depositarios del espíritu. Si el Mediterráneo llega a colmar el vacío entre la universalidad de la que es portador y sus actitudes políticas, estoy convencido de que el complejo tránsito de la “historia occidental” a la “historia mundial” que caracteriza nuestro tiempo, será facilitado enormemente”<sup>6</sup>.

La historia sucesiva ha sido, sustancialmente, la historia de la quiebra de esta tarea de mediación entre el Norte y el Sur, que el hebreo Buber, a la par que Glissant, reconocían al Mediterráneo. Y será precisamente Palestina el lugar en que los dos mundos entraron en sangrienta colisión. No sin motivo, Palestina se convertirá en el centro neurálgico de la reflexión y de la acción diplomática de La Pira en sus últimos años.

### **Una azotea sobre Africa**

Los años de los Coloquios mediterráneos (58-64) son también los años de la descolonización, que introducen en nuestro cotidiano espacio de observación, hombres y pueblos antes totalmente desconocidos, y transforman los tam-tam de las tribus sin historia en una clamorosa epopeya de liberación. Son los años en que Franz Fanon lanza, con introducción de Sartre, su extraordinario panfleto *Los condenados de la tierra* (1962), Léopold Senghor elabora su teoría de la negritud con *Nación y vía africana al socialismo* (1961) y *Negritud y humanismo* (1963), y Nkrumah propone una especie de maoísmo africano con *Filosofía e ideología de la colonización y el desarrollo* (1964). Son los años de la independencia de casi todos los estados de origen colonial, alcanzada, a veces, gracias a líderes de extraordinaria dignidad moral, como Lumumba o Cabral.

Pero, la verdad, este movimiento de la época no tiene, en las salas de Palazzo Vecchio, durante el tercer Coloquio (19-24, mayo del 61) un eco adecuado. También los Coloquios se resienten de los límites estructurales de los Congresos de los años 50: se desarrollan entre representantes seleccionados con criterios diplomáticos, en una “azotea” que permite, sí, visiones panorámicas e hipótesis de perspectiva, pero no el análisis atento de las raíces de los conflictos. La Pira, ayudado en esto por la contagiosa oratoria de Senghor, trata de añadir la emergencia de Africa al cuadro, oportunamente dilatado, de la civilización mediterránea, que para él es una sola cosa (el término le vino sugerido precisamente en estas circunstancias) con la “civilización universal”.

Esta anexión le es facilitada por un esquema genealógico al parecer poco aproximado, según el cual es posible colocar entre los ascendientes de los obispos

6 “Testimonianze”, 1960, 28, pp. 659-660.

del Congo, convocados al Concilio, y en general, de la “Iglesia negra”, a los Padres de la antigua Africa preconiliar, como Tertuliano, Lattanzio y sobre todo Agustín.

Las culturas son complementarias, admite de cualquier modo La Pira, no gravitan en torno a una cultura-Sol, gravitan en torno a una civilización planetaria que tiene el valor, pero también la inconsistencia, de un ideal. El nuevo humanismo, añade, haciendo suyas algunas variaciones líricas de Senghor sobre la civilización universal, será como una “orquesta”. “Y Europa se encuentra en una posición prominente, es, como quien dice, el director de orquesta de la armonización del mundo”. Una señal de esta óptica obstinadamente mediterránea, se encuentra también en la breve resolución final del Coloquio, que registra como adquisición importante “la idea de que la revolución africana tiene por fundamento esencial la liberación del hombre, alcanzando así una de las realizaciones fundamentales del humanismo mediterráneo”.

A pesar de estas imprecisiones, convertidas para nosotros en intolerables después de que las relaciones Norte-Sur han sido sometidas, como ha ocurrido en estos últimos años, a un más preciso análisis de sus fundamentos estructurales y sobre todo económicos, el Coloquio no eludió del todo los impulsos de novedad contenidos en el despertar africano. Casi unánime la tendencia, liderada por Senghor, hacia el socialismo, entendido –más allá de toda dependencia del marxismo ateo- como planificación y como propiedad comunitaria de la tierra, es decir, como el instrumento técnicamente más eficaz para el desarrollo de Africa. Más articulada, pero no menos unánime, aparece la tendencia hacia el neutralismo, entendido según los principios de la conferencia de Bandung del 55. No se había, aún, realizado aquella prolongación, a escala planetaria, de la línea de Yalta, que caracterizará la historia del Sur en las décadas posteriores. La protesta de Glissant contra la proyección en el Sur de la rivalidad entre Este y Oeste, estaba más que justificada pero pobre de análisis político, aunque se ocultaba esta pobreza con los tonos altos de la indignación moral y con fugas hacia delante preferentemente líricas.

Un límite éste que no quedó ni rozado siquiera por el cuarto Coloquio, del 64, dedicado a la unidad y a la igualdad de la familia humana. La necesidad de pasar de las declaraciones morales a la lucha armada y a la proyección política, estaba ya marcada por el curso de los acontecimientos: los Coloquios quedaron más acá de aquella marca.

Pero a lo largo de la trama, de año en año cada vez más gastada, del discurso que se desarrolla en los cuatro Coloquios, corre, a pesar de los temas diversos, el hilo de oro de una intuición que, tras tantos años y acontecimientos, nos ha quedado entre las manos como la única hebra que nos permite tejer nuestro futuro. Consiste en el descubrimiento de la relatividad histórico-cultural de

Occidente y, más ampliamente, de la civilización tecnológica, incluida la que se ha desarrollado en los países del Este. Un descubrimiento que en Palazzo Vecchio no se alcanzó por un puro proceso teórico, sino en la espontánea confrontación entre representantes de culturas emergentes y de las luchas de liberación.

Podremos expresar este inestimable balance con dos declaraciones hechas, aparte de los coloquios, por Edouard Glissant y René Habachi.

Dice Glissant: “Occidente debe tener el coraje de liquidar, hasta el fondo, una fase de su historia para comenzar otra. No debe hacer caso a las reacciones del miedo, no debe buscar intervenir en los asuntos ajenos con espíritu de superioridad. Debe liberarse de la mentalidad colonial que sobrevive a la realidad, porque ella, entre otras cosas, rebota encima del mismo Occidente y lo vuelve fascista en su interior”<sup>7</sup>.

Y Habachi: “El complejo de la cultura occidental y de sus consecuencias políticas y económicas es el de una ciencia que, no llegando a liberar sus fuerzas hacia una filosofía de la calidad humana y una religión de la libertad y del desinterés, se desahoga a nivel de cantidad y de fuerza. Y no hemos mencionado bastante al marxismo en nuestro análisis, para no reservar una parte a la Rusia soviética. Como quiera que sea su oposición a occidente, sus medios y sus fines difieren, pero su actitud general es la misma: a nuestro parecer, están sujetos al mismo complejo”<sup>8</sup>.

Desplazando el baricentro de la historia del Mediterráneo, entendido como imagen cultural, además de cómo espacio geográfico, La Pira quería, en suma, y aunque fuera simbólicamente, realizar una síntesis que está todavía ante nosotros como un improbable proyecto: La síntesis entre el “concepto” elaborado y utilizado por la civilización tecnológica del Norte, y el impulso vital del que el Sur preserva las condiciones y las formas, que van desde la comunión con la naturaleza a la contemplación mística. En la era de la escisión del átomo, La Pira, hombre mediterráneo, estaba combatiendo, a su modo y con sus limitaciones, contra la escisión del hombre.

7 “Testimonianze”, 1960, 28, p. 662.

8 “Testimonianze”, 1960, 28, p. 669.

# Capítulo VII

## La “germinación florentina”

---

### Un hombre, una ciudad

El último de los Coloquios mediterráneos coincide –estamos en junio del 64– con los primeros síntomas de desgaste de la coalición política sobre la que se apoyaba la administración La Pira. Tras el 22 de noviembre, las maniobras de las secretarías nacionales de los partidos, orientadas hacia una más neta exclusión de los comunistas, tenían, entre los objetivos de mayor importancia, la eliminación del alcalde de Florencia, La Pira. El objetivo se alcanzó al terminar el invierno. Al “alcalde santo” no le quedaban ya más que los pocos metros cuadrados de su pequeño cuarto y los horizontes de Isaías. Por una exquisita delicadeza del cielo, aquellos horizontes no se le perfilaban únicamente en los espacios gratuitos de la imaginación: desde su única ventana, La Pira podía contemplar y casi tocar con las manos, la cúpula de Brunelleschi, en cuya prodigiosa geometría la gracia de la Jerusalén terrestre se fundía con aquélla de la Jerusalén celeste. La Florencia de los hombres, sin embargo, se le había vuelto extraña, aunque él continuara por el mundo presentándose como el portador de su mensaje. Antes de que terminara el año de su expulsión de Palazzo Vecchio, volvió a primer plano por algunos días, tras su viaje a Hanoi, del que hablaremos pronto. Se trató de su más emprendedora y potencialmente fecunda iniciativa de paz, pero la diplomacia estadounidense consiguió anular las consecuencias, haciéndola pasar como la ridícula fanfarronada de un desprevenido. El fracaso marcó para siempre el aislamiento político de La Pira en su ciudad.

En este punto es justo que nos hagamos una pregunta: ¿en qué medida la ciudad había sabido reconocerse en las iniciativas de paz que habían hecho de Palazzo Vecchio un proscenio internacional? ¿Fue La Pira, solamente –eran tantos los que lo decían–, un hábil creador de mitos que, aprovechándose del espacio que el cargo le permitía, logró arrastrar en su monólogo, sin respeto a las competencias diplomáticas del Estado, a los ingenuos representantes de los pueblos de todo el mundo? Los espectáculos de Palazzo Vecchio, se decía, estaban reservados a una holgazana elite internacional, pero no tenían ninguna relación real con la ciudad, ignorante o despreocupada de tanta fiesta. Es necesario reconocer que éstas no son solamente malévolas insinuaciones. A parte del grupo de inte-

lectuales (exiguo y mantenido al margen) que se comprometió, como hemos visto, profundizando y difundiendo el mensaje de los congresos de La Pira, y en general aún más su testimonio humano y político, la ciudad, en las instituciones en que ella se encarna, permaneció ajena y con frecuencia hostil a las aventuras de su alcalde. La magistratura (lo veremos dentro de poco), la curia, el periódico ciudadano, los partidos –incluido, tras la muerte de Nicola Pistelli, aquél que lo había hospedado en sus listas–, las instituciones culturales de prestigio cultivaban, en sus confrontaciones, sospechas, reservas, ironías y abierta malevolencia. Por su parte, él no reaccionaba a los ataques más que en su sitio, en el consejo municipal. Era, a pesar de las dotes naturales de astucia, un hombre desarmado. Tras el contra-tiempo vietnamita, al que siguieron insidias periodísticas de mala ley (clamorosa entre todas, en diciembre del 65, la de Gianna Preda de “Il Borghese”), no era prudente frecuentarlo: quien lo ha hecho, sabe que pasó algunos días en el corazón de las tinieblas. No tenía, como cualquier otro hombre político de altura, un grupo de secuaces que le aseguraran un apoyo o una eficaz mediación en el juego de poder local o nacional. Pero, a distancia, sabemos que, en realidad, ha tocado a fondo en la historia de la ciudad, la cual, cuando busca sostén y estímulo en la memoria, recurre todavía hoy a él, a su testimonio, a su enseñanza. También la institución eclesiástica, de la cual recibió, tal vez, las mayores amarguras, ha hecho público su propósito de incluirlo en el número de los santos.

Pero entonces, en su tiempo, es decir, durante su vicisitud de alcalde, ¿cómo lo siguió la ciudad? ¿Qué resonancias concretas tuvo su apasionada alegación de un cambio en el modo de pensar y de hacer política, una vez traspasado el umbral atómico? Sin abandonarse a discutibles divagaciones, es mejor responder, al menos en parte, a la pregunta de manera auténtica, en el sentido técnico del término, es decir, dejando a La Pira la palabra. El mismo, en efecto, una vez vuelto a su condición de ciudadano de a pie, se ha hecho la pregunta y ha respondido largamente en un escrito del 66: la *Introducción* a un libro a cargo de Fabrizio Fabbrini, *No matarás* (ed. Cultura). Se trata de la documentación de tres procesos, relativos todos a la objeción de conciencia: el que se intentó contra La Pira, en el 61, por haber promovido la proyección de una película de Autant Lara; el celebrado contra mí, en el 63, concluido con mi condena, ratificada en Casación al año siguiente. Y en apéndice, un primer informe del proceso a Lorenzo Milani, estallado en el 65 y terminado con desenlace desfavorable cuatro meses después de la muerte del cura de Barbiana, el 28 de octubre del 67, y por tanto un año después de la publicación del libro en cuestión.

El tema de la *Introducción* no es ciertamente nuevo; es el tema, tan lapiriano, de Florencia como ciudad colocada sobre la cresta apocalíptica de la historia, para anunciar los mil años de paz. Solo que, en aquellas páginas, el tema no queda desarrollado en la habitual trama que entreteje la memoria del pasado y las imágenes del futuro, ha bajado a lo concreto de la crónica cotidiana, muestra reen-

cuentros personales con nombres y apellidos y hechos precisos, que vienen dispuestos en una línea de encadenamientos en que, por encima de las intencionalidades individuales, halla la ciudad su mejor vocación. Para vencer el malestar que siento al reconstruir, sobre las huellas ofrecidas por las páginas lapirianas, una crónica en que vuelve a entrar mi nombre de manera relevante, me ayuda el mismo ejemplo de La Pira, lanzado a superar el recato moralista para entresacar de los hechos de que era protagonista el desarrollo de un dibujo objetivo.

## **El lustro de la germinación**

El fragmento de historia que La Pira examina, va del 61 al 65: los años, justamente, de su tercera y última experiencia de alcalde. A su parecer, la germinación florentina ha traducido en frutos de significación universal la experiencia de sus iniciativas de la década precedente; es el testimonio, de forma adecuada a la era atómica, del primado de la conciencia. Y a su vez, la singular animación puesta en marcha por el alcalde de Florencia con los Congresos de los años 50, no es, según él, obra suya, sino la manifestación del finalismo que de siempre ha gobernado la vida de la ciudad, como demuestran, ya en el pasado lejano, sus momentos ejemplares “con Savonarola y, antes, con Dante (bajo la inspiración de Gioachino da Fiore)”. Florencia se ha hecho digna de su pasado, más bien de su destino original, porque ha sabido hacer suyo “el problema de la paz, del desarme y de la unidad del mundo” y “no como un problema entre los otros, sino como el único nuevo problema del mundo: es decir, como el problema que define la nueva era (sin alternativa) de la historia”. Pero, ¿por qué esta germinación se inició precisamente en el 61?

En la respuesta, La Pira recurre a su manera característica de leer la historia, pero esta vez, como acabo de observar, con el cuidado de apoyar su esquema hermenéutico, sobre reencuentros con hechos significativos. En el 61, dice, emergen con particular dramatismo “las dos fronteras apocalípticas”, la de la destrucción y la de la definitiva inauguración de la paz profetizada por Isaías. En efecto, precisamente en aquel año tuvo lugar la primera explosión nuclear soviética: “una primera prueba –por así decir– de la destrucción del mundo”. No sólo: “el 61 es el año de los graves acontecimientos de Berlín, de las conmociones del Congo, de la trágica muerte de Hammarskjöld: el año más duro de la guerra y torturas de Argelia: el año de la mayor “inquietud” de todo el Tercer Mundo: una inquietud que se expresa en la conferencia de septiembre en Belgrado”. Pero el 61 es también el año que se abre con el discurso de Kennedy, inspirado de modo explícito en el lema “lapiriano” de las fronteras de Isaías, es el año de la circunnavegación de nuestro planeta, es el año de la primera gran encíclica de la nueva era, de Juan XXIII: la *Mater et Magistra*”.

Con qué ánimo vivió La Pira aquel año crucial, lo podemos saber leyendo el largo ensayo que publicó, precisamente en el 61, en los nn. 38 y 39 de la revista “Testimonianze”. Se trata de una amplia pintura al fresco de la doble frontera, trazada en paralelo a la encíclica *Mater et Magistra* que, en su opinión, es el documento con el que “la Iglesia católica se pone, en cierto sentido, en el corazón de la historia humana (en la historia del mañana, más allá del presente) para coger las orientaciones esenciales”. Son siete, “como las estrellas del apocalipsis”. Según la sintética enunciación que él mismo nos da en una de sus páginas, las siete orientaciones son: 1) la conquista nuclear y espacial; 2) la inevitabilidad de la paz entre todas las naciones de la tierra; 3) la emergencia de los nuevos pueblos de Asia y Africa; 4) la estructuración “socializada” de un sistema económico mundial; 5) la unificación, en cierto modo inevitable, económica, social e incluso política del nuevo mundo; 6) la unificación de la Iglesia; 7) la inserción de la Iglesia en el cuerpo único de las naciones. Y bien, se pregunta La Pira: sobre el fondo de estas características esenciales de la nueva época, ¿tiene Florencia algo específico que decir?

*Sí, porque Florencia, en estos últimos diez años –de conformidad con su “genio” singular y su singular vocación y misión histórica (ser una “ciudad elevada” visible para todos los pueblos de la tierra)- se ha puesto, como si dijéramos, en sintonía con la nueva historia, con la nueva época, y ha funcionado según las orientaciones fundamentales de ella: ¡ha funcionado en la perspectiva de la historia de mañana y de la sociedad y civilización de mañana!*

*Florencia ha buscado en estos diez años, asumir –por el bien del mundo entero- la demanda de su tiempo.*

## **1961: el proceso contra La Pira**

Esto escribía La Pira en el 61. Cinco años después, si bien ya fuera de juego, recobra el tema sin ninguna perplejidad, proyectando los rasgos objetivos de la nueva época en la esfera de la consciencia subjetiva, llamado ya a elegir la vía, tan poco “católica”, de la desobediencia civil. Una vía que precisamente le tocó abrir a él, aunque alcalde, en el año apocalíptico, el 61. El incidente judicial en que, con obstinada premeditación, incurre en noviembre de aquel año, tiene relevancia también por el conjunto de las reacciones que provocó, fuera y dentro del mundo católico. La imagen que ellas nos dan del estado de conciencia de nuestro país, es desoladora. Son pocos a compartir la percepción lapiridiana de que, superado el umbral atómico, los términos de la cuestión paz-guerra había cambiado radicalmente, y que por tanto estaba en revisión, con todas sus implicaciones, el principio tradicional de la obediencia civil. La película *Tu ne tueras pas*(*No matarás*) que Autant Lara había presentado en el verano de aquel año a la Mostra de

Venecia, había nacido también de un intento de provocación, como se desprende de la trama narrativa que lleva hasta los límites de la exasperación la sufrida polémica de la disciplina militar: un objetor de conciencia, precisamente por ser católico, rechaza el uniforme de soldado, mientras un seminarista encuadrado en el ejército de Hitler, fusila, susurrando los versículos del “Padre nuestro”, a un prisionero. Tras la ficción narrativa está el drama moral de Francia que, en la guerra de Argelia, había pisoteado, casi al estilo nazi, los principios elementales de la dignidad humana. El ministro André Malraux, entre los más prestigiosos representantes de la inteligencia occidental, había vetado el proyecto de incluir la película de Lara en la selección francesa presentada en Venecia. Doblada al italiano, la película fue excluida de las salas con prohibición de la Comisión Ministerial sobre la Censura, porque, exaltando de forma concreta y sugestiva la figura del objetor de conciencia, constituía delito por instigación a delinquir. Curiosamente, las reacciones de la opinión pública a la medida pusieron en cuestión no el asunto que la película planteaba y que la Comisión había juzgado inadmisibles, sino simplemente el derecho a la libertad de expresión violado por la Comisión. Incluso en la demanda presentada en la Cámara por algunos diputados socialistas, entre ellos Sandro Pertini, no se hacía referencia a la cuestión ético-política propuesta por la película, en cambio la prensa católica oficial había informado para deplorar -¡mezquindades del tiempo!- las implicaciones anticlericales. La Pira estaba bien lejos, aunque no fuese más que por razones tácticas, del deseo de chocar con la susceptibilidad del mundo al que pertenecía. Si en este caso lo hizo, y del modo más directo, fue porque no quiso perder la ocasión de abrir un debate público sobre un problema que, por su propia naturaleza, conducía al corazón de la novedad de la época por él descrita, sin que nadie se molestara, innumerables veces. Y así, decidió proyectar la película, si bien con las oportunas cautelas. La proyección tendría lugar el 18 de noviembre, no en un cine público, sino en el Salón de la Mostra dell’Artigiano, y con el acceso reservado sólo a invitados. Advirtió de la iniciativa al gobernador civil y al jefe de policía e hizo llegar una oportuna invitación también a los hombres de gobierno y del aparato militar. Además, convocó a Palazzo Vecchio a los directores de 15 diarios de tirada nacional que habían tomado postura contra la censura y les envió un premio simbólico “por su contribución a la defensa de la libertad de expresión artística”. Pero se cuidó de explicar que, en cuanto al valor de la película, se consideraba del todo incompetente para dar un juicio (“la última película que he visto ha sido *Blancanieves y los siete enanitos*”). La razón de su gesto -explicó- era otra: llamar la atención de los gobernantes e informadores sobre la posibilidad de la guerra y la necesidad de edificar los Estados sobre el pleno respeto a las conciencias e inteligencias. “Los cañones deben transformarse en arados y los misiles en astronaves”. La proyección tuvo pleno éxito, pero las reacciones fueron violentas, a todos los niveles. El mismo Consejo de Ministros, en reunión extraordinaria, emitió un comunicado de deploro

ración. El ministro Andreotti, titular de Defensa, hizo conocer a La Pira, con un telegrama, su “amargura” y “estupor”: “no sé dónde iremos a parar poniéndonos por encima de la ley y la moral común”. “L’Osservatore Romano”, redundando aún más, también con malestar, reprobó el gesto de La Pira, alegando el veneno anticlerical de la película, que en realidad había sido producida por un empresario católico en estrecha relación con asesores teólogos. Como era previsible, debió afrontar los interrogatorios previstos por la instrucción. Las actas fueron remitidas, en base a las argumentaciones alegadas por su abogado, a la Corte Constitucional, y todo se resolvió con prudencia italiana: sacando una nueva ley sobre la censura (1962), el alcalde de Florencia fue absuelto en el 64 “porque el hecho no constituye delito”. Pero antes de la absolución, había estallado en Florencia, en un contexto ya recalentado, el caso que me afecta personalmente.

### **1963: el proceso contra Balducci**

En cierto modo, la responsabilidad moral del nuevo episodio recayó sobre La Pira. Había sido La Pira, con sus intervenciones públicas y, sobre todo, en los frecuentes coloquios amistosos, quien había despertado en mí, como en muchos otros, el convencimiento de que la moral tradicional sobre la guerra justa estaba, en la era atómica, en total decadencia, superada por una radicalidad, digamos, ontológica. En la *Introducción* del 66, tras haber recapacitado sobre los nuevos elementos de las situaciones límite a las que el desarrollo tecnológico nos ha conducido, escribiré:

*Es precisamente en este marco histórico –y con relación a la “decisión final” que ello impone– cuando toma su verdadero significado histórico, religioso, moral y político, la germinación de la “objeción de conciencia”. Ante ella se encuentra, justamente, el ser o no ser del hombre, de la historia, de la tierra, del cosmos, de la creación entera. El misterio del ser, de su valor, por así decir, “de fundación”, está revelándose cada día más –en cierto sentido– propio de nuestro tiempo: la efectiva posibilidad atómica de la “destrucción del ser” (de la “desintegración de la creación”) pone al descubierto, por el contrario, de manera cada vez más urgente el deber de “amar el ser”, de “no violentar el ser”: el divino deseo del mandamiento: ¡No matarás! “Elección del ser”; “elección de la creación”; “elección ontológica”; he aquí el significado último de esta “germinación” de la “objeción de conciencia”.<sup>1</sup>*

Esta radicalidad ético-metafísica toma cuerpo en las crónicas periodísticas, debido a un caso judicial que, si no se hubiera desarrollado en Florencia, habría

1 *Op. Cit.*, p. XXII.

quedado posiblemente enterrado en los archivos de los tribunales militares. El 13 de noviembre del 62, en el cuartel de Monza, el católico Giuseppe Gozzini, de Cinisello Balsamo, se negó a llevar el uniforme militar por fidelidad a su conciencia católica. El 24 de noviembre fue traído a la cárcel militar judicial de Florencia, en Fortezza da Basso. El proceso comenzó el 20 de diciembre, pero fue seguidamente aplazado al 11 de enero siguiente. Coincidiendo con la fecha, tuvieron lugar en Florencia debates públicos sobre la objeción de conciencia. Precisamente el 20 de diciembre, tomé parte, junto a Aldo Capitini, en una mesa redonda organizada por la Meridiana, un círculo cultural del área de influencia democristiana. El 10 de enero, y por tanto en vísperas de la continuación del proceso, tuve un debate parecido, esta vez junto a Giorgio Spini, en el barrio del Isolotto. Durante la demora procesal, el alcalde de Florencia recibió en Palazzo Vecchio a un grupo de pacifistas, entre ellos algunos testigos a favor de Gozzini, y se comprometió a dar su apoyo a la campaña por el reconocimiento a la objeción de conciencia. El proceso se cerró rápidamente, el 11 de enero, con la condena de Gozzini. La prensa católica oficial se apresuro a aplaudir el veredicto y a declarar totalmente arbitrarias las motivaciones religiosas repetidas en la sala por el objetor de Cinisello. Lo mismo hizo, con palabras de peso, “La Nazione” de Florencia, que ofreció para la ocasión sus páginas a don Luigi Stefani, sacerdote de Istria agregado a la diócesis toscana y convertido en consiliario de la Juventud Católica Femenina. La tarde del 12, una comisión de la Officine Galileo vino a pedirme que me posicionara públicamente, puesto que la declaración de don Stefani había creado confusión entre los obreros. Acordé con “Il giornale del Mattino”, del que era colaborador, una breve entrevista. Mi tesis central –sobre la que se apoyaría la reacción, incluso en su fase judicial-, era que, según los últimos pronunciamientos de la iglesia, en caso de guerra total (atómica, bacteriológica, química), el deber del cristiano era la desertión. No es el momento para traer aquí todos los pasajes de lo repetido en el proceso, que fue accidentalísimo: absuelto en primera instancia, el 7 de marzo, fui condenado a 8 meses con la condicional, el 15 de octubre, en segunda instancia. El fiscal del tribunal Ferruccio Perfetti, contra el parecer del juez instructor, se tomó la autoridad de proseguir el proceso que, en apelación, tuvo como acusador público al ex republicano Mazzanti. La fiscalía general, la curia florentina y el diario “La Nazione”, dirigido entonces por Enrico Mattei, coincidían en aquellos años en un bloque común, cuyo objetivo iba más allá de mi persona: era la eliminación del escándalo de la administración lapiriana. Mi condena provocó numerosas reacciones, también porque el Tribunal la había motivado en razones teológicas, que ponían en claro el contraste entre mi declaración y la doctrina católica; además, atribuyéndome un perfecto conocimiento de aquella doctrina, el Tribunal destacaba en mi intervención la malicia de la simulación. La Pira hizo público un telegrama en que se solidarizaba conmigo, citando (aunque suprimiendo prudentemente el término *contumeliam*) el versículo de los Hechos

de los Apóstoles: “Et illi quidem ibant gaudentes a conspectu concilii quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu (contumeliam) pati”. Episodio curioso: por esta cita, La Pira fue denunciado por apología de delito en la fiscalía del Tribunal. Fue el Ministro de Gracia y Justicia quien negó la autorización a proceder. El frente católico, en Florencia e Italia, se había desgajado. Desde el concilio, teólogos como Rahner y Congar, hicieron declaraciones públicas de adhesión a mi causa. El democristiano Nicola Pistelli se hizo promotor de un proyecto de ley sobre la objeción de conciencia, lo presentó a la Cámara el 17 de julio del 64, seis meses antes de su muerte (17 de septiembre). El debate, a todos los niveles, había comenzado.

### **1965: el proceso contra Milani**

Recobró fuerza en el 65, al año siguiente de mi condena en Casación, alcanzando los tonos elevados de la provocación profética gracias a don Lorenzo Milani. Algún tiempo antes él me había invitado a Barbiana para que explicase a sus muchachos en qué consistía eso de la objeción de conciencia. Recuerdo vivamente la escena de mi coloquio con él y con sus alumnos, sentados en círculo bajo la pérgola, frente a la casa parroquial. Estaba muy lejos de suponer, en aquel momento, que precisamente sobre aquella colina, a pocos metros del cementerio donde ahora reposan los restos del Priore (rodeado, ya, por el silencio y el desierto), la “germinación florentina” produciría su mejor fruto.

La ocasión para retomar el debate vino de la mano de un grupo de Capellanes militares que, el 11 de febrero del 65, para celebrar mejor el aniversario de la Conciliación, escribieron un documento de “reverente y fraterno homenaje a todos los caídos por Italia”, en él “la llamada objeción de conciencia” viene considerada “no conciliable con el mandamiento del amor cristiano”, sino más bien “una expresión de cobardía”, “un insulto a la patria y a sus caídos”. La escuela de Barbiana daba mucha importancia a la lectura y comentario de los periódicos. La inefable prosa del documento excitó la conciencia del maestro que, en colaboración con sus muchachos, escribió una carta a “los capellanes castrenses” para rebatirles su acusación de cobardía y para demostrar, con una argumentación sencilla y vigorosa, la naturaleza pagana de la idea de patria, su carácter groseramente ideológico, el uso que en la historia reciente se ha hecho de ella para legitimar los crímenes más odiosos contra la humanidad. Enviada a muchos diarios, la carta fue publicada únicamente por el semanario comunista “Rinascita”. He aquí la razón por la que Lorenzo Milani y Luca Pavolini, director del semanario y amigo de su infancia, se encontraron juntos sobre el banco de los acusados en el proceso celebrado en Roma el 17 de febrero del 66. Juntos, pero sólo moralmente, porque Milani postrado en el lecho por la enfermedad que lo mataría un año después, se limitó a enviar a los jueces una carta que, publicada con el título

*La obediencia ya no es una virtud*, tuvo de inmediato una gran difusión. El proceso, en primera instancia, se resolvió precisamente como el mío, con la absolución de los dos imputados. En segunda instancia, en octubre del 67, fue, por el contrario, condenatorio, pero Lorenzo Milani ya estaba muerto. La *Carta* no es más que una apasionada y detallada defensa de la primacía de la conciencia, con frecuentes referencias también a la doctrina tradicional de la iglesia. Sólo en la última parte trae a colación, para demostrar la definitiva superación de la noción de guerra, la novedad de la era atómica, que vuelve imposibles los principios que daban sostén a aquél concepto y a la normativa moral consiguiente. “La única defensa posible, en una guerra de misiles atómicos, será disparar unos veinte minutos antes del ataque”. Y si un estado honradísimo dispara veinte minutos después, la suya no será una defensa, sino una venganza. En una guerra similar, que no dejara otra alternativa que la ofensa o la venganza, un cristiano no podría participar “ni siquiera como cocinero”.

## **Gandhi y la elección del ser**

En la reconstrucción del periodo de la “germinación florentina”, La Pira recuerda, para concluir, la publicación de la *Carta* de don Milani. Ésta es más que el epílogo de los tres percances judiciales porque, con la riqueza de sus argumentaciones, la supera y marca el paso de la objeción de conciencia como gesto de coherencia con el dictado interior de la razón moral, a imperativo objetivo de la nueva estación de la historia.

Dirigiéndose a los jueces, Milani había comparado su misión de tutores de la ley con la suya propia de maestro que debía preparar para el futuro a las nuevas generaciones. El juez habla al pasado, el maestro mira al futuro, pero a un futuro cuyos signos están ya presentes en el orden de las cosas.

La novedad del tiempo, tras Hiroshima, está en la relación de exclusión recíproca entre los dos tipos de civilización –la del pasado y la del futuro– y que por ello no pueden ser mediadoras de las instituciones heredadas del pasado. El órgano encargado de la mediación es la conciencia, la facultad transcendental cuyo principio constitutivo no es la custodia de lo existente, es, según la expresión de La Pira en el pasaje citado arriba, el amor por el ser, la elección ontológica. Ella es una fuerza mayéutica capaz de hacer parir a la historia, es decir, de sacar a la luz aquello que la historia guarda ya en su matriz.

Ésta es precisamente la idea madre que recorre y unifica, sin suprimir la diversidad de contenido y de desarrollo de los tres episodios, la “germinación florentina”. El paso de La Pira desde la doctrina sobre la paz, con un planteamiento sustancialmente tradicional como el que durante el fascismo había expuesto en los “Principi”, a una doctrina que asignaba un papel determinante a la desobe-

diencia civil, no fue por una reflexión de tipo protestante, fue por la percepción del desquiciamiento del orden objetivo de las cosas, producto de Hiroshima.

Debido a esta percepción llegó a hacer suya la enseñanza de Gandhi, del que propondría una emocionada conmemoración en el 69 en Budapest. El discurso florentino sobre la objeción de conciencia, había, de varias maneras, recordado la admonición gandhiana de la no violencia, como única alternativa al suicidio de la humanidad y, positivamente, como fundamento de una civilización nueva, auténticamente humana. En la conmemoración húngara, La Pira se compromete a transferir el mensaje de Gandhi al contexto político de aquellos años (*Antología VIII*), indicando de modo concreto la etapas a recorrer sobre la vía del desarme, pero teniendo los ojos fijos sobre la perspectiva de la nueva civilización.

*No se trata sólo de hacer desaparecer las bombas atómicas que hay y no producir otras: se trata de cambiar cualitativamente la civilización del mundo, pasar de la civilización construida en función de la guerra a una civilización construida en función de la paz.*

Si por su formación, de implantación tomista y bíblica, La Pira permanece siempre más bien reacio al uso de la terminología adoptada por los objetores de conciencia, al confrontarse con Gandhi encuentra la manera justa para conjugar la instancia subjetiva y, al menos formalmente, individualista, puesta en marcha por los objetores (casi todos aparentemente, antes de la “germinación florentina”, en el área protestante) y la instancia objetiva, puesta al descubierto por la coyuntura atómica, que no admite otra alternativa a la no violencia sino el suicidio del género humano. Es por ello que la serie de acontecimientos que he reevocado aparece, a los ojos de La Pira, como una providencial emergencia, en tierras occidentales, de la “no violencia de los fuertes” enseñada y practicada por Gandhi en su país. El nuevo “método” entraba así a formar parte de las “tesis de Florencia” que, alcalde o no alcalde, La Pira continuará defendiendo y proponiendo mientras tenga fuerza y voz.

# Capítulo VIII

## Diplomacia profética

---

### Las “tesis de Florencia”

Al retirarse de alcalde, en febrero del 65, La Pira quiso dejar una admonición a la ciudad, o mejor a los concejales que ya habían acordado su sustitución. A la distancia de veinte años, la admonición se revela cual entonces no vieron sino unos pocos, tan grave como clarividente:

*No escuchen, Señores Concejales, a quienes hacen una crítica superficial en torno a la doble estructuración del mandato florentino. No escuchen a quienes dicen de modo tan superficial: es necesario interesarse por las bombillas y no por la paz. Ignoran algo esencial para el destino incluso productivo de Florencia, ignoran, al menos, que sólo abriendo las puertas exteriores de la ciudad, es posible abrir, y ampliamente, las interiores. Porque a través de las puertas exteriores, entran no solo los grandes ideales de la paz, de la cultura, de la espiritualidad, de la belleza y de la esperanza, sino que pasan también los grandes flujos financieros, económicos, turísticos, comerciales, que vienen de cualquier parte de la tierra, que implantan firmemente en el suelo de Florencia un sistema científico, técnico y productivo al nivel de nuestro tiempo y capaz de asegurar al pueblo florentino, con el trabajo, la seguridad, dignidad social y económica<sup>1</sup>.*

Podemos decir que, por una especie de pasiva ratificación, los concejales, satisfechos de haber retomado las llaves de las “puertas interiores”, dejaron a La Pira el libre uso de las “puertas exteriores”. Es un hecho que él continuó moviéndose dentro del sistema de relaciones internacionales, que había entrelazado mientras ocupaba el asiento de su despacho de Palazzo Vecchio, como si hubiese sido investido por Florencia con un mandato irrevocable de Ministro de Exteriores. Sin impugnación por parte de nadie, él se presentaba por todas partes, en Moscú, El Cairo, Hanoi o Filadelfia, como portador de una estrategia diplomática basada en sus tres tesis (“las tesis de Florencia”) “sólidamente unidas entre sí”, como explicó en un discurso, en el 73, en Cagliari:

1 En *La Pira oggi*, cit., p. 293.

a) la primera implica un juicio científico, técnico y político sobre la presente era apocalíptica de la historia del mundo; b) la segunda concierne la teleología general, universal, de la historia; c) la tercera concierne la teleología específica de la historia mediterránea; de la historia al menos de los pueblos miembros de la familia de su común patriarca Abraham.

Esta autoinvestidura encontró una especie de homologación internacional cuando fue elegido, en septiembre del 67, en París, presidente de la Federación Mundial de las ciudades hermanadas (FMVJ), cargo que le fue confirmado en el 70 y en el 73, respectivamente, en los congresos de Leningrado y Dakar.

Pero este encargo quedaba como absorbido y sobrepasado por aquél, para él definitivo, de mensajero de las “tesis de Florencia”. Era natural que, a los ojos de muchos, pasara a formar parte del número de los exaltados que se atribuyen papeles no amparados por la titulación correspondiente. A nivel de tipología psicológica –observaba Bergson- no hay ninguna diferencia entre Napoleón y el internado en una clínica psiquiátrica que se cree Napoleón. El criterio decisivo es sólo uno: la relación entre imaginación y realidad. Para La Pira (pero, ¿sólo para él?) la verdadera realidad se identificaba con la nueva condición del mundo, en que se manifestaba claramente el diseño de Dios, explicable laicamente como radical alternativa entre el ser y el no ser.

A medida que, por la fuerza de los hechos, esta alternativa penetra en la conciencia, la separación tradicional entre utopía y realismo, se descompone y nos encontramos obligados a hacer las cuentas con la desintegración del modelo tradicional de hombre político y con la dificultad de imaginar uno nuevo. La Pira ha venido en ayuda de la imaginación del nuevo. A la manera de Gandhi, no llegaba a comprender cómo se pudiera vivir la responsabilidad política (“la más elevada, tras la de la unión íntima con Dios”) quedando prisioneros de angostos objetivos personales o de partido. En una carta a Fanfani, en el 58, al referir cuanto había meditado en ocasión de la Pascua, escribe:

*La única metodología de victoria es la renuncia a sí mismo, el despegue radical de la propia minúscula esfera, la apertura (como consecuencia de este despegue y de este corte) a la esfera mundial de Dios: los instrumentos que sugieren la ambición, la culpa, la mezquindad, son instrumentos radicalmente carentes de eficacia política.*

*Es precisamente el discurso sobre el método el que corresponde a todos en este período histórico de tan excepcional alcance y responsabilidad para los cristianos y para todos<sup>2</sup>.*

2 A. Fanfani, *Giorgio La Pira*, cit., p. 55.

En base a este “discurso sobre el método”, el Estado, las leyes económicas, la política con sus reglas tradicionales, en suma, todo eso que está en medio, entre la “esfera mundial de Dios” y la realidad histórica, quedaba, para La Pira, como vacío de un sentido autónomo, degradado a instrumento y como tal usado con una libertad que a alguno podía parecer desaprensiva. Pero, ¿no es verdad que lo mismo ocurre, y cada vez más, a quien quiere vivir como ciudadano del mundo, convencido que éste es ya el único modo de hacer coincidir la conciencia con la realidad? Las “tesis de Florencia”, además, no son sino las tesis de un ciudadano del mundo.

### **Coincidencia entre historia y profecía**

El mapa geopolítico que La Pira tenía ante los ojos no se parecía del todo a aquél sobre el que los partidos del gobierno de nuestro país construían sus estrategias. El de La Pira representaba un mundo movido por una corriente profunda que venía del lejano pasado e iba hacia el futuro. Por una parte, pues, era un mapa arcaico, como el de los peregrinos del medievo: una “vía láctea” donde tenían importancia las tumbas de los santos y los santuarios. “El pasado me ha revelado la construcción del porvenir”, gustaba repetir con Teilhard de Chardin. Y con Bacon: *antiquitas saeculi juvenus mundi*. Pero, ¿qué pasado, qué antigüedad? Él no tenía dudas: el movimiento profético que, desde Abraham a la sociedad futura, atraviesa la historia, es el que se descubre claramente en los santos de todas las épocas. La relación con los santos no era, en La Pira, de tipo devocional, sino de tipo mesiánico: sus vicisitudes, dentro del tejido global de la historia, le parecen como la nervatura luminosa en la que era posible descifrar una precisa proyección que atraviesa el presente y alude al futuro. Ellos viven en aquel tiempo sin tiempo –“el hoy de Dios”- al que se accede en el momento de la contemplación y cuya inspiración, imperceptible pero omnipotente, es la oración. Por su parte, él vivía en aquel tiempo y ponía su confianza sobre la energía creadora de la oración: desde el 51 mantenía una viva correspondencia con los monasterios de clausura de todo el mundo (“más de tres mil, con casi cien mil almas”) que movilizaba con ocasión de sus viajes diplomáticos, y puntualmente informaba, como hace o debería hacer un hombre político con su base electoral. Los cien mil monjes eran, como escribe en una carta del 55, “la vanguardia audaz de este ejército de Dios que retoma, sobre todos los puntos de la tierra, su camino de esperanza hacia la *nueva tierra*”. Éste era el verdadero universo de La Pira. Lo extraño del hecho, y que despertaba estupor y de tanto en tanto desagrado e irritación, era que, de esta conspiración de contemplativos, La Pira hablaba abiertamente, sin ánimo de cruzada, con afabilidad, como de una realidad que concernía a todos, incluso a los ateos del Kremlin, y que merecía la atención de todos, al menos como hipótesis, y tanto más cuanto que el sentido de la hipótesis no escondía nin-

guna amenaza, más bien podía servir a todos como reserva de esperanza en las horas de desesperación.

La corriente profunda que guía secretamente la historia y a la que se accede con la oración, no era para La Pira, nada de romántico, porque tenía su fuente en el acontecimiento de la Resurrección, que para él, poco inclinado a la hermenéutica crítica ya en uso entre los teólogos, ha sido, y permanece, un acontecimiento físico, dotado de eficacia física, ya sea en las causas efectivas como en el plano de la causa final. Hemos mencionado ya su tendencia a entretener, y tal vez confundir, los tres posibles órdenes de lectura de los hechos: el histórico, el racional y el profético. Un autor al que recurría con frecuencia era el filósofo napolitano, crecido en el clima hegeliano que está en el origen histórico del idealismo historicista de nuestro país, Vito Fornari, autor de una *Vida de Cristo*, en cinco volúmenes, publicada en Florencia en 1893. Especialmente querido le era un pasaje en que Fornari asignaba, lapiriano *avant lettre*, un valor ejemplar al momento savonaroliano de la historia florentina. “Toda la civilización –dice Fornari en el cap. 4 del tercer volumen- aspira a una “monarquía” de la que Cristo sea el rey. El espíritu de Dios hace profética, aunque no lo sepan, la palabra de los florentinos cuando declaran a Cristo rey de su república. Cristo Rey; todas las naciones reunidas entre sí bajo su cetro; la materia dominada por el espíritu de la persona humana, y el universo material dominado por la humanidad; este es el “paraíso terrestre” a cuya civilización mira y de la que la religión espera nos transfiera al paraíso celeste que es el reino eterno de Cristo”.

La fervorosa adherencia de La Pira a las nuevas condiciones de la humanidad, sin sombra de nostalgia, emanaba del descubrimiento de la coincidencia entre historia y profecía:

*Si se lee este diseño histórico profético y se le confronta con el diseño “prospectivo” de la historia presente del mundo –tal cual resulta de la “situación” científica, técnica, atómica, espacial, social, política, del mundo- es imposible no quedar maravillado, casi estupefacto, de la concordancia, verdaderamente imprevista, entre las líneas esenciales prospectivas, que ascienden y convergen hacia un único punto: hacia el punto “omega” de Teilhard de Chardin; hacia la “señoría milenaria” de paz y fraternidad, de unidad, de civilización, del Evangelio –¡de Cristo!- en el mundo.<sup>3</sup>*

Esta prontitud en conjugar el gran diseño profético y los movimientos históricos del presente, lo mantenía naturalmente distante de las ideologías y de las demasiado claras opciones partidistas, incluso de aquellas del partido al que, de alguna manera, pertenecía. Los partidos, pueblos, bloques, eran para él diferencias orgá-

3 En A. Fabbrini, cit., *Prefazione* de Giorgio La Pira, p. XXVII-XXVIII, donde se encuentra también la cita de Fornari.

nicas de un todo: habría bastado, a su juicio, hacer converger las diferentes partes hacia un único fin, para que los antagonismos perdiesen toda razón de ser. En el discurso que mantuvo en Budapest, hay un pasaje que dice mucho sobre este “agnosticismo ideológico” suyo. Afirma que ya se ha vuelto inevitable la construcción de un nuevo “sistema único” del mundo, en el cual la entera familia de los pueblos está destinada a vivir y desarrollarse. “También el conflicto ideológico del mundo llega a ser, por esta vía, inevitablemente absorbido y superado”. Y, también a través de una cita de Gandhi, precisa que la diversidad entre los sistemas del Este y del Oeste europeos es una diversidad entre caminos complementarios, cuya finalidad es la organización social de la economía, junto a la garantía de la libertad individual. Yo creo que su cuidado de no asumir nunca una verdadera y precisa identidad partidista, derivaba de su voluntad por situarse, idealmente libre de hipotecas de una parte, en los puntos de convergencia del movimiento histórico, sin los cuales se habría fatalmente derrumbado su estrategia de paz.

## **La cresta y sus dos vertientes**

Con la tesis florentina por excelencia, aquella de la “cresta apocalíptica”, nos hemos topado de continuo a partir del discurso de Ginebra del 54, momento verdaderamente decisivo en la historia de la reflexión y actuación de La Pira. Pero la formulación más completa, como recordó el mismo La Pira, en la Mesa Redonda tenida en Moscú el 4 de diciembre del 63, la consigue en los tres mensajes que el alcalde de Florencia envió a Kruschev en otoño del 61, y especialmente en el tercero, fechado el 17 de noviembre. En su cuerpo central se lee:

*1) Estamos ya sobre la cresta apocalíptica de la historia: en una vertiente está la destrucción de la tierra y de toda la familia de pueblos que la habitan; en la otra vertiente está el milenario florecimiento cargado de paz, de civilización, fraternidad y belleza; el florecimiento profético de los “mil años” vislumbrado por Isaías y San Juan; los gobernantes de toda la tierra están hoy llamados a tomar esta elección suprema, otra elección no hay: tertium non datur!*

*2) Para ir hacia la vertiente del florecimiento es necesario aceptar el método indicado por el Profeta Isaías: transformar los cañones en arados y los misiles y bombas en astronaves, y no “ejercitarse más con las armas”, no matar, sino amar.*

*3) Esto exige una revisión general de los fines y métodos de la teoría y de la acción política: exige el abandono –que ya ha fracasado– de la metodología teórica y práctica del maquiavelismo y la asunción de la única metodología y práctica verdaderamente constructiva sobre la tierra y en el cielo: la del Evangelio “ama al otro pueblo como al tuyo”.*

Desde aquel momento se convierte en el leit-motiv de todo discurso de La Pira, que poco a poco, para hacerse más creíble, hacía suyos los testimonios de

líderes políticos, científicos, teólogos y pontífices. El acuerdo nuclear del 63, firmado entre Kennedy y Krushev, pareció a La Pira como “el primero de los seis días de la creación”, es decir, el inicio de una historia radicalmente nueva que habría dejado atrás para siempre toda la herencia del pasado. Menos de dos años más tarde, precisamente coincidiendo con su expulsión de Palazzo Vecchio, los vientos adversos comenzaron a soplar impetuosos. La guerra del Vietnam se había convertido en una amenaza para el mundo entero. La coexistencia pacífica era ya una ruina. Pero “¡Florencia no se desanimó!”. En junio de aquel mismo año 65, en Belgrado, durante la Mesa Redonda Este-Oeste, volvió a explicar lo que en Moscú, en el 63, había llamado “el sendero de Isaías”: “¡transformar en arados las bombas, en astronaves los misiles de guerra!”. En el 67 comenta la encíclica de Pablo VI, *Populorum progressio*, a la luz del dilema nuclear, explicando las dos vertientes –la del no ser y la del ser– emergidas tras el umbral atómico. En particular, analizando los potenciales explosivos de la vertiente del no ser, La Pira ve sistemáticamente conectados al riesgo nuclear, la “geopolítica del hambre”, el crecimiento de la explosión demográfica, la cólera organizada de los pobres. En el 68, interpreta el fenómeno de la contestación juvenil “como un hecho de inevitable e irreversible movimiento de las nuevas generaciones... hacia continentes nuevos, hacia civilizaciones nuevas, estructuras nuevas, sociedades nuevas”.

En abril del 69, en Estocolmo, enlaza los principios de la conferencia de Bandung al problema del desarme, definido como “el problema del mundo”, “premisas mayor de todo silogismo histórico y político”, de la que se deducen las soluciones de cualquier problema. En Budapest, en el mismo año, conmemorando la obra de Gandhi, adopta, como se ha visto, la doctrina de la no violencia como la única adecuada a la era atómica. Y así de año en año, hasta el 20 de octubre del 75, cuando en Varsovia, comentando la conferencia de Helsinki, retoma el tema del desarme total como premisa de todo silogismo político, ahora que la época de Clausewitz ha terminado para siempre.

Sobre este umbral, “la profecía de Isaías emerge cada vez más como único canon interpretativo (teleológico) de la historia y como único criterio eficaz de orientación de la acción histórica y política del mundo”. Los discursos se suceden a los discursos, unos reflejo de los otros, precisamente como corresponde a uno que se ha establecido sobre el umbral entre lo viejo que debe morir y lo nuevo que debe nacer y, en coherencia con el mensaje, no está ya en condiciones de recurrir al conocimiento del ayer, actualmente en decadencia, ni tampoco al del futuro, aún en estado embrionario, y se presta únicamente a la metáfora profética: el lenguaje para el futuro no lo da la razón, sino la imaginación.

Para La Pira, ésta precisamente era la novedad que actuaba de fundamento científico a la conjugación entre política y profecía. Con la explosión de Hiroshima, la imaginación de los profetas, en especial la de Isaías, ha rozado la

realidad; el apocalipsis ha dejado de ser la visión catastrofista con la que los profetas desarmados despertaban la conciencia de los sencillos y provocaban las risas de quienes, como el autor de *El Príncipe*, se amparaban en la fuerza de los hechos consumados. Con la bomba atómica, el apocalipsis se ha convertido en la predicación de los hechos, la doble alternativa implícita, de modo definitivo, en la brutal fuerza de los hechos. ¡Profecía y ciencia se confunden en un abrazo!

## **El milenarismo lapiriano**

Quien escribe está convencido –y lo ha repetido muchas veces en estas páginas– que la evolución de La Pira consiste en un tránsito, sin rupturas, de la metafísica a la profecía. Es propio de la metafísica que lo universal quede fuera de la realidad individual, en la que entran también los hechos contingentes; es propio de la profecía descubrir, en modo prospectivo, el sentido individual en relación a la plenitud de los tiempos. En los años 50, los años de los Congresos, la profecía queda, para La Pira, enredada en las abstracciones de la metafísica y en sus métodos deductivos; en los últimos años, es la metafísica quien llega a ser absorbida por la profecía. En la visión profética de la historia no se da una pura sucesión de hechos; los hechos están orientados hacia un cumplimiento que, en conjunto, son producto de la decisión de Dios y puerto de arribada del devenir histórico. En el tradicional convencionalismo de la hermenéutica profética, el acento se pone en la causalidad divina: desde el punto de vista del hombre, entre el horizonte último del devenir humano y el cumplimiento divino, está la catástrofe, el viernes santo de la historia. La tendencia de La Pira es poner entre paréntesis el viernes santo. El cual ya ha acontecido en Jesucristo, cuya Resurrección ha insertado en la historia una causalidad nueva, divina y humana al mismo tiempo, que tiene por efecto la instauración de un Reino plenamente humano, incluso dentro del horizonte histórico. La Pira habla de la Resurrección como de un hecho dentro de la serie de hechos históricos, dotado de una eficacia causal casi de orden físico, que actúa en lo profundo, como bajo las olas del mar encrespado en el que estamos y desencadena corrientes que guardan lo mejor bajo el aparente caos de la superficie. Es éste, “el milenarismo mitigado” que La Pira encontró expresado, con todas sus cautelas teológicas, por H.M. Féret en el ensayo *El Apocalipsis de san Juan. Visión crítica de la historia*. Desde aquel momento, aquella teleología de la historia, o mejor, de los “mil años” de paz y prosperidad, se convirtió en una de las “tesis de Florencia”. Lo encontramos expresado, de modo claro y sosegado, en una de sus cartas del 62:

*La historia de la Iglesia y de las naciones avanza: ¿hacia dónde? Ciertamente, en última instancia, hacia el desembarco eterno y celestial, hacia la Ciudad celeste; hacia los nuevos cielos y las nuevas tierras; hacia la Ciudad de*

*los resucitados, hacia la Nueva Jerusalén (Apoc. 21, 1 ss.; 22, 1 ss.); esto es verdad, pero es además verdad que, antes de este final desembarco eterno, hay un desembarco final histórico en el tiempo (Apoc. 20, 1 ss.); la historia de la Iglesia y del mundo avanza, por tanto, también hacia este desembarco, hacia este puerto en que encontramos gracia, unidad, civilización, ¡paz para todos los pueblos y naciones del mundo!*

En apoyo de esta tesis del “desembarco final histórico en el tiempo”, La Pira acostumbraba a citar no sólo los textos sagrados, sino también a líderes políticos de cualquier parte, desde Kennedy, que había inaugurado su presidencia precisamente señalando la “nueva frontera” de los diez mil años de paz, a Chu En Lai (en el 72: “la historia, a pesar de sus flujos y reflujos, va indudablemente y de manera irreversible, no hacia las tinieblas, sino hacia la luz”), Breznev (en el 73: “nuestra filosofía de la paz es una filosofía de optimismo histórico. A despecho de la complejidad y del carácter contradictorio de la situación contemporánea, estamos seguros del éxito de la ofensiva de paz que se ha extendido ampliamente”). Hablando en Varsovia, en el 75, descubre en los acuerdos de Helsinki “la prueba contundente, en cierto sentido, de aquella teleología histórica que indica en la unidad, en la negociación, en la justicia, en la libertad y en la paz, ¡el irrevocable curso –tan evidente en la época nuclear– de la historia presente y futura del mundo!”. Desde esta perspectiva, las conquistas de la ciencia se convierten, a sus ojos, en otras tantas etapas hacia la unificación del mundo, hacia la paz, y finalmente hacia la contemplación, puesta al alcance de todos cuando, gracias a la ciencia, hayamos alcanzado la sociedad del tiempo libre:

*La nueva era “utópica” será –dice en Dakar, en el 73– como Gioacchino da Fiore había intuido, una era, en cierto modo, más que de científicos, también ¡de “monjes y de niños”!*

Florenia tenía todos los títulos para ser la ciudad de esta armonía entre ciencia y contemplación. Acogiendo un congreso de científicos del espacio, les recordó –estábamos en el 54– que la navegación en el espacio conserva sus orígenes propios en la búsqueda cósmica dirigida desde Galileo hasta Arcetri. En aparente contraste con su temple claustral, sentía un gran entusiasmo por las conquistas de la ciencia, precisamente porque abrían nuevos escenarios a su necesidad de contemplación, cuyo primer objetivo, en la línea de Teilhard de Chardin, no era Dios en sí, era la humanidad llegada finalmente a su plena madurez.

Esta era su manera de proponer, con los mismos rasgos de totalidad, la alternativa dialéctica a la estrategia del terror: o la plenitud o la destrucción; *to be or not to be*. En la carta con la que quiso dar a conocer a Fanfani el texto de la declaración que había comunicado a la NASA, el día del desembarco sobre la luna, le explicó, de modo conciso, tanto su lectura bíblico-profética del acontecimiento,

como el estupor por la sustancial indiferencia con la que fue recibido en el mundo político italiano:

*Las líneas misteriosas (pero “reales”) de las visiones bíblicas y de las profecías bíblicas y de san Juan, aparecen verdaderamente transcritas –en prospectiva- en la nueva historia del mundo (¡y Lenin!); profecía y ciencia convergen y (en cierto modo) se identifican.*

*Este “mar de la tranquilidad” es el puerto de partida de la nueva navegación histórica hacia los puertos de llegada de la paz mundial.*

*No es ésta una utopía: es la historia (inevitable) del mundo (aún cuando sombras y resistencias nos resten todavía). ¿E Italia? ¿Y la DC? ¿No es éste –precisamente éste- el momento de insertarse dentro del “movimiento infinito” de la nueva historia? ¿Cómo? Dejando atrás a “los muertos” y abriéndose a las grandes –cósmicas- perspectivas de los vivos!<sup>4</sup>*

## **Los ejes de la nueva historia**

El “movimiento infinito de la nueva historia” podía ser concebido y vivido sólo si se estaba libre del viejo realismo –puesto fuera de juego por los nuevos acontecimientos que habían unificado el destino del mundo- y libre de las ideologías nacidas y desarrolladas en nombre de aquel realismo. Pero, ¿acaso, levadas las anclas de los puertecillos de aquellas viejas visiones del mundo, se está fatalmente destinado a lanzarse en el vasto océano de la imaginación, sin aferrarse al movimiento concreto de las cosas? La Pira estaba convencido de lo contrario, estaba convencido de que sólo así se entraba en la efectiva dinámica de la historia, brotada no de los libros sagrados, sino de las tinieblas del último conflicto mundial. No había sido él quien había esculpido sobre la pared de la sede de la ONU, las palabras del profeta Isaías: “Forjarán sus espadas en arados, sus lanzas en hoces; un pueblo no alzaré su espada contra el otro, no se ejercitarán más en el arte de la guerra”. En este “mandamiento de Isaías” –así lo llamó Kennedy- se reconocieron todos los pueblos que en 1948 firmaron la declaración de las Naciones Unidas. Ella define “los ejes de la nueva historia del mundo”, que es la coexistencia pacífica, así como ha sido formulada poco a poco por los máximos representantes de la dialéctica política internacional. La Pira gustaba recordar el acuerdo chino-indio estipulado sobre el Tíbet, en el 54, por Chu En Lai y Nehru, los cinco puntos de los acuerdos de Bandung, en el 55, las propuestas convergentes entre Kennedy y Kruschév que llevaron al pacto del 5 de agosto del 63. La premisa de todo silogismo político era ya el desarme universal que se proponga

4 A. Fanfani, *Giorgio La Pira*, cit., pp. 145-146.

como objetivo la “efectiva unificación, pacificación y promoción de los pueblos de todo el planeta”, y que se mueva hacia este fin “mediante una estrategia cada vez más elaborada de disminución de los armamentos nucleares”, es decir, “mediante la creación de zonas desnuclearizadas que se amplíen cada vez más hasta extenderse a todo el planeta”. Al mismo tiempo se daría “la gradual y contemporánea desaparición de la OTAN y del Pacto de Varsovia” y la ampliación de la ONU mediante la integración de otros países, comenzando por China, hasta la reunificación mundial. La conversión de los gastos militares en gastos de paz permitiría la elaboración y puesta en práctica de grandes planes económicos y de desarrollo a dimensión mundial, condición principal para la construcción de un “nuevo sistema único del mundo” (*Antología VI*).

Esta era la carta de navegación propuesta por La Pira, de manera amplia y analítica, en el 69, en tres ocasiones diferentes: Estocolmo, en abril, Berlín, en junio y Budapest, en octubre. Por su parte, la había adoptado ya desde hacía por lo menos diez años, tomando iniciativas personales –comenzando por su viaje a Moscú, en agosto del 59- o participando en encuentros promovidos por las organizaciones pacifistas.

Coherente con el principio inicial del nuevo realismo político –según el cual la paz no puede dejarse únicamente en manos de los Estados, ahora que ella era la condición misma de la supervivencia del género humano, sino que es tarea de las ciudades e incluso de cada ciudadano, sin tener en cuenta su carnet de identidad- La Pira, ya antes de ser exonerado de sus obligaciones de administrador, había dado inicio a una diplomacia rica en creatividad y pasión, de la que incluso había dado la fórmula: abatir muros y construir puentes (*Antología IX*). Carecía de valija diplomática con misiones secretas; ni se hacía portavoz de ésta o aquella corriente política. Iba desarmado, con abierta sencillez, sin poner velos a sus inspiraciones, programando sus itinerarios como un peregrino medieval que mide el tiempo y el espacio con criterios totalmente ajenos a las cancillerías del poder. Acentuando esta identidad suya no prevista en los protocolos diplomáticos, lograba hacer sentirse cómodo al interlocutor, habituado, en general, a escuchar palabras bajo las cuales era normal sospechar alguna trampa.

## **En los dos “santuarios”**

El hecho es que fue el propio Kremlin, donde sólo se conocen los santos representados en los iconos de las vecinas basílicas, quien atendió a mensajes entretejidos con argumentaciones realistas y peroraciones puntuales de garantías celestiales. La correspondencia entre La Pira y Kruchev, de otoño del 61, ha quedado como un documento sin igual en la historia de la diplomacia: ningún hombre del poder, ni ningún pontífice romano, se ha dignado nunca dar a La Pira una

contestación pública tan detallada, tan respetuosa y tan comprometida como la que el jefe del Kremlin escribió al alcalde de Florencia. Quien, por otra parte, merecía tanta atención porque sabía dirigirse a la URSS sin ninguna cesión ideológica, pero con un profundo respeto, me atrevería a decir, con una profunda simpatía por lo que la Unión Soviética significaba en su visión dinámica de la historia. Creía en serio en la promesa de la Virgen de Fátima de que Rusia se convertiría, incluso quiso rubricar su viaje a Moscú, en el 59, como un verdadero y particular peregrinaje de Fátima a Zagoriks, el lugar sagrado de la Rusia cristiana (*Antología III*). La conversión no comportaba ya la vuelta al “mundo libre” que él había pedido en su apelación del 52 al inaugurar los Congresos, comportaba sólo la refutación de las ramas secas del ateísmo y la dedicación a la causa de la paz y de la unidad del mundo. Kruschev, Mao Tse-Tung, Ho Chi Min eran, a sus ojos, más que exponentes del marxismo, los guías de pueblos enteros que, como Ciro en el libro de Isaías, podían muy bien estar al servicio, más allá de sus intenciones, del advenimiento del Reino de Dios, es decir, en el lenguaje lapiriano, del “milenio” de paz y de prosperidad. Y así, la devoción religiosa que, por lo general, alimenta la cerrazón, intransigencia y antagonismo, se invertía en una intrépida disponibilidad para aceptar los resultados de la historia unidos a la enseña de ideologías en sí mismas inaceptables. Pudiera también darse que el Papa Juan, al escribir la página más famosa de la *Pacem in terris*, aquella en que se hace la distinción entre los movimientos sociales y las ideologías en las que originariamente aquellos se inspiran, tuviese en mente también la lección de La Pira. Es probable que Togliatti, al exponer su *Memorial de Yalta* – una abierta denuncia, en nombre de los derechos humanos, del sistema soviético, y una invitación a reconsiderar diversamente el hecho religioso- haya pensado en el testimonio de La Pira, y en particular en sus repetidas invitaciones a “enterrar, tras el cadáver de Stalin, también aquél del ateísmo de Estado”. La Pira participó repetidamente en congresos promovidos en las ciudades del este: Moscú, Leningrado, Budapest, Varsovia, y siempre en nombre de la coexistencia pacífica, sin poner en cuestión el sistema económico de aquellos países que, en su perspectiva, siempre dirigida al futuro, podía muy bien, en una relación de pacífica confrontación con el del Oeste, dar lugar a un nuevo orden comprensivo de los valores de ambos. No hablaba nunca como hombre del Pacto Atlántico. Su línea coincidía de inmediato con las ideas de desnuclearización que habían venido, precisamente, de hombres del área soviética. La credibilidad que así conseguía ganarse en los ambientes soviéticos, le permitía ayudar al propósito del Papa Juan de tener en el Concilio, como observadores, también a representantes de la iglesia ortodoxa.

Más allá del Atlántico, el verdadero punto de referencia de La Pira, era el palacio de las Naciones Unidas, cuyo secretario U-Thant se había convertido en ciudadano honorario de Florencia. Y había sido, en sus mil días de presidente, John Kennedy, de quien La Pira había sacado los términos para la formulación

general de la nueva política requerida por la era atómica, en este caso, superar la barrera del terror para alcanzar los “diez mil años” de paz.

Los años de oro de la utopía lapiriana habían sido precisamente aquellos de la presidencia Kennedy, que había posibilitado el pacto USA-URSS del 5 de agosto del 63, el *fiat lux* de la nueva creación histórica. En los años de Kennedy, de Krusciov, del Papa Juan, La Pira se paseaba por el mundo como si tuviese entre las manos los racimos de la tierra prometida. A los tres meses del pacto nuclear, Kennedy fue asesinado. El 4 de diciembre del mismo año, La Pira hizo una emocionada evocación suya en Moscú, en la Mesa redonda Este-Oeste. Fue en aquellos días moscovitas cuando Nicola Pistelli (“tú eres nuestro Kennedy”, le decía La Pira) lo persuadió para un viaje a América, de donde había regresado con la impresión de que los dos pueblos, el de USA y el de la URSS, habrían hecho por entenderse. Y La Pira fue a América, en octubre del año siguiente, cuando Pistelli, su Kennedy, víctima de un incidente automovilístico, estaba también él en la tumba. Según las intenciones de Pistelli, La Pira habría debido exportar a América su teoría de las ciudades como verdaderos sujetos de la política de paz.

El discurso que pronunció en Filadelfia (la ciudad de la “declaración de independencia”, hermanada con Florencia) el 11 de octubre del 64 –el *Columbus day*– es de inspiración kennedyana, si bien, sobre la línea del tema principal de La Pira, aquél del papel de las ciudades, utiliza ampliamente, como requería la circunstancia, la semejanza de destino histórico de Florencia y Filadelfia: “dos ciudades de génesis”, dos “ciudades manantial”, “para la historia y la misión del pueblo americano, la una, para la historia y la misión del pueblo florentino y del pueblo italiano y, en cierto modo, del pueblo de Europa, la otra”.

Pero, aparte de este encuentro a nivel municipal y los contactos con algunos protagonistas de la “otra América”, como aquellos con el monje profeta Thomas Merton, la visita más allá del Atlántico no sirvió para establecer un verdadero punto firme en la trama de la diplomacia de La Pira, que estaba a punto de afrontar los años oscuros de la crisis vietnamita.

Pocos meses más tarde, precisamente mientras en el consejo municipal se consumaba la expulsión de La Pira, los Estados Unidos, bajo la dirección del presidente Johnson, iniciaban en Vietnam la fase de bombardeos, poniendo en riesgo el ya precario equilibrio del terror.

## **Una golondrina no hace verano**

En abril del 65, por iniciativa de La Pira, se desarrolla en Forte Belvedere el Simposio internacional sobre la cuestión del Vietnam. El Simposio concluyó con el envío de una llamada a numerosos jefes de Estado, entre ellos también al de Vietnam del Norte. El 15 de mayo, Ho Chi Min responde, escribiendo directa-

mente a La Pira, precisando que el restablecimiento de la paz hubiera sido posible si los Estados Unidos se hubiesen decidido a respetar los acuerdos de Ginebra del 54, entre los cuales estaba, en primer lugar, la retirada de tropas extranjeras de territorio vietnamita.

Durante el verano, la situación en Vietnam se agravó: en septiembre, La Pira, acogiendo la invitación a trasladarse al lugar para darse cuenta de la situación, decidió ir a Vietnam, de forma totalmente privada (reunieron el dinero entre amigos), haciéndose acompañar del joven profesor de física Mario Primicerio. Tras un accidentado viaje vía Varsovia y Pekín, está en Hanoi el 8 de noviembre, recibido de manera casi oficial. El primer ministro Pham Van Dong lo espera sobre la escalinata del palacio, rodeado de colaboradores de primer orden.

Mientras se desarrollan las conversaciones, cuenta un testigo, “una puerta se abre y hace su entrada un viejecito delgado con barbita filiforme: “¡Buenos días, La Pira!” , saludó con una sonrisa Ho Chi Min, en un italiano incierto, pero reconocible. La conversación (en francés) con el “tío Ho”, Pham Van Dong y los otros duró más de dos horas. La Pira toma apuntes, interrumpiendo de vez en cuando el hilo del discurso, para controlar éste o aquél punto con sus interlocutores. Al término del coloquio, Ho pregunta: “Y bien, señor La Pira, ¿qué piensa que ocurrirá ahora?”. “No lo sé”, fue la respuesta, “nosotros somos sólo una golondrina: que no hace verano, como dice un refrán nuestro. Pero quizás, por el contrario, tras de nosotros vengan otros”. La Pira le regaló una reproducción de una Virgen de Giotto y luego le pidió... prestado un poco de dinero (se había quedado sin él), necesario (como dijo con su característica sencillez) “para evitarle la molestia”(el gobierno vietnamita le obligaba a tener alrededor de 300 dólares)”<sup>5</sup>.

De regreso en Florencia, los dos “embajadores” telegrafiaron los resultados de la conversación a Fanfani –entonces presidente de la asamblea de la ONU y elegido como canal por ambas partes- para prevenir a la Casa Blanca. El mismo Primicerio se acercó al Palacio de la ONU para procurar una más completa información. Fanfani escribió solícito sobre el asunto, a Johnson, pero, no obteniendo correspondencia, convocó al embajador de los EEUU ante la ONU, Goldberg. En este punto las cosas se vuelven confusas. Por cuanto explica Fanfani, el Secretario de Estado Rusk, levantó algunas sospechas sobre el tenor de algunos requerimientos vietnamitas. “Debidamente requeridas, escribe textualmente Fanfani, a través de los embajadores de Italia y Hanoi en Varsovia, se pidieron aclaraciones a Ho Chi Min, esperando respuesta. Los términos de la misma pudieron ser sometidos a Rusk sólo el 21 de diciembre, cuando hacía ya cuatro días que, por indiscreción de un diario de Saint Louis y la continuación de los bombardeos, el frágil

5 John M. Scythe, *Vietnam, una missione di pace*, en Giorgio La Pira, “Testimonianze”, 1978, 203-206, p. 434.

hilo anudado por La Pira podía darse por quebrado”<sup>6</sup>. Pero ¿qué había de tanta importancia en los resultados de los coloquios mantenidos en Hanoi? La respuesta está en una carta que La Pira escribe a Fanfani de vuelta del viaje, el 18 de noviembre del 65.

*La novedad surgida de nuestros coloquios (novedad profunda, transformadora, respecto a las posiciones anteriores de Hanoi) es ésta, el gobierno de Hanoi está dispuesto a iniciar las negociaciones (Ho Chi Min ha dicho: “estoy dispuesto a ir a cualquier parte; encontrarme con quienquiera que sea”) sin exigir primero la retirada efectiva de las tropas americanas...*

*La máxima dificultad que se oponía al inicio de las negociaciones estaba, justamente, constituida por el hecho de que hasta ahora Vietnam había exigido, como acto preliminar a toda negociación, la retirada efectiva de todas las tropas (“... hasta que haya un solo soldado americano... etc”): ahora este obstáculo está eliminado; esta piedra de tropiezo ha sido quitada; el camino de la paz puede ser -¡si se quiere!- recorrido rápidamente. ¿Se podía conseguir más?<sup>7</sup>.*

El “frágil hilo anudado por La Pira” se quebró porque hubo quien quiso quebrarlo, utilizando los medios de información para hacer pasar la iniciativa de paz por una de tantas ingenuidades del profeta florentino.

## **La vuelta antihistórica. Europa más allá de los bloques**

Siete años después, el 6 de octubre del 72, en el congreso mundial promovido en Quebec por grupos cristianos por Vietnam, La Pira les preguntará: “pero ¿para qué tantos pavorosos desequilibrios mundiales, tantas víctimas humanas, tanto fuego vertido sobre una de las naciones más prestigiosas de la tierra?”. La respuesta está en el imprevisto cambio ocurrido a partir del incidente, en el 64: los Estados Unidos han abandonado la política de las nuevas fronteras kennedyanas.

*Abandonada la “filosofía profética de Isaías”... se ha pasado a la “filosofía de la fuerza” de signo maquiavélico: ¡una filosofía antihistórica, porque es estructuralmente contradictoria con el contexto novísimo de la era atómica y espacial del mundo! De la filosofía de la historia, conforme al sentido de la historia en general y de la era atómica en especial (la edad de la guerra imposible y de la paz inevitable y, por ello, carente de alternativas a la negociación global) se ha pasado a una filosofía de la historia, precisamente, en radical contradicción con el curso del río histórico y tendente, por ello, en vez de hacia la paz, el desarme, la unidad del género humano, hacia el creciente equilibrio del terror, hacia la sepa-*

6 A. Fanfani, *Giorgio La Pira*, cit., pp. 140-141.

7 A. Fanfani, *Giorgio La Pira*, cit., pp. 140-141.

*ración, la injusticia, y, en última instancia, ¡hacia la guerra entre los pueblos de toda la tierra!*

En su conferencia de Leningrado, en el 70, La Pira echa una mirada sobre los acontecimientos del último retazo de los años 60 que indican una alternancia de esperanza y desilusión. En este paisaje adquieren un perfil de señales de la trágica inversión del curso histórico, las manchas de sangre en torno a los cuerpos de Luther King, Robert Kennedy, Che Guevara y Camilo Torres. En el 68, con los hechos checoslovacos, la contraposición entre la OTAN y el Pacto de Varsovia se hace más radical: “el equilibrio del terror está en aumento”. Pero no faltan indicios de un cambio de tendencia; entre ellos toma relieve, a sus ojos, la contestación juvenil: “un movimiento revolucionario (que) parece atravesar de cabo a rabo este continente”. La tendencia de La Pira (una tendencia en la que la voluntad lleva la mejor parte sobre el rigor de la razón) es la de “forzar el nacimiento de la aurora”, por repetir una expresión tan querida para él, es decir, evidenciar los acontecimientos en que el férreo encadenamiento de los hechos negativos parece interrumpirse, para hacer emerger posibilidades convergentes con la “filosofía profética de Isaías”.

El discurso de Leningrado es un documento elocuente al respecto. Y es también una crónica impresionante de la intensa actividad de viajero diplomático desarrollada por La Pira desde el 67 al 70. Una actividad que se ha inspirado en dos ideas fundamentales, en las que encuentra definición precisa la ideología operativa que ha guiado a La Pira en sus últimos años: la idea de la inevitabilidad de la solución política y no militar de todos los problemas del mundo (y es ésta la constante de la nueva política inaugurada desde el acontecimiento apocalíptico), que es una sola cosa con la idea de la emergencia de Europa –de toda Europa– liberada de los bloques y transformada de tierra de contestación en tierra de paz, en “tienda de paz”; punto de partida de la *descalation* mundial y, por ello, de la negociación, de la unidad y de la paz mundial; la idea que la estructura triangular, Israel, Palestina, Estados Arabes, seguida de la emergencia palestina, se ha convertido en el nudo del Mediterráneo, de Europa y del mundo.

El ideal europeo de La Pira no coincide con aquél que había tomado cuerpo con la CEE. En el discurso de Sofía, al Congreso de la Federación de las ciudades unidas, del 72, lo precisa con claridad:

*Europa, desde el Atlántico a los Urales, debe encontrar su unidad histórica de fondo, al menos debe iniciar el abatimiento de los muros de divisiones (OTAN y Pacto de Varsovia) y debe, en lugar del muro, construir un puente: debe por ello comenzar la descalation nuclear: deben ratificarse los pactos Bonn Moscú y Bonn Varsovia: y debe ser convocada dentro del año aquella conferencia para la seguridad europea que será, de algún modo, el órgano del gran proceso unitivo*

*de toda Europa, destinado a cambiar la imagen histórica, no solo de Europa sino del mundo entero.*

Las etapas de esta unidad europea, La Pira las había indicado minuciosamente tres años antes, al Consejo mundial por la paz: comenzar por el acuerdo entre las Alemanias y proceder, según las indicaciones ya dadas en los años 60 y contenidas en la propuesta de Rapacki y Gomulka, desmilitarizando algunas zonas de especial tensión, abriendo así Europa a su verdadero destino, el de la promoción de los pueblos del Tercer Mundo, que ya, en la conferencia de Bandung, habían lanzado una llamada en este sentido a los dos bloques del norte. La idea de una Europa lanzada como puente hacia el Tercer Mundo, era tan central en La Pira que lo convirtió en el verdadero objeto de su proyecto de una Universidad europea a instituir en Florencia. Debería haber sido el crisol de las culturas de los dos hemisferios y no, como es hoy de hecho y de derecho, una institución reservada a estudiantes de los países de la CEE.

En el decenio de actividad diplomática siguiente al 65, La Pira no hizo más que traducir en propuestas, a la medida de las posibilidades poco a poco maduras en el contexto internacional, su imagen del Mediterráneo como verdadero baricentro de Europa y como espacio de mediación entre Europa y el Tercer Mundo. Y lo hizo siempre con una pasión casi angustiada, como en su llamamiento de Berlín, en el 65:

*Desnuclearizar Europa y el Mediterráneo: quitar de Europa y del Mediterráneo las dos tiendas del terror (OTAN y Pacto de Varsovia) y plantar en ellos –al servicio de los pueblos del tercer mundo y de todos los pueblos de la tierra- ¡la tienda de la paz!*

## **En el “triángulo” del Medio Oriente**

Cuando hablaba de la “tienda del terror” instalada en el Mediterráneo, La Pira no preveía los años de Gadhafi y Reagan, sino veía con claridad aquello que pocos veían: en la jerarquía geopolítica de los puntos críticos del equilibrio internacional, el decisivo no era el muro de Berlín, era el foso del Mediterráneo, y, en el Mediterráneo, estaba el conflicto árabe-israelí. El Mediterráneo era observado no desde Bruselas, sino desde Jerusalén: una vez, por tanto, la óptica de la profecía coincidía de verdad con la del realismo político (*Antología VII*). Dos años antes del discurso de Berlín, se había dado la guerra relámpago de Israel contra Egipto, Jordania y Siria: el arreglo territorial del Medio Oriente resultó modificado por ella, en perjuicio de los Estados árabes. Aprovechando las amistades que había hecho en los años de los Coloquios mediterráneos, La Pira se acercó a los lugares en conflicto, con la posibilidad de moverse de una a otra parte de la frontera todavía caliente, y tuvo conversaciones con el ministro de exteriores israelí,

Abba Eban, y con el mismo Nasser. La guerra había modificado y complicado el problema árabe-israelí, porque desde aquel momento los palestinos cesaron de ser únicamente objetivo de las atenciones humanitarias de las grandes potencias y se posicionaron como sujeto político autónomo. La OLP fue reconocida por la cúpula de Rabat sólo en el 74, pero La Pira no esperó a aquella fecha para establecer contactos con Arafat. El plan de los palestinos era, en aquellos años, la constitución de un estado laico y democrático en el que pudieran convivir musulmanes, hebreos y cristianos, y que comportaba la disolución del Estado de Israel. La Pira se empleó, desde el principio, en persuadir a Arafat de la necesidad del reconocimiento del estado de Israel. Como revelará en el Congreso del IPALMO en Cagliari, en el 73, le había pedido a Nasser la reapertura del canal de Suez, como primer paso para derribar el muro de la desconfianza entre las partes: también por parte de Israel –le dijo- se esperaba este gesto. Nasser se mostró dispuesto, pero su propósito fracasó al remontarse los incidentes bélicos. La tesis florentina, que La Pira había expuesto en las dos capitales y que concretará en un discreto encuentro ocurrido en Israel en el 70, revelado por él en el discurso de Cagliari, era la del diálogo triangular:

*La solución del problema palestino no puede ser más que política; el posible diálogo político árabe-israelí no puede ya (si de verdad quiere ser eficaz y decisivo) sino hacerse a tres bandas: Israel, Palestina y los Estados Árabes. Indicamos también esta tesis, epistolarmente, a Arafat. Esta “tesis florentina” del triángulo aparece cada día como más válida. Todos están, en cierto modo, persuadidos que la negociación y la paz árabe-israelí pasan inevitablemente por este triángulo.*

“¡Dejadme terminar con este sueño!”, escribirá, cinco meses antes de morir, a los participantes en el encuentro euro-árabe, tenido en Florencia, precisamente en Palazzo Vecchio, el 22 de abril del 77. Fue como si el cielo hubiera querido tener con él un gesto de ternura: precisamente en la sala donde, veinte años antes, él había puesto en marcha los Coloquios mediterráneos, tuvo lugar una generosa tentativa de diálogo de los pueblos de Europa, ya pacificada en Helsinki –así se atreve a escribir en su mensaje-, con los países árabes. El objetivo del diálogo no podía ser, como veinte años antes, sino “devolver certidumbre a la esperanza, enraizada en Abraham, de reconciliar a Israel con Ismael”. Ya prisionero de su enfermedad, La Pira dictó, sin quererlo, su despedida, y la dictó resumiendo el sentido de todas sus luchas en estas palabras: “No hay más que retomar el camino de Florencia, el camino de la convergencia”, que, en este caso, era el camino predicho, con sugerente exactitud geográfica, por Isaías: “En aquel tiempo habrá un camino desde Egipto hasta Siria... Israel, la tercera con Egipto y Siria, será bendita en medio de la tierra”.



# Capítulo IX

## Una iglesia por la paz

---

### El espacio teologal

Precisamente, mientras entre la segunda mitad de los años 60 e inicios de los 70, se densificaba y extendía la red de sus contactos diplomáticos, La Pira se iba encontrando cada vez más solo. Sus puntos de contacto con la historia seguían anclados en aquellos mesianismos, pero sus apariciones en los medios eran cada vez más raras y, a su alrededor, quisiera decir bajo sus pies, el mundo cambiaba de signo.

Nunca me ha abandonado su recuerdo, estirado sobre la cama de su pequeña habitación con los postigos entreabiertos, apenas iluminado por la luz que se filtraba a través de las persianas. Eran los días de Navidad del 65. Permaneció así horas y horas, puede que días, sin pronunciar palabra, moviendo apenas los labios en la oración. Vuelto del Vietnam, hecho objeto de una infame campaña periodística, se convierte en un leproso para todos, incluso para muchos de sus amigos. Me había dicho una vez: “nuestra suerte de cristianos es que, cuando se hundan nuestras esperanzas históricas, nos podemos refugiar en la esperanza teologal”. “Es una esperanza inmensa, había escrito a Fanfani en el 56, que me da hoy día la fuerza para trabajar y esperar. Porque, finalmente, la ciudad que buscamos no es Florencia, ni Roma o Arezzo”.

Cometeríamos una injusticia con la verdad de La Pira, si no examináramos, de modo más directo de cuanto lo hemos hecho hasta ahora, el “espacio teologal” que él habitó. Es el espacio que atraviesa la historia, pero no se identifica con ella. En cuanto atraviesa la historia, aquel espacio era, para La Pira, la iglesia, más bien la iglesia católica, apostólica y romana. Aquella fue la verdadera casa de La Pira, cuyos afectos domésticos nunca entraron en crisis y mantuvieron inmutable su forma pura con el cambio de las estaciones eclesiales.

Se podría decir que, en verdad, él fue, a su modo, un hombre de iglesia *in rebus temporalibus*. En los momentos más creativos de su actividad, esta cualidad podía incluso quedar en la sombra, así como los arquetipos jungianos quedan latentes mientras que nuestro contacto con la realidad es fecundo y sin aflicciones, y sale a flote, por el contrario, cuando la realidad nos empuja contra nosotros mis-

mos y nos obliga a reencontrar, entrada en crisis la pública, nuestra identidad primaria, nuestro principio de individuación.

Una tras otra, las ligaduras concretas entre La Pira y la realidad política, entraron en crisis, en muchos casos hasta romperse. Comenzando por aquella con su ciudad. La responsabilidad de haber puesto a La Pira fuera de juego de la vida política florentina, escribe entonces Gianni Meucci, “no se puede hacer recaer exclusivamente sobre los dirigentes políticos democristianos, sino que afecta a toda la comunidad católica florentina, también en sus encarnaciones de más responsabilidad”.<sup>1</sup> Y añadía, con clarividencia, que la esperanza humana pisoteada y el decaimiento de toda tensión moral, tendrían siniestras repercusiones en el futuro de la ciudad y, en particular, en la capacidad de la iglesia local para presentar el mensaje evangélico.

Un primer efecto de esta marginación de La Pira –o mejor, de la nueva dirección, política y eclesial, de la que aquélla fue únicamente el síntoma más llamativo- se puede ver en la diáspora de aquella base católica que, en Florencia como en Italia, había encontrado en La Pira una incitación a no romper la disciplina impuesta, en aquellos años, a los católicos, incluso en las elecciones políticas. Para las nuevas generaciones de creyentes, especialmente tras el 68, el sendero trazado por La Pira, quedó como un camino cortado. El pluralismo político, legitimado por el Concilio, comenzó a convertirse una praxis extendida entre los católicos italianos, y La Pira mostró no saberlo compartir, así como mostró no saber entender la novedad eclesial de la que eran portadoras las comunidades de base, con su vivaz demanda de autonomía y corresponsabilidad en la vida de fe.

Marginado, por diferentes razones, de “su” partido, de las instituciones eclesásticas y de las nuevas tendencias políticas y eclesiales emergidas en la catolicidad tras el Concilio –el así llamado “dissenso”- no quedaba a La Pira más que el mapa del planeta, sobre el que trazar, según los postulados de la “historiografía de lo profundo”, sus itinerarios de paz. Pero también en estos itinerarios ¡cuántas ingerencias, actualmente! Una tras otra, las velas de su profecía anticipadora eran apagadas por los “vientos contrarios”, como solía llamar a los procesos adversos a la esperanza de paz. Y a su alrededor la sociedad cambiaba de carácter, sentía ya los escalofríos de la cruda estación que en nuestro calendario popular se llamaba “los años de plomo”. Y así, año tras año, la manera más auténtica de sentirse ciudadano de este mundo, se convierte para él en la referencia a la iglesia en su consistencia geopolítica.

1 Gianni Meucci, *Per Giorgio La Pira*, en “Testimonianze”, mayo 1966, p. 290.

## A la búsqueda de Constantino

Su visión de la iglesia sigue siendo aquella que, con el trasfondo de las grandes síntesis medievales, el magisterio católico había elaborado hasta Pío XI y Pío XII. El hecho determinante de la historia, era para él –como para Dante, en *De Monarchia*- el encuentro entre la iglesia y el imperio. Como observa justamente Fabrizio Fabbrini, la reflexión teológica de La Pira se apoyaba sobre la romanista, la cual, a su vez, se encuadraba en el finalismo cósmico de tipo aristotélico. “Una vez reconstruido el sistema orgánico y ordenado de las relaciones humanas, como correlato de las leyes mismas que presiden el universo físico, químico, biológico, he aquí cómo brota la consecuencia fundamental: concebir todo el mundo como sistema de relaciones jurídicas –¡es el imperio de Augusto!- y modelar, según dicho sistema, a la misma Iglesia, llamada a la misión de llevar a la humanidad sobre el camino de la paz”<sup>2</sup>.

La edad augusta, este lugar teológico del pensamiento medieval, se convierte, con el andar de los años, en el centro de su visión del mundo finalmente unificado, en el que veía el inevitable desembarco de la historia presente. No sin motivo, gustaba decir La Pira, que gracias al censo querido por Augusto, Jesús había sido ciudadano romano y que, cual subdito del imperio, se había sometido al juicio de Pilatos, es decir, del emperador Tiberio César, al cuál había querido que se pagase el tributo.

Desde las orillas fenicias del Mediterráneo, así fantaseaba La Pira, Jesús miró a Roma, más allá del mar, fue impactado por la estructura imperial hasta el punto de querer modelar sobre ella a la iglesia, y traduce esta voluntad al otorgar a Pedro la facultad de atar y desatar, otorgamiento que se da, como sello de esta divina estrategia, en una ciudad romana, Cesarea de Filipo.

En los últimos años, casi para confortar su marginación, ya carente de puntos de apoyo, como la paloma del arca, se entrega, sin atenerse a las distancias del tiempo, a combinar, con un extrovertido *divertissement*, los momentos de la iglesia desde los orígenes a los del presente y los del futuro. En los márgenes del libro de Marta Sordi, *Cristianismo e imperio romano* (ed. Cappelli 1965), anota, como nos informa Fabbrini, a propósito del encuentro de Pablo y Bernabé con el procónsul Sergio: “estrategia de los vértices”, y a propósito del tumulto organizado en el templo de Diana, en Efeso: “¡La Patronal!”; el Pretorio es definido: “Pentágono”; la casa imperial de Tiberio es equiparada a la “Casa Blanca”; Séneca a “Kissinger”.

<sup>2</sup> Fabrizio Fabbrini, *L'influenza del diritto romano sulla spiritualità di La Pira*, en *La Pira oggi*, Cultura editrice, p. 97.

En una carta a Fanfani, del 1 de julio del 71, resume, atribuyéndolo a una particular iluminación divina, las “tesis de Cesarea”, con el augurio de que “los guías políticos italianos” lo adopten para traer luz sobre el destino histórico de Italia, que ha de “convertirse en el gran puente que una todos los pueblos de la tierra”, construir en suma, “en las dos orillas del Tevere”, “el inevitable *Ara pacis* del mundo”. Aquel destino está señalado por la “centralidad de la sede apostólica, centro de gravedad y de convergencia de todas las naciones (China incluida)”. “Los Estados del Este del mundo, del Sur de mundo, están dispuestos para la reemergencia de esta centralidad”. Es difícil comprender sobre qué datos de hecho, apoyase La Pira esta “estrategia de Roma, punto de Arquímedes de la nueva historia de los pueblos” En cuanto a las fuentes, él mismo lo indica en la carta a Fanfani: son Dante Alighieri, en el canto VI del *Paradiso* y en el *Convivio*, y en cierto P. Benedetto d’Orazio, en su libro *El misterio de Roma*, del 65 (“en venta, precisa La Pira, en calle Merulana n.31”) “que pone a las claras el plan de Dios para Roma”. ¡Un bonito salto cualitativo, en relación a Isaías!<sup>3</sup>

Me inclino a pensar que a favorecer este colapso de la profecía, en la más o menos arbitraria fabulación, mucho había influido, sobre el umbral de los años 70, la extensa ola del 68, que La Pira había comparado al libre vuelo de las golondrinas en el cielo. Desvinculadas de trabas ideológicas, las nuevas generaciones se habían movido, por un momento, hacia un mismo objetivo, la unificación del mundo, que sólo habría podido darse descabalgando la autoridad de los Estados Unidos y, finalmente, también el muro de separación entre Este y Oeste, entre Norte y Sur. Entre todas las instituciones, sólo la Iglesia había dado signos de percibir las nuevas dimensiones de la historia. No sólo en el Concilio, sino también en las encíclicas de los papas -desde la *Pacem in terris*, más bien desde la *Mater et Magistra*, de Juan XXIII, a la *Populorum Progressio*, de Pablo VI- había cultivado poco a poco, en sus disertaciones, un aire de universalidad que era impensable entreverar en las ideologías dominantes. ¡La Iglesia estaba preparada a dar el salto a la nueva época! Faltaba Constantino, es decir, faltaba un jefe que, con su conversión, hiciera confluir en los espacios de la iglesia a la parte de la humanidad aún ausente, y permitiese así la reconstrucción de una nueva *Respublica Christianorum*. Pero también este acontecimiento estaba ya a las puertas. Lo afirmaba la profecía de la Virgen de Fátima sobre la conversión de Rusia, una profecía que siempre ha formado parte de la envoltura de certidumbres cristianas de La Pira. Esta vez Constantino no podía más que venir del éste. En la espera, los ojos de La Pira quedaban fijos en Pekín y en Moscú, sobre todo Moscú. En el 57 había osado incluso tentar a Kruschev, con el augurio de que el Señor hiciese por él lo que hizo “por Constantino, Clodoveo, Carlo Magno y por los más grandes caudi-

3 A. Fanfani, *Giorgio La Pira*, cit., pp. 151-152.

llos de los siglos pasados: hacerlo un creyente y por ello constructor, en la fe, de una sociedad de hermanos”.

### **“Mundanía” de la iglesia**

Al reconstruir “la doctrina de Cesarea”, con que La Pira creía poder hacer frente a las cuestiones fundamentales planteadas por la era atómica, siento, hoy, un malestar todavía mayor que el sentido cuando le escuchaba en las innumerables variaciones a las que él se abandonaba, en las conversaciones espontáneas. Escuchadas en vivo, las palabras que, leídas en una página, parecen intolerables, tenían, en efecto, la ligereza y gratuidad de la metáfora poética, parecen aludir a otro. Pero el malestar también lo había entonces, y puede que esté en la causa del distanciamiento que gradualmente tomé con él. Un despego que, por lo demás, no ha sido nunca ruptura, porque ha quedado siempre incluido en la exigencia, ¿cómo diría?, de un respetuoso desciframiento de lo incomprensible. Pero, ¿por qué –me preguntaba- este hombre, que es él mismo sólo cuando está en medio de los pobres, lejos de los Palacios del poder, no llega ni a razonar de la iglesia sino como de una pirámide sagrada con el vértice en la “sede de Pedro”, ni a diseñar las vías de cambio del mundo sin dar crédito a la “estrategia de los vértices”, sagrados y profanos? ¿No es él quien ha reconocido a las ciudades el papel en otro tiempo confiado a los Estados? ¿No es él quien ha reconocido a la conciencia el derecho y deber de asumir la responsabilidad entre el ser y el no ser del mundo? Lo incomprensible para mí, queda tal cual, después de tantos años, confiado a una intangible coincidencia de los opuestos. Pero no del todo. En cierta medida, la “doctrina de Cesarea” pertenece al juego lingüístico de La Pira, que se entiende y resuelve en la totalidad de su sintaxis. Y en esta totalidad tiene papel central una muy distinta perspectiva eclesiológica, que lo llevó a anticipar y a vivir con gozo el desarrollo del Concilio, a identificarse sin ninguna reserva con las palabras del Papa Juan, que, al inaugurar la gran asamblea, se distanció de los “profetas de malos augurios” e invitó a la iglesia a considerar providencial el nuevo orden de relaciones humanas introducido por la época actual.

Pocos días antes de que se abriese el Concilio, quiso –único caso, creo, en la historia de la administración civil- dar solemnidad a la espera de su ciudad, organizando en el Salón del Cinquecento –el Salón de Savonarola- un congreso sobre “El concilio en la perspectiva cristiana de la historia”. Frente a un público desbordante, hablaron, tarde tras tarde, Henri Marie Féret, el teólogo del Apocalipsis apreciado por La Pira, Jean Daniélou, ya protagonista de los congresos florentinos y a punto de convertirse en uno de los “cerebros” del concilio; la tercera tarde, el 29 de septiembre de 1962, me tocó a mí desarrollar el tema: “El concilio en el umbral de la nueva época”. Al introducir la intervención, La Pira, enlazando, según su método historiográfico, el inminente Concilio con aquél de la unión entre

Oriente y Occidente, celebrado en Florencia en 1439, indicó, con tono de apocalipsis, los objetivos, que venían a coincidir con las esperanzas sociales y políticas de la humanidad. Para destacar mejor este auspicio, La Pira había querido que en el cuadro general del congreso hubiese representantes de la cultura negra, junto a algunos obispos africanos, el presidente del Senegal, Léopold Senghor, que envió un inspirado mensaje de paz a los pueblos, en plena sintonía con La Pira. Quien no vaciló en evocar las propias iniciativas de paz (particularmente el Congreso de alcaldes de capitales de todo el mundo) como una prefiguración de lo que debería ser el concilio: un mensaje de paz y unidad entre las naciones.

*Este mensaje –que es “hipótesis de trabajo” que guía nuestras acciones-, Florencia lo ha anunciado y lo ha experimentado no sólo en el Salón del Cinquecento (a través de congresos, coloquios, hermanamientos, etc.) además lo ha anunciado y experimentado en los “puntos” más elevados y sensibles de la historia presente del mundo: Jerusalén, Belén; en el palacio real de Rabat y en el de Amán; en el palacio presidencial de El Cairo y en el de Tel Aviv; en París como en Constantinopla, y también en el “punto”, en cierto modo, más “movido” y más “sensible” de la historia presente del mundo: ¡el Kremlin!<sup>4</sup>*

Era natural preguntarse, también en el clima fervoroso de aquellos días, si una iniciativa como la del alcalde de Florencia no fuese una prevaricación de las reglas de laicidad a las que se atenía la administración municipal. En un encuentro público al margen del congreso, fui yo mismo, apoyándome en algunas reflexiones “laicas” de Féret, quien preguntó a La Pira por las razones que tendría una institución temporal, como la administración de Palazzo Vecchio, para dar relieve, publicidad y solemnidad, a un hecho religioso. La Pira, al responder, se refirió en un primer momento al movimiento unitario de la historia humana, “que tiene a Cristo como causa efectiva y como causa final”, y después, pasando de la deducción teológica a la inducción histórica, subrayó la complejidad de valores que habían dado un aspecto preciso a su ciudad.

*El alcalde de Florencia, sin ser clerical, pero en el cumplimiento de su deber de alcalde, es decir, de depositario de una historia destinada al servicio de los pueblos, cree que la unidad de la Iglesia es la condición para la unidad del mundo y para la paz de los pueblos. Entonces tiene el deber de colaborar, en su puesto y con todos los talentos que tiene a su disposición, en esta perspectiva<sup>5</sup>.*

Con este empirismo historicista, La Pira creía poder superar el conflicto formal entre clericalismo y laicismo, poniéndose al abrigo también del replanteamiento crítico, operado desde el Concilio, de las premisas sobre las que aquel conflicto tiene su fundamento.

4 “Testimonianze”, 47-48, oct-nov. 1962, p. 586.

5 “Testimonianze”, 47-48, oct-nov. 1962, p. 678.

La identificación entre iglesia y comunidad de creyentes, la restitución, por parte del clero, de las prerrogativas cristológicas –real, profética y sacerdotal-, a un sujeto indivisible, el pueblo de Dios, sustraído finalmente de las dependencias verticales, en suma, en una palabra, la que fue dicha, durante el concilio, la revolución copernicana de la iglesia, no ha entrado nunca en el ámbito de sus intereses y ni siquiera en el de sus preocupaciones. Tanto menos se entregó a teorizar la tensión, de la que por otra parte fue protagonista, entre institución y profecía. Nada más pasar de la praxis valiente y libre a la determinación teológica de su ser cristiano, los conceptos a los que él gustaba referirse –y en los años del “dissenso” lo hacía a menudo de modo serenamente provocador- eran los del “catecismo de Pío X”. El axioma con el que tomó distancias, en el 69, en el asunto de la comunidad del Isolotto (su ciudad satélite): *Ubi episcopus ibi ecclesia*, traduce bien su actitud interior, desembarazado de toda inquietud crítica. Sobre este “espacio teologal”, diseñado en el terreno visible de la historia, no pasaba, como he dicho, ninguna nube oscura.

Y sin embargo, aunque amada y respetada en sus estructuras tradicionales, la iglesia de La Pira tenía sentido histórico únicamente en su ponerse al servicio de la paz y de la unidad del mundo. Bruscamente, la sacralidad formalmente teocrática de las estructuras eclesiales se disolvía en la secularidad de sus objetivos. No tuvo los temores de su maestro Jacques Maritain, que, tras el concilio, denunció el riesgo de una iglesia “arrodillada ante el mundo”. Su visión del futuro era la de Teilhard de Chardin (un pensador aborrecido por Maritain): una humanidad unificada en sus estructuras y, en lo más íntimo, en una “superconciencia” que, si en la vertiente del más allá se identificaba con Cristo, en la vertiente que da hacia la historia coincidía simplemente con la espontánea armonía de las culturas, con la unificación interiorizada de la complejidad.

Este era el teorema de La Pira, dentro del cual, no fuera, era leída la tarea histórica de la iglesia. No comprendía las murallas, ni en el consejo municipal, ni entre Este y Oeste, ni entre Norte y Sur. Las saltaba todas, incluso aquéllas levantadas por las controversias teológicas, y las saltaba, cuando no le era posible hacerlo con otros argumentos, en nombre de la unidad original del género humano y de la gracia difundida por todas partes.

## **La noche y la aurora**

Sobre este trasfondo se perfila la verdadera fisonomía de La Pira; el resto se contabiliza entre los tributos que cada hombre paga a la contingencia del tiempo. También cuando, a lo largo de los años 70, pareció que la red de su diplomacia de paz se le escapaba de las manos, él permaneció fiel a esta enamorada contemplación suya de la unidad del mundo. Precisamente con ocasión del referéndum sobre el divorcio (1974) y sobre la ley 194 (1976), que implicaban graves

cuestiones éticas, La Pira se alineó por la abolición, pero las razones de su elección no imitaron nunca los angustiados argumentos imperantes en el mundo al que quiso permanecer fiel. Así, por ejemplo, la indisolubilidad del matrimonio le aparece fundada sobre su carácter de institución, que, una vez llevada a cabo, deja de estar entre las disponibilidades de sus fundadores, los cónyuges, sino que pertenece “a la existencia global y al destino global de la historia entera de los hombres”.<sup>6</sup> Verdad, a su juicio, revolucionaria, que el individualismo de la revolución francesa (y aquél del laicismo que en ella se inspira) no había sabido comprender. Y, al oponerse a la disciplina pública del aborto, el argumento que gustaba desarrollar se basa, todavía una vez más, sobre la intangibilidad de la unidad del género humano en su dinamismo de desarrollo. Sustraer un ladrillo del edificio es comprometerlo.

*¡Todo ser humano (todo hombre, en acto o en potencia, nacido o nascituro) es, por tanto, una piedra esencial en la edificación y solidez de esta única bóveda, y para la celeridad y progreso de este único dinamismo!*

*El aborto sustrae –con la extinción del ser del nascituro– una de estas piedras esenciales a la edificación de esta bóveda, uno de estos “golpes de remo” esenciales a la navegación de la barca lanzada hacia el “puerto escatológico” en el océano de la historia<sup>7</sup>.*

Pero, como en la escena internacional, así en la sociedad italiana, las cosas no fueron nunca según sus previsiones. En su enfermedad física se incluía también la afasia, la pérdida de la palabra, como si quisiera señalar que, inmerso –como Francisco de Asís a la sombra de la cruda piedra del Verna– en la noche de la pasión, él no tenía ya nada que decir a un mundo cada vez más sordo a los mensajes de paz. La estrategia de la tensión había llegado a implicar también a los aparatos del Estado y, perdida la esperanza, la nueva generación había cedido a la locura de la lucha armada que, también en Florencia, ciudad de la paz, había dejado víctimas. “Veo todo negro ante mí, cada vez más negro”, decía en los últimos meses, según nos atestigua la fiel Fioretta Mazzei.<sup>8</sup> Veía negro, es decir, veía bien. Veía los años inminentes, los nuestros, los años de la doble decisión de la OTAN sobre el despliegue de misiles en Europa, de las tiendas del terror plantadas en el Mediterráneo, de los Cruis instalados en el “gran lago de Tiberíades” y precisamente sobre la ribera siciliana, a pocos kilómetros de su pueblo natal.

Pero es precisamente por esta reducción a cero de la esperanza que su nombre vuelve a dar luz, y vuelve a ser un apoyo de la conciencia su mensaje de las horas oscuras: “forzar el nacimiento de la aurora”.

6 *Sentiero di Isaia*, pp. 613-614.

7 *Sentiero di Isaia*, p. 664.

8 Fioretta Mazzei, *Cose viste e ascoltate*, LEF, 1980, p. 141.

# Antología

---

## I “La imagen de mi alma” (1946)

*En una carta del 31 de agosto de 1946, escrita desde Trento, donde había llegado en compañía del matrimonio De Gasperi, La Pira revela el espíritu contemplativo con el que participaba en la vida política antes de la “segunda conversión”, es decir, antes de entrar en la “zona agitada”.*

... He aquí, pensaba, mi verdadera posición “política”: estar cerca de los hombres que tienen la responsabilidad del poder, para desarrollar una función que ellos no tienen tiempo ni vocación de desarrollar: la de rezar, meditar, estudiar, consolar; en suma, ser una lámpara viva de interioridad, para dar, en el momento oportuno, aquellos reflejos de la verdad que sirvan para aclarar una situación, llevar apoyo y esperanza en circunstancias concretas.

Tengo la impresión de que estos recientes encuentros con De Gasperi tienen, en el plan de Dios, este sentido recóndito; estos hombres, tan ocupados desde el alba hasta el ocaso por las preocupaciones y presiones de tantos asuntos concretos, tienen también necesidad de un don de calma, de meditación y de paz; alguien debe ser también portador de este don; yo me siento llamado a desarrollar esta función.

No quiero ir a la zona “agitada”: porque, como he escrito en estos días, no dejaré nunca el primado de la vida interior – y de la soledad que la acompaña – en la que consiste la imagen de mi alma. Cada día voy consolidando más, también en Roma, esta disposición de recogimiento y oración; la noche pasada lo he defendido con energía en la conversación – *post prandium* – tenida con De Gasperi, su mujer y Dossetti; a su tesis de que era necesario soportar el peso de las situaciones asumidas, yo respondía con precisión: ¡No!, porque no he sido yo quien ha elegido ser diputado, me lo habéis impuesto, por lo tanto es preciso aceptarme como soy. El Señor lo sabe. Él siempre me ha puesto en condiciones que no alteren la fisonomía fundamentalmente orante y contemplativa de mi vida.

Ha sido un coloquio interesante: riendo, hemos dicho cosas muy serias; y mi conclusión exacta ha sido ésta: -no sacrificaré a ninguna cosa ¡*l’unum necessarium!*

(Giorgio La Pira, *La casa comune. Una costituzione per l’uomo*, a cargo de Ugo De Siervo, Cultura Editrice, 1979, pp. 39-40)

## II La época histórica de la ciudad (1954)

*Aporto la segunda parte del discurso que La Pira pronunció en Ginebra, el 12 de abril del 54, durante la reunión extraordinaria del Comité Internacional de la Cruz Roja. Es la primera enunciación de un tema destinado a convertirse en el eje portador de la ideología lapiriana.*

Y permítanme, Señor Presidente, señores Expertos, algunas breves reflexiones.

Cuando digo que todas las ciudades de la tierra, ante el peligro real de una condena a muerte, proclaman unánimes su derecho inviolable a la existencia, no hago retórica o nominalismo: es decir, no uso palabras o imágenes que no correspondan a una sólida realidad.

No, uso palabras e imágenes creadas para encarnar una realidad no menos sólida porque no sea claramente perceptible. Las ciudades tienen una vida propia: tienen una manera suya de ser, misteriosa y profunda; tienen su imagen; tienen, como si dijéramos, un alma y destino propios; no son acumulaciones fortuitas de piedra; son misteriosas moradas de hombres, y más aún, en cierto modo, misteriosas moradas de Dios: *Gloria Domini in te videbitur*. No sin razón el puerto final de la navegación histórica de los hombres, muestra, sobre la orilla de la eternidad, las estructuras cuadradas y preciosas murallas de una ciudad bendita: ¡la ciudad de Dios! *Jerusalem quae aedificatur ut civitas cuius participatio eius in idipsum*, como dice el salmista.

La revelación del Antiguo y Nuevo Testamento – en general, todas las grandes tradiciones religiosas de la humanidad- nos aseguran la protección angélica que se ejercita tanto sobre los hombres concretos como sobre las ciudades concretas.

Nuestra inadvertencia de estos valores de fondo, que, de modo invisible pero real, dan peso y destino a las cosas de los hombres, nos ha hecho perder la percepción del misterio de la ciudad: sin embargo este misterio existe, y hoy –en este punto decisivo de la historia humana- se manifiesta con signos que aparecen cada vez más marcados y que reclaman la responsabilidad de todos y cada uno.

Señor Presidente, señores Expertos, es un hecho incontestable que está desarrollándose ante nuestros ojos: un hecho de un valor histórico y sintomático, sin duda excepcional: *hemos entrado, por así decir, en la época histórica de la ciudad; en la época histórica que toma el concepto, imagen y nombre de la “cultura de la ciudad”*.

Es innecesario citar aquí la literatura indicativa de este hecho tan esencial; no es únicamente literatura urbanística (bastaría el libro de Mumford); es literatura histórica, política, metafísica, incluso mística; y está toda la sintomatología de hechos que se revela de mil maneras: piénsese en el fermento tan vivo que anima –ligán-

dolos entre sí- los municipios de Europa; piénsese en el creciente interés que despiertan las “biografías” de las ciudades más significativas (recientemente he leído una biografía sobre la “santa Moscú” en el s. XIX); piénsese en las corrientes de pensamiento juvenil dirigidas hacia la intuición del valor cultural y político de la ciudad.

Todo esto es innegable: la cultura de la ciudad, la metafísica de la ciudad, se ha convertido, de alguna manera, en el nuevo centro de orientación de todo el pensamiento humano. Es la nueva “medida” de los valores; la historia presente, y más la futura, harán uso cada vez más de este metro destinado a devolverle medida humana a toda la escala, ya tan commocionada, de los valores.

Y bien: esta época de la ciudad en la que hemos entrado coincide, por una misteriosa paradoja de la historia, precisamente con la época en que la destrucción contemporánea de las principales ciudades ¡puede ser cosa de pocos segundos! Ya no es un sueño: entra dentro de lo posible; en el espacio de pocas horas la civilización humana podría ser radicalmente privada de Florencia y de todas las capitales del mundo.

Todos se preguntan: ¿Qué sería del mundo de los hombres sin estos centros asistenciales, sin estas fuentes insustituibles, sin estos faros creadores de luz y civilización?

He aquí el problema fundamental de nuestros días, que tiene también una concreta implicación jurídica. Es la siguiente: ¿Tienen los Estados el derecho a destruir la ciudad? ¿A matar esta “unidad viviente” –verdadero microcosmos en el que se concentran los valores esenciales de la historia pasada y centros diversos de irradiación de valores para la historia futura- con la que se forma todo el tejido de la sociedad humana, de la civilización humana? La respuesta, a nuestro parecer, es negativa.

Las generaciones presentes no tienen el derecho a destruir un patrimonio que ¡les ha sido confiado en vista a las generaciones futuras!

Se trata de bienes recibidos de las pasadas generaciones, respecto a los cuales tienen la potestad jurídica de herederos fiduciarios: los destinatarios últimos de esta herencia son las generaciones del mañana (*et hereditate acquirant eam*, Ps. LXVIII).

Estamos ante un caso que los romanos designaban como sustitución fiduciaria: es decir, en presencia de un fideicomiso de familia destinado a perpetuar en el seno del grupo familiar la existencia de un bien determinado. *Ne domus alienatur sed ut in familia relinqueretur* (Cfr. D. 31-32, p.6) como dice Papiano.

He aquí definida con incisiva claridad la posición jurídica de los Estados y de las generaciones presentes respecto a la ciudad transmitida a ellos por las generaciones pasadas: ¡*ne domus alienaretur sed ut in familia relinqueretur!*

Nadie tiene derecho a destruirla: debe ser cuidada, enriquecida y transmitida: no es cosa nuestra, es cosa de otros; estamos en la estricta órbita de la justicia: *neminem laedere suun unicuique tribuere*.

He ahí definido el ropaje jurídico que legitima mi presencia aquí: he venido para afirmar el derecho a la existencia que tienen las ciudades humanas; un derecho del que nosotros somos titulares de las presentes generaciones, pero más aún aquéllos de las generaciones futuras. Un derecho, cuyo valor histórico, social, político, cultural, religioso, se hace más grande cuanto más sobresale, en el pensamiento actual, el significado misterioso y profundo de la ciudad. Toda ciudad es una ciudad sobre el monte, un candelabro destinado a dar luz al camino de la historia.

Nadie, sin cometer un crimen irreparable contra toda la familia humana, puede condenar a muerte una ciudad.

Y he aquí, señor Presidente, señores Expertos, lo que yo pido en calidad casi de “procurador” de todas las ciudades sobre las que pesa la amenaza tremenda de una condena similar: pido que este derecho de la ciudad a la existencia sea formal y firmemente reconocido por los Estados que tienen el poder de violarlo; pido, también en nombre de las generaciones futuras, que los bienes de los que ellas son destinatarias no sean destruídos: *ne civitas destruetur*. Y para que este fin se alcance pido que mientras tanto, sean formalmente reconocidos por los Estados responsables, localidades y zonas esenciales para la existencia misma de la civilización humana, y por ello sustraídas, *a priori*, a toda amenaza mortal de acción bélica.

Gracias, señor Presidente y señores Expertos, por cuanto ustedes harán para traducir a términos de técnica jurídica la petición que les presento: el problema, como ven, es verdaderamente la *magna quaestio* del tiempo presente.

Resolverlo en sentido positivo significa haber salvado a la humanidad entera de su destrucción segura. ¡Dios les asista en esta labor tan determinante para la salvación de los hombres!

(“La Badia”, n. 3, 5 noviembre 1979, pp. 6-10).

### **III “Charla de sobremesa” con los soviéticos (1959)**

*Suscitó un gran clamor en la opinión pública, el viaje de La Pira a Moscú, del 14 al 22 de agosto de 1959. Durante la estancia, que La Pira organizó con el cuidado y diligencia de una peregrinación a los lugares sagrados de la Rusia cristiana, tuvo conversaciones oficiales con los intelectuales próximos al Kremlin. Presento el discurso que tuvo durante la comida de despedida ofrecida en Moscú, tal como lo ha reconstruido el compañero de viaje y fiel cronista Vittorio Citterich. En el discurso se alude a un artículo de carácter polémico antireligioso aparecido en Pravda el día 21, casi con seguridad escrito*

*para corroborar, dada la presencia de un huésped de notoria religiosidad, los principios de la ortodoxia soviética.*

Me llevo una favorable impresión por lo que respecta al pueblo ruso, honrado, trabajador y que ama la paz. He constatado también que las raíces religiosas y místicas del pueblo ruso están seguramente volviendo a florecer. Estoy convencido que el mismo peso político de la Unión Soviética está destinado a crecer en el mundo, gracias también a este refloreamiento que aporta el alimento de los tesoros de santidad y arte de que es rica la tierra rusa. Y ya que estamos aquí, entre hombres de cultura y responsabilidad, permítanme, lealmente, como es mi costumbre, manifestarles fraternalmente una tristeza que tengo en el alma. Ustedes saben que el problema de la “causa final” de la historia, de la persona, de la naturaleza, es un problema que ha preocupado y preocupa a todos los hombres desde siglos. Especialmente los científicos, desde Aristóteles a Galileo, Newton, Einstein, hasta los actuales científicos atómicos, han tenido siempre un reverente respeto ante el problema de la “causa final”, e incluso aquéllos que no han sido creyentes – muchísimos, por el contrario, y puede que los más grandes, sí lo han sido- han respetado la solución transcendente del problema. Pues saben que es un problema serio, el problema más serio de la existencia humana. Y bien, he aquí porqué me ha dolido aquel artículo, superficial y en cierto modo científicamente pueril, que ha aparecido en un influyente diario soviético. Aquellas argumentaciones se remontan a 150 años atrás y no pueden ser apoyadas válidamente por un gran País como el vuestro. La polémica anti-religiosa es una expresión del iluminismo más decadente, mientras la fe religiosa viene del corazón de un pueblo. ¿No nos pedís ser realistas? Pues bien, el realismo debería ser el análisis y valoración de todas las realidades auténticamente populares, y la religión está entre ellas. Tras los terremotos de la historia, es preciso volver a reflexionar sobre estos hechos y dejar de lado los infantilismos científicos que, por lo demás, se transforman en formidables errores políticos. Hay millones de cristianos, musulmanes, judíos, de creyentes en suma, en Europa, América, Asia, África. ¿Por qué tenéis que herir su sentimiento religioso? ¡Cuántos beneficios llegarían de la distensión de los corazones, tan valiosa en esta peculiar nueva etapa política que se inicia con el encuentro Kruschov-Eisenhower!

La polémica anti-religiosa no beneficia a vuestro País y a la paz. Por eso yo deseo con toda el alma que el inteligente pueblo soviético y sus dirigentes, sepan valorar con realismo todo el problema. Reitero estar profundamente convencido de que hemos entrado en una época histórica totalmente nueva. Es por ello por lo que, superando no pocas dificultades, he venido a la Unión Soviética. Quiero decirles que todos debemos cambiar nuestra mentalidad política. Hasta ayer, podríamos decir, las relaciones entre los Estados se basaban en la hipótesis de la inevitabilidad de la guerra.

Por ello, en línea con Maquiavelo, el modo de relacionarse los Estados se basaba en este axioma: el interlocutor es un enemigo al que es preciso liquidar con la guerra, engañarlo con mentiras diplomáticas, empobrecerlo con el chantaje económico. Hoy, con las bombas atómicas, que aniquilarían a la humanidad entera, la hipótesis se ha invertido: no se puede hacer la guerra, es materialmente una desesperante incongruencia. Es preciso por tanto invertir el procedimiento maquiavélico, el interlocutor no es un enemigo a liquidar sino un hombre con el que se ha de luchar por la paz; con el que no se debe usar la mentira diplomática sino se deben tener contactos directos, intercambios leales; y, finalmente, no se debe empobrecer a los pueblos sino ayudarlos económicamente porque todos tenemos la misma dignidad humana. He aquí lo que quiero decirles. He aquí por lo que he venido. Yo deseo al pueblo ruso, con todo corazón, todo el bien posible, y a todos los pueblos y naciones, paz y unidad.

(Giorgio La Pira, "Testimonianze", 203-206, 1978, cit., pp. 421-422)

#### **IV La ciudad comunitaria (1960)**

*A principios de 1960, La Pira fue invitado a mantener una conversación en la Facultad de Arquitectura de Florencia. Hablo, como hacía con frecuencia, improvisando. Tanto más cuando el tema –“La ciudad celeste y la ciudad de piedra”- le era tan afín. He elegido el pasaje en que La Pira describe, puestos los ojos sobre Florencia, la “ciudad comunitaria”.*

He aquí por tanto los tres remedios que yo tomé respecto a la necesidad de nido: casitas, casas elementales y confiscaciones. Por esto me dije: ¿Pero los florentinos son o no son una gran familia? Quien tiene puede ayudar a quien no tiene, ¿no les parece? ¡Jamás eché de casa a sus habitantes! Simplemente confiscé villas deshabitadas, a la espera de un acomodo definitivo de quienes van a alojarse en estas villas deshabitadas.

Aquí comenzó el problema de la construcción orgánica de la ciudad. He aquí el problema: ¿cómo desarrollar orgánicamente la ciudad? Entonces me dirigí al INA-Casa y planteé por primera vez la cuestión: “Ustedes, Ina-Casa, están destinados a construir casas o ciudad?” La respuesta fue: “No debemos construir casas sino ciudad”. Y por tanto, sobre este principio, se hizo el *Isolotto*. Florencia, la ciudad, se desarrolla orgánicamente con un sistema grupal de viviendas autosuficientes: las ciudades satélites.

Tal como es la estructura de la ciudad-madre, así será de igual modo la estructura de la ciudad-hija, de la ciudad-satélite. La ciudad que queda como una gran familia, un centro de valores y, a su alrededor, las ciudades satélites con sus estructuras: iglesia, escuela, algunos edificios públicos esenciales como centros médicos, incluso hospitales, en suma todo aquello que necesita una familia, de manera que

la ciudad esté integrada, como decía Leon Battista Alberti. ¿Qué es, decía, la ciudad? Es una casa grande, igual que la casa es una ciudad pequeña. En suma, es el principio comunitario. La ciudad ofrece a cada casa todo lo que necesita. ¿Qué es lo necesario? He aquí los valores: iglesia, escuela, edificios públicos. ¿Qué es necesario para el individuo? La casa, después el taller para trabajar, la escuela para la inteligencia, el hospital para curar, la iglesia para rezar, el ayuntamiento para las relaciones entre los ciudadanos. Así es como hemos concebido el Isolotto, esta ciudad-satélite, que con todos los fallos propios de las primeras experiencias, es un respiro para la casa y el ser humano.

Con este sistema orgánico, es preciso crear otros núcleos satélites, pero siempre sobre este principio: las ciudades-satélites, de alguna manera, se parecen a la ciudad-madre, con la que deben estar en continua comunión, porque enlazan con ella, aunque manteniendo su autonomía, superando el principio burgués de la casa aislada y aplicando, en cambio, el principio comunitario de la ciudad que es una gran casa.

El principio que nos inspira es siempre aquél: la defensa del ser humano. Porque hay dos modos de concebir la comunidad: una comunidad que se transforma en una jaula y oprime a la persona, y una comunidad que entretrejida con la persona, la integra. Principio de opresión, el primero, principio de integración, el segundo. Uno que va más allá de los límites y por tanto se equivoca; uno que queda más acá del límite y por tanto es válido, afirma la comunidad de un pueblo y por tanto la ciudad que lo encarna. Este fue el principio inspirador. Dije a aquellos que me rodeaban: yo puedo tener una visión ideal, señores, pero me empuja el ser humano, su libertad, todo lo que es necesario para que se de el desarrollo social. He aquí cómo los arquitectos y urbanistas delegados para ello buscaron realizar este concepto comunitario. El proyecto fue realizado, ustedes lo saben, por grandes arquitectos y urbanistas. Lo hicieron bien, porque unieron a su destreza la gracia de estado.

Llegados a este punto debemos considerar el problema de lo que ha quedado: la ciudad-madre que se extiende haciendo de ejemplo, orgánicamente, para grupos parecidos de estructuras estelares. Por otra parte está el principio que regula todas las cosas. Pensad por ejemplo en el Derecho romano: en torno a algunos principios, ¡qué sabía jurisdicción se ha creado alrededor! La cantidad de cosas que se han creado, corpóreas e inmateriales, que constituyen un organismo que llamamos "universum ius". Esta es la estructura estelar: un centro nuclear y todas las instituciones que gravitan a su alrededor.

Situado el principio de la estructura estelar, queda para nosotros el problema de fondo. La ciudad donde construimos es Florencia. Florencia, esta ciudad-madre, como Jerusalén y la ciudad de Judá que gravita a su alrededor. Durante la fase preparatoria del así llamado Coloquio mediterráneo, un profesor israelita me

dijo: “Me habían dicho que el renacimiento florentino era un renacimiento pagano. Lo había leído en los libros: he venido aquí y he cambiado de opinión. El renacimiento florentino es un renacimiento culturalmente bíblico. Florencia es una ciudad bíblica”. Yo no lo había dicho, pero estaba convencido. Fue él quien lo dijo, y me alegró. ¡No olvidemos nuestra belleza! Cuántas veces he admirado, y no me canso nunca, la puerta de Ghiberti, la puerta del paraíso: está todo el Antiguo Testamento. Todas las cosas las veo bajo este prisma

(“La Badia”, n. 3, 5 noviembre 1979, pp. 48-50)

## **V Una nueva metodología política (1961)**

*En una de sus intervenciones en el congreso de la revista “Il Mulino” (22 de abril de 1961) sobre “Nuevas fronteras del presidente Kennedy”, La Pira, que repetidamente señalará en el joven presidente de los EEUU un testigo de la época apocalíptica, trata de manera sucinta, basándose en la experiencia florentina, las premisas de una política a la altura de las nuevas fronteras de la historia.*

Reflexionando sobre las acciones que en Florencia hemos desarrollado en el pasado (y siguen desarrollándose en el presente) por la paz y recíproca comprensión e integración de los pueblos, (congresos por la paz y la civilización cristiana, etc.), me han venido a la cabeza cinco preguntas que constituyen –como se ha dicho- casi cinco premisas de una nueva metodología política (¡teórica y práctica!): la única metodología –se ha dicho- que puede permitir a las presentes generaciones la consecución de las nuevas fronteras y de la nueva historia.

La primera es ésta: *¿Tiene la historia un sentido?* La pregunta es “dramática” –como se dice- porque ataca la misma raíz y la finalidad misma, profunda, irreversible, de toda la historia del mundo.

De aquí una consecuencia: si la historia tiene un sentido, una finalidad, esto significa que hay en el fondo de la misma una “fuerza” que la mueve, prefigurando las estructuras esenciales y los fines últimos.

¿Cuál es esta fuerza?

Si se quiere hacer el *análisis integral* de las fuerzas (los componentes) que mueven la historia, (componentes económicos, sociales, políticos, geográficos, etc.), ¿se puede prescindir de este componente que es la fuerza fundamental, que da sentido y orientación a todo el proceso histórico?

He aquí la pregunta (la premisa) que precisamente hoy ha llegado a ser extremadamente actual y urgente en el análisis histórico y en el análisis y acción política.

Esta pregunta replantea –en términos de máxima urgencia y actualidad –el problema del valor (como fuerza histórica fundamental) de la revelación judeo-cristiana (Antiguo y Nuevo Testamento): la cual –si fuese verdad (¡y lo es!)– se convierte verdaderamente en la “*magna quaestio mundi*”.

Este problema histórico y político tan profundamente sentido, evoca en nuestra mente no sólo la Sagrada Escritura y los grandes teólogos de la historia (desde San Agustín a Dante, Bossuet, Fornari) sino también a todos los hombres de pensamiento y de acción de nuestro tiempo (teólogos, políticos, periodistas, etc.) que cada día más se van planteando - cada vez con un sentido de mayor responsabilidad- este tema que condiciona toda la reflexión y acción política de nuestros días; un tema que ha sido (por Teilhard de Chardin) formulado así: *¿Cuál es el “punto omega” de la historia?*

La segunda es ésta: *¿Es o no verdad que hemos entrado en una nueva época (la espacial) en la que, debido a las nuevas fronteras científicas y espaciales, la guerra ha dejado ya de tener sentido y es materialmente imposible?*

Si esto es verdad (y lo es) entonces toda la metodología política (como doctrina y como acción) debe ser cambiada estructuralmente (Jaspers): luego ya no tiene sentido –en cierto modo- la “estrategia de guerra” y no puede existir sino una (más dificultosa, si se quiere) “estrategia de paz” (la cosa, por lo demás, ha sido válidamente intuida y expresada por Kennedy y los actuales dirigentes políticos americanos).

Las nuevas fronteras no pueden ser –a pesar de todo- sino fronteras de paz (...“erradicar la tiranía, la pobreza, la enfermedad, la guerra”...“explorar los espacios, sondear los océanos, hacer florecer a los desiertos etc.”).

La tercera es ésta: *¿Es o no verdad que pueblos “nuevos”, naciones “nuevas”, continentes “nuevos”, han entrado imprevistamente (y con gran velocidad) a formar parte –como protagonistas esenciales- de la historia de hoy; y que en la historia futura tendrán una parte y un peso cada vez mayor y determinante?*

Si esto es verdad (y lo es), entonces todos los “equilibrios” históricos y políticos han cambiado radicalmente: y no puede, por ello, quedar sin cambiar radicalmente la metodología –teórica y práctica- de la política.

Las pequeñas “tácticas” (las “tácticas” de “El Príncipe” de Maquiavelo) ya no cuentan: sólo valen las grandes estrategias, a dimensiones globales (cósmicas y políticas).

Por efecto de esta doble “irrupción” histórica (del cosmos por una vertiente y de los “pueblos nuevos” por la otra) se impone un cambio radical de la comprensión de la política y del mundo político (*metanoia*, como diría San Pablo!).

La cuarta es ésta: *¿Quién ejercitará básicamente esta atracción e integración de estos pueblos nuevos y de estas nuevas naciones?*

Las naciones en las que, a pesar de sus culpas políticas, está profundamente inscrita y como incorporada la historia de la civilización judeo-cristiana (construida con las estructuras de la sabiduría griega y de la jurisprudencia romana), ¿pueden aún (debido a los valores históricos, espirituales y culturales de que son portadoras) ser un centro válido de atracción y de integración para estos pueblos nuevos y para estas nuevas naciones?

He aquí una cuarta pregunta que evoca necesariamente la primera, aquélla del “*sentido de la historia*” y del crecimiento orgánico de la historia. ¿Está la historia futura –a pesar de todo- en conexión orgánica con la del pasado? *El futuro ¿ha comenzado ayer?* ¿Se puede aplicar al crecimiento histórico el dicho de Teilhard de Chardin (*el pasado me ha revelado la construcción del futuro*)? ¿O el de Bacon (*antiquitas saeculi, juvenus mundi*)?

Preguntas esenciales para descubrir los caminos que conducen a las nuevas fronteras de la historia, de la paz, de la civilización.

La civilización, arraigada –como aquí se ha dicho- en algunas ciudades esenciales, “misteriosas” (Jerusalén, Atenas, Roma, aparte Florencia), tiene elementos válidos de tal alcance capaces de proyectar su valor incluso al futuro?

La quinta es ésta: *¿se necesita, o no, cambiar estructuralmente el sistema económico mundial para ponerlo en situación (orientarlo) de responder a la irrecusable e improrrogable promoción económica, social, cultural, etc., de todas las clases subdesarrolladas y de todos los pueblos subdesarrollados?* ¿Es necesario, o no, tender al “pleno empleo” de todas las “fuerzas” humanas de trabajo? ¿Fundar sobre el trabajo (¡y sobre la oración!) –como piedra angular- las estructuras de la sociedad futura?

Pero todo esto, ¿no exige un cambio radical (postkeynesiano) del sistema económico de todo el mundo (véase *Galbraith*)? ¿Un sistema con tales objetivos –a corto y largo plazo- capaces de asegurar, con la mayor rapidez, esta auténtica promoción evangélica de todos los pueblos de la tierra (África, Asia, América Latina, zonas de Europa, etc.)?

¿No es, precisamente, la realización de esta promoción, uno de los puntos esenciales (de los “fortines” esenciales) de la nueva estrategia de paz? ¿Una de las fronteras fundamentales de la nueva historia del mundo?

“*Tuve hambre y me diste de comer*”: es un mandamiento referido no sólo a los individuos, sino también, y sobre todo, a los pueblos.

(*Il sentiero di Isaia*, pp. 7-10).

## VI La Europa desnuclearizada (1965)

*En el año crítico de su experiencia política (a finales de su segundo mandato de alcalde, viaje a Hanoi), La Pira envió a la quinta sesión de la Mesa Redonda Este-Oeste que, en junio de 1965, tuvo lugar en Belgrado, una intervención en la que trazaba las líneas de un desarme gradual, comenzando por Europa.*

El desmedido crecimiento científico y técnico de estos últimos años mete en el reino de lo posible la destrucción física del planeta: los científicos más atentos y responsables afirman que bombas atómicas lanzadas desde una “estación lunar” podrían muy bien romper ciertos equilibrios físicos esenciales sobre los que se rige el planeta y podrían provocarle, cual un torpedo, su ¡hundimiento en el espacio! Ésta no es ciencia ficción, ¡es –aunque sea como posibilidad- la realidad del destino definitivo de la tierra, sin exageraciones, en las manos del hombre!

Realidad de la cresta apocalíptica que muestra las dos vertientes: aquélla de la construcción para “10.000 años” (por usar una frase de Kennedy) o aquélla de la destrucción para siempre de la tierra y de la historia de los hombres que la habitan.

Suicidio global (la expresión es de Thomas Merton) o edad milenaria de progreso civil: ¡no hay otra alternativa!

Si el “principio apocalíptico” es verdad –¡y lo es!- las consecuencias que del mismo se derivan son las que, justamente, y precisamente sobre la base de tal principio, han caracterizado los trabajos de la Mesa Redonda de Moscú y Florencia, es decir:

a) El principio apocalíptico marca la diferencia entre la época política actual respecto a la anterior, como los descubrimientos copernicano y galileano diferenciaron radicalmente la nueva época astronómica de la precedente, ptolemaica.

En esta nueva época política (y, por consiguiente, militar) atómica, entran en radical crisis, a todos los niveles, las técnicas “sutiles” de la “escalada” de “conflictos limitados”, “guerras calculadas”, y cosas similares.

Si la guerra no se puede hacer –*la guerra por definición*- también la “teoría de la guerra” ¡debe ser radicalmente revisada y abandonada! Ya se sabe, la cosa es extremadamente nueva y comprometida: por ello ¡se requiere coraje, sentido histórico, confianza en el porvenir, imaginación creadora, juventud de mente y corazón, para decidirse a este rejuvenecimiento de teorías y hechos que lastran todavía la historia actual y la civilización del mundo!

¡Se necesita la juventud espiritual, histórica, política, de Juan XXIII en el plano religioso y de Kennedy en el plano político!

¡Fiarse de las nuevas generaciones; fiarse del valor y eficacia creadora de los nuevos ideales que fermentan inevitablemente la nueva historia del mundo!

b) La vía de la paz está constituida por aquello que habíamos llamado, en Moscú, “il sentiero di Isaia”: es decir, la vía del desarme; la vía iniciada en Moscú el 5 de agosto de 1963 con el tratado nuclear (el punto de Arquímedes, dijo Kennedy, ¡capaz de levantar el planeta hacia la paz definitiva!); ¡aquél camino debe continuarse! Debe ser el camino que han de tomar todas las naciones.

Un desarme que se realiza de manera creciente, tanto vertical como horizontalmente: es decir, tanto en relación a las explosiones y a la existencia misma de las bombas atómicas, como en relación a la geografía cada vez más extendida del desarme; es decir, en relación al sistemático crecimiento, a la metódica ampliación de las zonas desnuclearizadas; ¡“islas de paz” que se convertirán gradualmente en continentes enteros hasta extenderse a todo el planeta!

Europa, ¿gradualmente desnuclearizada?, ¿convertida gradualmente, ordenadamente, en una gran “isla de paz”? ¿el “continente de la paz”? ¿es esto un sueño, una fantasía, una ingenuidad política? O por el contrario, ¿no es la única realidad válida, el auténtico destino, la grandeza auténtica –bíblica, cristiana, civil- de nuestro continente?

La geografía de la gracia y de la civilización -¡la geografía de las catedrales!- que caracteriza de modo tan marcado el espacio europeo (y, por ello, mediterráneo: ¡piénsese en Jerusalén!), ¿no podría coincidir con la geografía del desarme y de la paz?

Ya se sabe, la propuesta es atrevida. Pero, ¿qué propuesta histórica sería no es, estructuralmente, un riesgo y un desafío?

¡*Si vis pacem para pacem!*

c) Y, finalmente, para que el desarme produzca la paz, es necesario –como se decía- usar el método de Isaías: es decir, convertir en inversiones de paz las inversiones de guerra; ¡transformar las bombas en arados, en astronaves de paz los misiles de guerra!

Esta obra de conversión de las inversiones, de transformación de los instrumentos de guerra en instrumentos de paz, *debe ser la obra común de las dos partes: los enemigos potenciales deben transformarse en colaboradores en la empresa común de construcción de la nueva historia y de la nueva civilización del mundo.*

¡Explorar juntos los espacios, el fondo de los mares, transformar juntos los desiertos en jardines, hacer florecer, con obras comunes, al planeta entero!

¿Por qué no comprometerse juntos en este aventura común, constructora de civilización, fuente de felicidad y de paz, de progreso y de belleza, para los pueblos de toda la tierra?

¿Utopía? ¿Sueño? O, por el contrario, ¿es ésta la única vía a través de la cual se vence la guerra y se construye la paz? La vía de la era atómica : es decir, de la

era en la que no es posible “la guerra” (la guerra por definición: la atómica); y no tienen sentido “las guerras” -¡las guerras controladas!- residuos de una época política y militar ptolemáica, ¡destinada a un ocaso rápido e ineludible!

(*Il sentiero di Isaia*, pp. 261-263)

## **VII La tarea del hombre mediterráneo (1968)**

*En la exposición que desarrolló en la semana de estudios sobre el hombre mediterráneo, realizada en Túnez en octubre de 1968, La Pira, tras haber analizado los componentes de la “nueva edad científica de la historia”, resume sus tesis sobre la tarea que incumbe en esta época al hombre mediterráneo.*

El hombre mediterráneo –la civilización mediterránea, la espiritualidad y la cultura mediterránea, que en el curso de los siglos han arraigado a lo largo de las riberas de este gran lago de Tiberíades- tiene todavía hoy (y tendrá aún mañana, en el curso de los siglos que vendrán) una “función permanente” a desarrollar para la edificación de la ¡nueva historia del mundo!

¿Por qué? Porque esta “civilización mediterránea” se apoya – por así decir- sobre tres fundamentos de roca que la nueva historia, los siglos y generaciones, no podrán jamás corroer: son, en efecto, ¡tres “incontestables fundamentos” de la historia total de los hombres y de los pueblos!

Sobre estos tres fundamentos están, por así decir, inscritos –como en las piedras fundamentales de la Jerusalén celeste- tres nombres: el de Jerusalén (el sentido de la historia); el de Atenas (el método lógico y científico, la belleza y la contemplación artística); el de Roma (la organización científica y técnica –para todas las gentes- del derecho y la política).

Vista a la luz de esta triple proyección –en especial de la primera- la historia actual del mundo (con los grandes problemas que ella supone) ¡se ilumina intensamente!

Y, en efecto, comenzamos por el problema inicial que asalta el curso total de la historia humana (de principio a fin): aquél del sentido de la historia, de la dirección de la historia, del curso acabado del río histórico (este problema es, en última instancia, ¡el problema fundamental del pensamiento de Hegel y del pensamiento y acción de Marx)!

Este sentido, esta dirección, este finalismo, ¿existen? Este “problema total” de los hombres y pueblos –que tan profundamente ha tocado, en estos últimos años, al pensamiento teológico, y especialmente político, del mundo (piénsese en la “frontera de Isaías” de Kennedy)- encuentra solución únicamente en la revelación bíblica, en la indicación profética de la historia de Israel elevada a “modelo”

de la historia del mundo: encuentra solución solamente ¡en la indicación profética de Isaías, de Cristo, del Apocalipsis!

Por tanto, la historia de los pueblos ¿tiene una dirección? Y más exactamente: ¿Esta historia de la época atómica, espacial, demográfica, científica y técnica, -que pone en crisis todas las estructuras jurídicas, políticas, económicas, culturales presentes, que se caracteriza por la “contestación global” de los jóvenes y por la “rebelión”, al menos potencial, de los pueblos del tercer mundo- tiene una dirección, avanza hacia un frente, tiende hacia un “punto omega” que irresistiblemente a pesar de todo la atrae y dirige?

Sí, he aquí la respuesta que la revelación bíblica (desde el *Génesis* hasta el *Apocalipsis*) nos permite dar: la historia universal -de los pueblos de toda la tierra- es “un movimiento” hacia la “frontera de Isaías”, hacia “la era de Isaías” (Is., II, 1 sgg.; XIX, 23; XI, 1 sgg.) hacia “el milenio” del Apocalipsis (Apoc., XX, 1 sgg.): es decir, hacia la paz universal, la unidad de los pueblos y su promoción espiritual y civil; ¡la historia entera -como la de Israel- debe dirigirse hacia la nueva tierra prometida!

Este finalismo “optimista” de la historia (teología y teleología de la historia) es hoy plenamente visible; la situación histórica en que nos encontramos (debido al contexto nuclear, espacial, etc.) muestra claramente a todos que no hay alternativa (salvo la destrucción del planeta) a la paz universal y a la unidad y promoción de los pueblos de toda la tierra. “La utopía” se ha convertido en la única realidad histórica de nuestro tiempo: ¡los grandes “utópicos” cristianos -que en el curso de los siglos han mantenido siempre encendida la lámpara de Isaías y San Juan- encuentran cada día más convalidadas sus “tesis” en la presente historia del mundo! La misma “utopía marxista” tiene, a pesar de todo, una raíz esencialmente bíblica.

La historia tiene un sentido y precisamente este sentido es la pacificación total y la total unificación y promoción de los pueblos de todo el planeta: ¡Kennedy ha tenido razón cuando ha escrito el nombre de Isaías a la entrada de las nuevas fronteras históricas y políticas del mundo!

¿La tarea fundamental, hoy día, del hombre mediterráneo? Hela aquí; indicar (a través de la revelación bíblica) el puerto hacia el que inevitablemente tiende y la vía que inevitablemente atraviesa la historia actual del mundo: indicar la teleología y la teología de la historia del mundo.

(*Il sentiero di Isaia*, pp. 401-403)

## VIII Gandhi, profeta de la coexistencia pacífica (1969)

*En octubre de 1969, La Pira fue uno de los cuatro oradores oficiales en el homenaje a Gandhi, organizado en Budapest. De su largo discurso, aporto el pasaje en que entresaca, de la no violencia gandhiana, el método que la política debe adoptar tras el umbral atómico.*

La experiencia india –desarrollada toda ella en la época precedente y cerrada, en cierto modo, al término de la segunda guerra mundial- ¿conservaba también en la nueva época, cualitativamente distinta, *en todo*, de la precedente, el valor universal y ejemplar que Gandhi le atribuía?

La respuesta de Gandhi es más decidida que nunca: ¡sí, ciertamente, más bien este valor universal y ejemplar del nuevo método para la construcción política del mundo, llegaba a adquirir precisamente en esta era atómica su significado “profético”!

*“Me quedé paralizado cuando supe que una bomba atómica había destruido Hiroshima. Dije para mí: A menos que el mundo adopte de inmediato la no violencia, esto significará ciertamente el suicidio de la humanidad”.*

Cuando ocurrió la tragedia de Hiroshima, Gandhi se encontró colocado de improviso sobre la cresta apocalíptica que separaba dos épocas radicalmente opuestas de la historia del mundo: la de la “violencia total”, la “solución final”, que caracteriza y define la más trágica, universal y verdaderamente demoníaca experiencia bélica de la historia (el misterio histórico que se oculta en el subsuelo de la “solución final” no ha sido todavía –y, en cierto sentido, jamás lo podrá ser- plenamente explorado); y aquella de la “paz universal”, ¡que podría caracterizar y definir –salvo el suicidio universal- la nueva época del mundo!

Una época que fenecía, hundiéndose para siempre en sus temibles y extensas tinieblas; y una época que surgía –a pesar de la tragedia de Hiroshima- haciendo brillar la estrella (¡la estrella de Isaías!) ¡de una posible y casi inevitable paz milenaria entre los pueblos!

Gandhi se encontró a caballo entre las dos épocas; entre el temible ocaso de una y el amanecer de la otra.

Y bien: el “nuevo método”, que había creado y experimentado en la India, ¿no era verdaderamente el signo profético, el “método” esencial de esta nueva época, milenaria, del mundo?

Sí, indudablemente: emergía la nueva historia de la era atómica; y emergía en ella el “nuevo método” de la “no violencia de los fuertes” que Gandhi había proféticamente experimentado –y con feliz éxito- para la liberación de la India. La nueva época será definida precisamente por esta diferencia específica: el fin definitivo de la guerra como herramienta de solución de los problemas políticos del mundo (según la definición de Clausewitz) y la sustitución de la misma por la “no

violencia”. Es decir, el paso –se podría decir con términos jurídicos de derecho privado- de la violencia privada a la no violencia pública (a la *jurisdictio*).

¡Se permitirá, a un profesor de derecho romano, hacer en este punto una breve digresión sobre el fenómeno más interesante, en cierto modo, del derecho procesal romano!

Nosotros tenemos –a través de los textos de Gayo y Ciceron- un testimonio precioso sobre el movimiento y la técnica del paso de la fase de violencia privada (defensa privada del derecho, tomarse la justicia por su mano) a aquella de la *jurisdictio* (defensa estatal de los derechos, a través de la *jurisdictio* del pretor romano y de la *litis contestatio* realizada por las partes precisamente ante el pretor).

¿Qué se había comprobado? Precisamente esto: el paso de una época en que los derechos eran tutelados por “la violencia de los particulares” a otra en que esta tutela era “pacífica”, es decir, confiada a la jurisdicción y encargo de los magistrados romanos.

De este paso de una época a la otra, y de la técnica según la cual este paso se ha operado, tenemos, en Cicerón y Gayo, testimonios preciosos y seguros.

Y bien, éste será el fundamental “hecho nuevo” de la nueva historia del mundo: la “coexistencia pacífica”; es decir, el paso de la violencia (la guerra) a la “no violencia de los fuertes” –es decir, a la *jurisdictio* y al *imperium magistratale*- por la resolución de cualquier conflicto entre estados o pueblos.

¡El derecho procesal privado romano nos procura, por la comprensión histórica y técnica de este paso, un modelo “prefabricado” verdaderamente precioso!

¿Vio Gandhi, por tanto, con ojos de profeta, el curso de la historia que estaba por desarrollarse ante él?

Es decir, ¿vio en ella la dirección, el sentido, el puerto? ¿Tuvo conciencia del salto cualitativo, verdaderamente original y único, que se había operado (aunque fuese trágicamente) en Hiroshima?

Sí, lo vio, se podría decir que con ojo bíblico, con el ojo de Isaías (no se olvide Su congenialidad con los Profetas –Isaías en particular- y con el Sermón de la Montaña, y no se olvide nunca la influencia que en él ejercieron Tolstoi y Ruskin), el nuevo horizonte de los siglos y generaciones, vio la emergencia de un mundo totalmente nuevo en una época (atómica) totalmente nueva, un mundo en el que la liberación de los pueblos débiles y oprimidos (por cualquier forma de opresión, social, cultural, política) de los poderosos y opresores, tendría su punto de apoyo insubrogable e invencible, su punto de Arquímedes, no en la guerra, sino en aquella “no violencia de los fuertes” que él veía en prospectiva, como la única y fundamental norma regidora y constructora de la nueva política (mundial) de los pueblos y naciones.

(*Il sentiero di Isaia*, pp. 438-440)

## **IX Unir las ciudades para unir las naciones (1970)**

*El tercer congreso de la Federación mundial de las ciudades hermanadas, del que La Pira era, desde hacía tres años, presidente, se tuvo en Leningrado en julio de 1970. En su discurso, La Pira retoma el tema, para él habitual, del papel de las ciudades en la era atómica, y lo desarrolla con una lucidez y pasión paralelas.*

Las ciudades europeas y de cada continente –cargadas de historia y portadoras de una “misión” destinada a las nuevas generaciones y a la nueva historia, de unidad, promoción y paz del mundo– toman cada vez más conciencia de ser protagonistas esenciales, sujetos creadores, constructores insustituibles de la nueva civilización de Europa y del mundo.

Si las ciudades europeas y de cada continente se unen orgánicamente, esta unidad suya se convertirá inevitablemente en la unidad respectiva de las naciones y continentes: ¡llegará a ser la unidad del mundo!

He aquí porqué tenemos en proyecto no sólo una “conferencia de las ciudades europeas”, sino también –cuando sea posible– una “conferencia de ciudades asiáticas”, “ciudades africanas” y “ciudades de América Latina”.

He aquí, por tanto, en sus líneas esenciales, el “mandato de Leningrado”: es el “mandato de la convergencia”; y se articula, fundamentalmente, como el de París, en tres puntos, en tres directrices:

1) ¡Tomar conciencia –y hacer tomar conciencia a las ciudades– del movimiento único y convergente que a pesar de todo define y caracteriza cada vez más, y de manera cada vez más marcada, el contexto histórico actual!

Superación de los bloques, por tanto; cese de las guerras, en especial, en Asia y Medio Oriente; *descalation* nuclear (hasta el desarme general y completo); promoción política de los países en vías de desarrollo (el desarrollo es el nuevo nombre de la paz): coexistencia pacífica auténtica (no aquélla basada sobre el equilibrio del terror) entre todos los pueblos y estados de la tierra.

Este movimiento de unidad y convergencia tiene precisamente en Europa su mayor empuje: y la razón histórica, militar y política, es evidente; donde la división ha sido más violenta y profunda –aquí la división del mundo (de la Iglesia y de las naciones) ha tenido su génesis, y aquí dos guerras mundiales han desgajado con violencia el cuerpo de las naciones– aquí la unidad tiene necesidad de ser más urgentemente recompuesta y aquí el movimiento de convergencia no puede dejar de convertirse en más imparable y acelerado; “Donde está el cuerpo, ahí están las águilas”: y esto no sólo para la paz, unidad, seguridad y progreso del continente europeo, sino para la paz, unidad y progreso del mundo entero.

2) Tomar conciencia y hacer tomar conciencia del papel, en cierto modo esencial, que espera a la ciudad y a sus pueblos –como verdaderos protagonistas

de la nueva historia del mundo- al acompañar y empujar todas las iniciativas de unidad, convergencia y coexistencia que, de manera creciente, se manifiestan en Europa y en los otros continentes (Asia, África, América Latina).

Se vuelve, por tanto, cada vez más significativo, más evidente, el sentido histórico de nuestro lema “unir las ciudades para unir las naciones”; un lema que posteriormente, en Leningrado, especificamos así: “hacer converger las ciudades –de Europa y de todos los continentes- para hacer converger “hacia la coexistencia pacífica” a las naciones de Europa y de todos los continentes...”.

Es, por tanto, la misma ciudad de Leningrado; es, por tanto, la misma Hiroshima; son todas las ciudades “asesinadas” por la 2ª guerra mundial –además de los aproximadamente 40 millones de muertos- quienes nos confieren, como ya el mandato precedente de las tres directrices, así como aquél nuevo de la “convergencia”, quienes nos dicen a nosotros, a nuestras ciudades y, a través de ellas, a todas las ciudades de la tierra: Sois protagonistas y sujetos creadores de la nueva historia del mundo, uníos, anteponed los fundamentos de los Municipios sobre los vértices de los Estados, trabajad para que desaparezca el equilibrio del terror; para que el desarme general y completo sea efectivo; para que llegue la coexistencia pacífica; para que la persona humana sea respetada y para que llegue la liberación de los pueblos de toda opresión política, cultural, jurídica, social, económica; para que los gastos de guerra se transformen en gastos de paz; las armas en arados; para que se dé el paso cualitativo de la invernal estación histórica de la guerra a la nueva, primaveral, de la paz; para que se pase del “desierto” a la “tierra prometida”: ¡la tierra donde florece una no utópica, sino real, evangélica, unidad, fraternidad e igualdad de los hombres y de los pueblos!

*(Il sentiero di Isaia, pp. 480-482)*

# Cronología histórica

---

## 1904 - Los años sicilianos - 1926

Giorgio La Pira, hijo de Gaetano y Angela Occhipinti nace el 9 de enero de 1904, en Pozzallo, provincia de Ragusa. En 1914 se desplaza a Messina, alojado por el tío Luigi Occhipini, para preparar los exámenes de admisión a la escuela técnica. Después de tres años, pasa a contabilidad y estrecha amistad con un grupo de coetáneos comprometidos en una vivaz, aunque confusa, actividad intelectual: entre ellos, Salvatore Quasimodo. Obtenido el diploma de contabilidad, en 1921 se prepara, en un año, a la licencia del liceo clásico y en 1922 se inscribe en la facultad de jurisprudencia.

Partiendo de posiciones vagamente libertarias, con rachas de futurismo e incluso dannunzianismo, durante el bienio 1922-24, atraviesa una fase de replanteamientos que, en Pascua de 1924, se concluye con una plena y gozosa recuperación de la fe cristiana. Al mismo tiempo orienta sus estudios, bajo la guía del profesor Emilio Betti, a la investigación del derecho romano. Betti se desplaza primero a Parma y después a Florencia, sin cortar lazos con su alumno, que decide presentar con él, en la universidad florentina, su tesis de licenciatura. Presenta la tesis, con pleno éxito el 10 de julio de 1926.

## 1927 - El profesor - 1945

En enero de 1927, a instancias de Betti, se le concede una plaza de enseñanza en la universidad de Florencia; en enero de 1930, obtenido en Roma el doctorado en derecho romano, es nombrado profesor de historia del derecho griego y romano en la misma universidad, a cargo de la cual se publica su trabajo de licenciatura: *La successione ereditaria intestata e contro il testamento nel diritto romano*. Desde 1928 forma parte del instituto secular de los Missionari della Regalità, fundado por el P. Agostino Gemelli en el ámbito de la universidad católica. Se inserta en la actividad caritativa de San Vicente de Paul: en 1931 es presidente de una conferencia vicenciana. En 1933 obtiene la cátedra de Instituciones del derecho romano, siempre en la universidad de Florencia. En 1934 comienza, en la iglesia de San Procolo, la "Misa del pobre", que en 1942 se trasladará a la más espaciosa iglesia de la Badia del Proconsolo, frente al Bargello. En 1935, con un grupo de artistas e intelectuales florentinos, comienza

la “Conferencia de San Bernardino para asistencia a los artistas”, en los locales de la Librería Florentina de la calle Ricasoli, que se convertirá, desde entonces, en una tertulia de amistad cultural y política. En 1936 participa en la semana de cultura religiosa de Camaldoli, vivero de futuros líderes de la D.C.

En 1937 se aproxima, pero sin integrarse, al grupo del “Frontespizio” en el que destaca Giovanni Papini. En enero de 1939, como suplemento a “Vida Cristiana”, de los dominicos de San Marco, nace la revista “Principi”, que durará hasta febrero de 1940, cuando será silenciada por la autoridad fascista. El 8 de septiembre de 1943 se refugia en Chianti, en casa de los Mattei, y de aquí, el 8 de diciembre, a Roma, donde halla el modo de frecuentar, en el Vaticano, a monseñor Montini, y donde, por cuenta del Instituto Católico de Actividades Sociales, da clases en los locales de la Universidad del Laterano. El 2 de septiembre de 1944 vuelve a Florencia, liberada el 11 de agosto anterior.

## **1946 - De la Constituyente al Gobierno - 1951**

El 2 de junio de 1946 es elegido diputado para la Constituyente, como independiente en las listas de la DC. Entra a formar parte de la Comisión de los 75, y es miembro de la primera Subcomisión sobre los derechos y deberes del ciudadano, en el seno de la cual, el 9 de septiembre, pronuncia una exposición sobre “principios relativos a las relaciones civiles”. El 22 de diciembre de 1947, el mismo día de la aprobación de la nueva Constitución, pide la palabra en la asamblea para proponer, como apertura de la Constitución, la fórmula: “En nombre de Dios, el pueblo italiano se otorga la presente Constitución”. Tras las intervenciones de Palmiro Togliatti, Concetto Marchesi y Piero Calamandrei, para no perturbar la unanimidad de la asamblea, retira la propuesta. En el mismo año había entrado a formar parte de la redacción de la revista “Cronache Sociali”, fundada por Giuseppe Dossetti. El 18 de abril de 1948 es elegido diputado de la primera legislatura. El 23 de mayo entra en el Gobierno De Gasperi como subsecretario del trabajo, cuyo titular es Amintore Fanfani. Se compromete activamente en resolver la cuestión sindical. El 11 de enero de 1950 dimite el Gobierno y La Pira renuncia a nuevos encargos. En los meses sucesivos prepara, para “Cronache Sociali”, el ensayo *Le attese della povera gente*.

## **1951 - Primera administración - 1956**

A petición de la curia florentina, es cabeza de lista de la D.C. en las elecciones municipales del 10 de junio de 1951: un mes después, el 10 de julio, es elegido alcalde. En 1952 afronta el problema de los desahuciados con proyectos de construcción de “casas mínimas” y con la requisación de villas deshabitadas. Hace

distribuir gratuitamente leche a los niños de las escuelas elementales. En junio de 1952 organiza el primero de los Congresos por la paz y la civilización cristianas, que se repetirán cada año, hasta 1956: en 1956, los Congresos son dos, porque en octubre la diplomacia de paz del alcalde de Florencia llega a la cumbre del éxito con el Congreso de alcaldes de las capitales del mundo. Son éstos los años que crean la imagen internacional de La Pira como hombre de paz: en Ginebra, el 12 de abril de 1954 (el mismo día y año en que Palmiro Togliatti propone al Comité de su partido la política de diálogo con los católicos, sobre las bases de las novedades de la era atómica) La Pira pronuncia su discurso sobre el papel de las ciudades ante la perspectiva de la inminente amenaza nuclear. En estos años Florencia establece relaciones de hermanamiento con Filadelfia, Kiev, Kioto, Fez, Edimburgo, Reims.

Entretanto, La Pira desarrolla de manera “escandalosa” su acción en defensa del derecho al trabajo. En otoño de 1953, se solidariza con los trabajadores de la Pignone, que habían ocupado la fábrica para oponerse a los despidos, primer paso de su desmantelamiento, y obtiene que Enrico Mattei, presidente del ENI, compre los talleres, bautizándolos “Nuevo Pignone”. Análoga obra de salvación logra, en 1954, para la Manetti y Roberts, para la Oficina del Gas y para la Fundación de Cure, que se transforma en cooperativa.

Desde 1951 mantiene viva correspondencia con las monjas de clausura de todo el mundo, para implicarlas en su estrategia de paz, y con los niños de las escuelas elementales, para tenerlos informados de la política de la ciudad.

En 1954 pone en marcha la construcción de la primera “ciudad satélite” en la zona del Isolotto. El resentimiento de las clases conservadoras y moderadas (de las que es portavoz el diario de la ciudad “La Nazione”) estalla en 1954, cuando la junta concede el Parque de Cascine para el Festival de L’Unità. La fractura afecta también al partido que lo sostiene, en el que cada vez se hace más fuerte la izquierda guiada por Nicola Pistelli, que, con la moción “Iniciativa de base”, obtiene la mayoría en el congreso provincial de 1955.

Llega a Florencia, como coadjutor del cardinal Elia Dalla Costa, muy próximo a La Pira, monseñor Ermenegildo Florit, que progresivamente sustituirá al cardinal en el gobierno de la diócesis, hasta sucederle en 1961. En este año se produce el traslado de Lorenzo Milani de la parroquia de Calenzano a un perdido pueblo del Mugello, Barbiana.

## **1956 - Segunda administración. Crisis e intermedio comisarial - 1961**

De las elecciones administrativas del 27 de julio de 1956, resulta imposible una mayoría sin la ayuda del PSI. La Pira es elegido alcalde pero vinculado, por disciplina de partido, a no bajar a pactos con el PSI. De aquí el comienzo com-

plicado de la nueva administración y su disolución el 26 de abril de 1957. Le sustituye, por tres años el comisario Lorenzo Salazar. El 25 de mayo de 1958 es elegido diputado al parlamento, pero no abandona del todo sus iniciativas de largo alcance a favor de la paz –de 1958, es el primero de los Coloquios mediterráneos, que se repetirán en 1960 y 1964- ni aquéllas a favor del derecho al trabajo. Después del despido en masa de los Talleres Galileo, del 14 de noviembre de 1958, interviene de manera directa a favor de los obreros, que han ocupado los talleres, movilizándolo también a la curia y al clero, especialmente del barrio popular de Rifredi. El 27 de mayo de 1959 la policía hace desalojar a los ocupantes. En respuesta a una invitación recibida en 1955 por el alcalde de Moscú, se desplaza a la URSS el 14 de agosto de 1959, con actitud de peregrino deseoso de conocer los lugares santos de la Rusia cristiana, pero manteniendo encuentros de alto nivel. En 1960 es cabeza de lista por la DC en las elecciones administrativas.

### **1961 – Tercera administración – 1964**

A resultados de las elecciones administrativas del 6 de noviembre precedente, el 2 de marzo de 1961 toma asiento en Palazzo Vecchio una junta de centro-izquierda presidida por La Pira, de la que forman parte además de Nicola Pistelli, los socialistas, representados por hombres de alto nivel como Edoardo Detti, Furno y Raffaello Ramat. Durante la crisis de Cuba, escribe a Krushev para exhortarlo a una solución pacífica. En noviembre del mismo año, es denunciado ante la justicia por haber hecho proyectar la película de Autant Lara *No matarás*. Las tensiones internacionales se agravan. El 12 de julio de 1963 concede la ciudadanía de Florencia a U-Thant, secretario general de la ONU. En otoño entra en correspondencia con Krushev para rogarle que no lleve a cabo experimentos nucleares. A finales del mismo año, el 4 de diciembre, participa en la tercera sesión de la Mesa redonda Este-Oeste que tiene lugar en Moscú: la cuarta se desarrollará en Florencia en julio de 1964.

### **1964 – La diplomacia de la paz – 1974**

A comienzos de 1965, La Pira es ya políticamente un hombre solo. Las intrigas de Palazzo Vecchio tienen un solo objetivo, en línea totalmente con aquél por el que se rige la nueva alianza de los partidos en el gobierno, ampliada a los socialistas. Un documento consensuado el 26 de febrero de 1965 por las secretarías de los partidos de la nueva mayoría, pide a La Pira una declaración explícita de anticomunismo. Responde públicamente calificando de “cómico” el acuerdo y renuncia a su candidatura.

Liberado de compromisos administrativos, se dedica totalmente a su diplomacia de paz. Organiza en Forte Belvedere un Simposio para la paz en Vietnam. Recibe una carta de Ho Chi Min con una invitación a visitar su país. El 15 de noviembre, junto a Mario Primicerio, se pone en viaje para Hanoi donde tiene un encuentro con el mismo Ho Chi Min. Las ofertas de Hanoi, transmitidas en secreto por La Pira al gobierno USA, se hacen de dominio público y provocan una tempestad diplomática de la que, por el momento, La Pira paga los platos rotos.

A finales de 1967, el año de la guerra relámpago de Israel contra Egipto, Jordania y Siria, La Pira se desplaza a las zonas calientes del conflicto, primero a Israel y después a El Cairo, manteniendo largas conversaciones con Abba Eban y con Nasser.

El 15 de septiembre de 1967 es elegido en París como presidente de la Federación Mundial de Ciudades Hermanadas (FMVJ). También por razón de este cargo se multiplican en estos años las oportunidades de viajar a casi todas las capitales de Europa, Estados Unidos, Canadá, Africa y, en 1971, a Chile, donde será huésped de Allende. En el verano de 1969 llega al culmen el conflicto entre la comunidad de Isolotto y la curia florentina. La Pira se pone de parte del obispo.

### **1974 - La vuelta al Parlamento - 1977**

En 1974, durante la batalla del referéndum sobre el divorcio, y después, en 1976, durante la del referéndum sobre el aborto, se sitúa con las posiciones democristianas. En las elecciones políticas de 1976 es cabeza de lista por la DC en Florencia y resulta elegido diputado. Su salud decae. Muere el 5 de noviembre de 1977.



Acción Cultural Cristiana